



*Las perversas intenciones*

*de un*  
*sin*  
**CORAZÓN**

**TIFFANY LAMBERT**

*Las perversas intenciones*

*de un* Lord *sin*  
CORAZÓN

TIFFANY LAMBERT



[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

©Tiffany Lambert

Las perversas intenciones de un lord sin corazón

Primera Edición, Marzo, 2023

Publicaciones Liberty

Todos los derechos reservados.

Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

**Gracias por comprar este ebook.**

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

# Sinopsis

## **Las perversas intenciones de un lord sin corazón**

### **¿Podrá el amor curar sus cicatrices?**

El mundo de *lady Anne* da un vuelco cuando se entera de que su hermano lo perdió todo apostando contra lord Landcastle. Un conde despiadado con una reputación de mujeriego, jugador y borracho.

Desesperada, irrumpe enfadada en la mansión del conde, dispuesta a recuperar sus propiedades a cualquier precio.

Lord Landcastle, nada más conocer a *lady Anne*, queda intrigado por su fuerte carácter y le ofrece una condición a cambio; ella debe ser la compañera de su hermana enferma, y vivir en su finca hasta que él diga lo contrario.

Sin más remedio que aceptar, *lady Anne* va descubriendo poco a poco que el fiero conde es en realidad un hombre roto que sufre por su pasado.

**Secretos, mentiras y un complot, son algunos de los alicientes que podrás encontrar en esta historia de amor entre un alma noble y un corazón herido.**

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

# Capítulo 1

**E**l tabernero se revolvió entre las mesas, pisando algunos pies errantes. Malhumorado y cansado por el trabajo del día, dejó la bandeja de comida sobre la mesa y volvió a por la cerveza. Con suerte, serían los últimos clientes de la taberna a los que habría que servir.

Su mujer lo había dejado hacía unas horas para cerrar el cobertizo y traer la ropa que había lavado, pero aún no había regresado. Él sabía que, sin duda, se debía a la lluvia.

Colocó las tazas, recogió su dinero y volvió a su pila de bebidas. En ese momento, un hombre de barba poblada, con un sombrero y un gran abrigo negro que cubría su cuerpo, abrió la puerta y entró. De su ropa y su barba caían gotas de lluvia. Más gotas cayeron del sombrero y el abrigo cuando se los quitó y los colgó en un perchero junto a la puerta. Toda la taberna se quedó inmóvil, todos parecían sorprendidos por aquel individuo de aspecto extraño.

Enorme e intimidante, caminó con valentía hacia la única mesa libre que quedaba en la taberna. Su pelo mojado le tapaba la mayor parte de la cara, y parecía moverse por instinto más que por la vista. Después de sentarse con elegancia, levantó la cabeza para captar las miradas de un grupo de hombres con aspecto de matones sentados en la esquina opuesta.

Ignorándoles, hizo un gesto al tabernero con las manos, como si le hiciera una señal. Pronto todos siguieron con su parloteo. El tabernero hizo sonar una campanilla y una joven de no más de dieciséis años salió de una habitación contigua. El tabernero le susurró algo al oído, y ella se marchó para volver con un gran plato de alitas de pollo, otro de salsa, pan y una

jarra de cerveza. Depositó todo en la mesa del extraño hombre. Este emitió un gruñido que la espantó.

Uno de los caballeros, el Pequeño Jack, se levantó de su asiento y golpeó la mesa con su jarra. Era casi calvo, salvo por unos pocos mechones de pelo sucio que se le pegaban al cuero cabelludo. También era alto, grande y musculoso. Llevaba la barba atada por la mitad, como la de un viejo mago, pero en él le daba un aspecto amenazador.

Caminó hacia el tabernero, intimidándolo con su altura y complexión.

—¿Por qué nos dieron menos raciones de comida, cuando está claro que tenías tanta para un vulgar mendigo?

El tabernero sintió que le temblaban las manos bajo la servilleta que sujetaba con tanta fuerza. No se podía jugar con el Pequeño Jack, ni siquiera con otros caballeros de su mismo rango. Él lo sabía, al igual que todos aquellos cuyos ojos sentía que le observaban.

—Es un cliente habitual. Siempre paga por adelantado, y la verdad es que le hemos servido a usted y a su grupo lo mejor de lo poco que teníamos —respondió el tabernero.

—Bueno, mis amigos y yo queremos algo de lo que acabas de darle a ese mendigo, y lo queremos ahora. Invita la casa —exigió el Pequeño Jack, para alegría de sus amigos.

El tabernero cerró los ojos un momento, pensando qué hacer o decir. Sabía que estaba en una situación desesperada. Solo quedaba un poco de comida, y eso era lo que había guardado para su familia, ya que la lluvia seguía cayendo a mares y la leñera debía de estar llena de agua. Cocinar a estas horas y con tales recursos significaría dormir con la barriga medio vacía.

—¡Dejad en paz al tabernero! —exclamó el forastero con un graznido.

El Pequeño Jack dirigió la cabeza en la dirección de donde procedía la voz. Sus amigos dejaron de reírse y en la taberna se respiró una tensión incómoda.

—¿Acabas de decir algo, forastero? —preguntó.

El extraño se tomó su tiempo para responder. Dejó caer el último trozo de carne sobre el plato ya lleno de huesos. Se limpió las manos con la

servilleta y pareció buscar algo en el suelo.

Satisfecho, miró directamente a los ojos del Pequeño Jack y repitió:

—He dicho que dejes en paz al tabernero.

Al oír eso, el Pequeño Jack frunció tanto el ceño que sus cejas casi se tocaron. Sus amigos, al ver su estado de ánimo, se levantaron al unísono para luchar. Los demás clientes permanecieron sentados. Ninguno parecía estar de humor para interferir.

Provocado y en compañía de sus amigos, el Pequeño Jack caminó hacia el desconocido con odio e hirviente rabia en cada paso. En pocos segundos, la distancia entre el Pequeño Jack y el forastero se cerró, y se quedó mirando fijamente al hombre, esperando la siguiente provocación para poder justificarse mientras desataba su ira.

—Di una cosa más, forastero, y sentirás el poder del hombre que puede matar a cien con sus propias manos —dijo uno de los hombrecillos que acompañaban al aclamado caballero.

—¿Ah, sí? —respondió el aludido.

Este levantó la cabeza hacia la luz, y solo entonces los hombres vieron su rostro. Al encontrarse sus miradas, la expresión de los presentes cambió de forma radical, pasando de la intimidación al reconocimiento y el miedo. Al ver la inconfundible línea de la cicatriz de su cara, los hombres se dieron cuenta de inmediato de a quién estaban amenazando exactamente.

Uno a uno, los amigos del Pequeño Jack retrocedieron, escabulléndose de la taberna hasta que solo quedó aquel en pie. Permaneció inmóvil y asustado, con la cabeza inclinada por el arrepentimiento. El forastero se levantó y pasó junto al Pequeño Jack en dirección al tabernero.

—Él pagará la comida. Buenas noches, John —dijo, y procedió a coger su abrigo.

El tabernero inclinó la cabeza en señal de respeto y gratitud. Para él, era bastante obvio que el Pequeño Jack no había adivinado a quién estaba insultando.

Los clientes seguían callados, sin recuperarse del espectáculo de haber visto al poderoso Jack detenerse en seco para hacer un rápido saludo al extraño que ahora se marchaba.

Había dejado de llover y la luna y las estrellas empezaban a mostrar su impresionante esplendor.

—Buenas noches, lord Landcastle —murmuró apenas el tabernero.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo 2

**L**a iglesia estaba llena hasta los topes e incluso había algunas almas en busca de penitencia, sobre todo, las que carecían del título que conlleva una reserva automática de asiento, de pie en los rincones más alejados del gran edificio.

Entre los fieles, había una joven vestida de negro con un chal sobre la cabeza, acompañada de una señora mayor que inclinaba la cabeza en oración con la voz del ministro resonando por la gran sala.

El obispo bendijo la Sagrada Forma y la levantó en alto para que todos los que contemplaran el cuerpo del Único y Verdadero Cristo resucitaran con él y fueran dignos de Su amor y Salvación. Murmuró unas palabras y prosiguió con el ritual de la Sagrada Eucaristía.

Anne Willington, la joven, cerró los ojos y rezó pidiendo el perdón de sus pecados. Sintió la presencia dominante de la señora a su lado y se obligó a permanecer concentrada, tal como le había enseñado su madre. Aunque completamente abrumada por la pena y el dolor, obligó a su dolorido corazón a implorar las bendiciones y la guía de Dios Misericordioso.

Terminadas sus plegarias, Anne levantó la cabeza, se puso en pie y fue a recibir el Cuerpo de su Salvador. El pan le pareció rancio y húmedo en la lengua, pero lo aceptó de todo corazón. El camino de vuelta a su asiento fue más instintivo que voluntario. Ya no pensaba. Su razonamiento había desaparecido. Todo lo que le quedaba era el pensamiento singular de la Carne Sagrada a punto de encontrar su camino en sus entrañas y concederle inmunidad contra las fuerzas del mal y la oscuridad que plagaban la tierra.

El resto de la misa importó mucho menos a la joven Anne cuando el obispo la dirigió hasta el final, donde se recordó a la congregación el

fallecimiento de la familia Willington y la enorme pérdida que había supuesto para la comunidad, el condado y la nación.

Se dedicaron más elogios a sus padres fallecidos, cuyos cuerpos habían llegado el día anterior e iban a ser enterrados a la mañana siguiente. Anne detestaba estos anuncios, más aún, ahora que le concernían más personalmente que nunca.

Uno a uno, los simpatizantes se acercaban a ofrecer sus condolencias mientras ella se veía obligada a estar sentada, aceptándolas. Les ofreció una sonrisa a cambio de sus oraciones y buenos deseos.

Cuando el último grupo terminó de expresarle sus condolencias, Anne se excusó y salió de la iglesia. Afuera, aún no había salido el sol y las nubes prometían una lluvia inminente.

En ausencia de su madre, la tía Emily había ocupado su lugar. La tía Emily era la persona más anciana de sus allegados que no estaba realmente emparentado con ellos por sangre. Era amiga de su madre desde que tenía memoria. Además, aunque era más un miembro de la familia que una extraña, a Anne le seguía resultando incómodo recorrer toda la distancia de vuelta a casa sabiendo que su madre ya no estaría cerca.

Sin embargo, eso le daba tiempo para pensar. Sus padres habían sido fuertes pilares de la comunidad; muy activos en la iglesia, propietarios de varias grandes fincas que empleaban y pagaban a casi un centenar de vecinos. Su padre era noble y había entablado amistad con duques, condes y barones, demasiados para contarlos.

Los padres de Anne habían viajado para asistir a la boda de una prima en un país lejano y, a su regreso, habían tenido la mala suerte de encontrarse con una furiosa tormenta que hizo naufragar su barco. Solo unos pocos sobrevivieron. Ahora, sus cuerpos yacían en la morgue, bañados con productos químicos para reducir el hedor de su putrefacción.

Anne sacudió la cabeza ante aquel desagradable pensamiento. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las enjugó mientras volvía a casa. La tía Emily no había hablado mucho durante el trayecto desde la iglesia, y Anne lo agradeció.

Esta levantó la vista y vio a un hombre montado a caballo y un carruaje. Parecían viajeros, pero Anne reconoció al hombre que montaba el semental solitario. Era un noble, y respondía al nombre de lord Keylan Rowlyn, conde de Landcastle. Era muy popular en la provincia como hombre de fuerza bruta y carácter inmoral.

Circulaban montones de rumores sobre que nunca iba a la iglesia, que frecuentaba a las damas de la noche y sobre sus hábitos de bebida y juego. Realmente, tenía una reputación de lo más escandalosa.

Era la primera vez que Anne estaba tan cerca de él en público. Incluso sin ningún otro indicador físico, la larga cicatriz de su cara era un signo revelador de que era un hombre que vivía cerca del peligro.

Durante un brevísimo segundo, sus miradas se cruzaron, y Anne vio la severa y la profundidad infinita de sus ojos. Se apresuró a apartar la mirada. Era mejor dejar que los perros durmieran. Era inútil pensar en asuntos ajenos. Ya tenía bastante con su hermano.

Las pesadas nubes no tardarían en derramar el contenido de su vientre. Anne pensó que no había hecho mal en traer el paraguas.

La lluvia empezó justo cuando entraban en la finca. Era como si fuerzas invisibles la hubieran mantenido a raya hasta el último momento.

—Deja que te quite eso —dijo la tía Emily antes de irse con el paraguas mojado.

Anne miró la casa, ahora vacía. Antes siempre había algo que esperar, un baile, una fiesta, un aniversario... Ahora, Anne captaba a veces las miradas ocultas de algunas criadas. No había nadie que les diera órdenes o les dijera qué debían preparar.

Se preguntó dónde estaría su hermano. Normalmente, cuando el cabeza de familia se ausenta o no está disponible, el primogénito asume la responsabilidad de cuidar de la casa o de la finca. Sin embargo, desde que sus padres se habían marchado, su hermano, James, no había estado cerca para hacer nada responsable.

Al día siguiente sería el oficio fúnebre de sus difuntos padres, y Anne ya podía sentir cómo se le encogían los hombros bajo el peso del dolor emocional y físico de su ausencia. Sentada, recostó la cabeza en la silla.

No supo cuándo cerró los ojos hasta que sintió que algo cálido le cubría el cuerpo. Al abrirlos, encontró a la tía Emily tapándola con una manta.

—Tranquila, pequeña —le dijo—. El tiempo está un poco frío, y sería mejor no resfriarse esta noche.

Anne estuvo a punto de protestar, pero las firmes manos de tía Emily la callaron.

—Descansa, Anne. Sabes que lo vas a necesitar para la ceremonia de mañana.

—¿Pero quién se va a encargar de los preparativos? James hace tiempo que no viene, ¡y yo no sé ni qué hacer! —gimoteó Anne.

—¿De verdad crees que te dejaría llevar la carga sola? He sido como tu tía desde que eras un bebé, ¿no has aprendido nada en tus diecinueve años? Y además, dejada a tu suerte, ¿qué esperas conseguir en un solo día?

Anne no podía negar que lo que decía tía Emily tenía todo el sentido del mundo. Era inútil discutir con ella. Sin embargo, seguía sintiéndose culpable por dejar que ella se encargara de todo, pero sabía que poco podía hacer para cambiar las cosas.

Lo único que podía esperar era que, cuando su hermano regresara, asumiera la responsabilidad de administrar su propiedad. A partir de ahí, decidirían qué hacer.

Mientras Anne se dormía, sintió arder en su interior una pequeña chispa de esperanza. Quizá no todo estaba perdido.



El funeral fue mucho más rápido de lo que Anne esperaba. A primera hora del mediodía, la ceremonia estaba casi terminada. Anne saludó y dio la bienvenida a los asistentes que habían llegado a la finca. Todos recibieron comida y bebida. Notó la presencia de algunos duques y condes poderosos.

El arzobispo también había asistido, pero se había marchado antes por unas obligaciones. Si tan solo el amor y la simpatía mostrados aquí fueran

suficientes para traer de vuelta a sus padres, tal vez entonces ella lo habría apreciado más.

Anne miró a su alrededor en busca de su hermano, pero no estaba por ninguna parte. Llamó a algunos de los criados para que la ayudaran a buscarlo en secreto, pero más tarde le dijeron que se había marchado en compañía de sus amigos hacía unos minutos.

Anne estaba segura de que no había tardado mucho en irse una vez terminada la ceremonia. James ni siquiera había llegado a tiempo. El obispo ya había comenzado el servicio cuando él se había colado dentro.

Calmando su creciente rabia, logró esbozar una o dos sonrisas para los pocos invitados que aún estaban presentes. Pronto una ligera lluvia comenzó a caer, mientras el resto de los visitantes se marchaban. La lluvia se convirtió en un fuerte aguacero, y el sonido del agua sobre los tejados se filtraba por los rincones de la casa.

La tía Emily se acercó a hablar con Anne.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Estoy bien; solo necesito algo de tiempo para descansar y pensar. Gracias, tía Emily, por tu ayuda para planearlo todo y cuidar de la casa hasta ahora. Solo el cielo sabe lo que habría pasado si no hubieras estado tú para supervisar todo —respondió Anne.

—No hace falta que me lo agradezcas, Anne. Si tu madre hubiera seguido viva, nada de esto habría sido necesario. Además, tú también hiciste mucho. Me di cuenta de que te las arreglabas para mantener una cara sonriente, incluso cuando parecías cansada —comentó la tía Emily.

—¿Te diste cuenta? —preguntó Anne, tratando de bajar la voz—. Si tú te has dado cuenta, seguro que los demás también.

La tía Emily le dio una palmada en el hombro para tranquilizarla.

—No te preocupes, Anne, has estado increíble ocultando tu disgusto —la consoló tía Emily—. Por cierto, hace tiempo que no veo a tu hermano. Incluso para el funeral, se las arregló para venir tarde.

—No le he visto desde que se fue. Y eso me preocupa. ¿Cómo le ayudamos, si actualmente se encuentra en una situación desfavorable? —preguntó Anne, más enfadada que preocupada.

—Tu hermano tiene sus amigos, y parece que ellos también velan por sus intereses. Estoy segura de que no permitirían que le ocurriera nada malo en su presencia.

Tía Emily vio cómo el rostro de Anne adquiría algo de color, y su corazón se alegró.

Mientras pronunciaba esas palabras, rezaba para que James estuviera a salvo. Sus recientes desapariciones no solo la habían preocupado a ella, sino también a criadas y sirvientes.



Ese mismo día, lord Landcastle observó cómo el insensato joven se marchaba apresuradamente con sus amigos. El muchacho acababa de perder la mitad de su hacienda, pero aun así, se negaba a rendirse. Ya era de mañana, y necesitaba darse un baño y cambiarse de ropa. No es que le importara su aspecto físico. Su pelo había crecido más de lo debido y no se había afeitado la barba en varios días.

John cambió la jarra de cerveza ante el conde y se dirigió en silencio a su puesto. Keylan cogió la jarra y bebió un trago, agradecido. Le sentaba bien beber después de haber adquirido más propiedades. Con suerte, el estúpido muchacho entraría en razón y no volvería a apostar.

Recordó vagamente que tenía un evento al que debía asistir. Una querida familia de la comunidad acababa de perder a sus padres en un naufragio y celebraban un funeral. Keylan frunció el ceño al pensar en el amor y la compasión poco sinceros que recibirían los hijos.

Keylan inclinó la cabeza con resignación. La muerte estaba cerca de él, empujando, respirando, tan cerca que casi podía sentir su frío abrazo.

No había tardado mucho, pero el estúpido muchacho estaba de vuelta. Sin embargo, esta vez regresó sin ninguno de sus amigos, mucho más razonables. El conde lo miró larga y fijamente. Estaba allí, ante su mesa, jadeante y mojado. Sin duda, el muchacho había entrado bajo la lluvia y corrió tan rápido como pudo solo para volver a tiempo.

—¿Qué quieres, chico? Ya te he dicho que me traigas la escritura de tu casa. ¿Qué haces aquí? —preguntó el conde.

El joven se quedó de pie, observando al conde. Estaba claro que se sentía intimidado, pero había una fuerte sensación de determinación en su postura desafiante. Con manos temblorosas, desenganchó la bolsa que llevaba y entregó al conde las escrituras de la propiedad de su familia.

—Le desafío una vez más. Esta vez, si gano, recuperaré todos los bienes de mi familia, así como las propiedades de mis otros amigos que perdieron a manos de usted —dijo el joven.

El conde cerró los ojos y se frotó la barba mientras consideraba la petición. Parecía que el chico aún no había aprendido nada sobre lo dura que podía ser la vida. Y el hecho de que estuviera haciendo todo esto pocos días después de la muerte de sus padres, le enfurecía.

Estaba claro que sus otros amigos habían aprendido la amarga verdad de perder, pero este mocoso mimado era tan consentido que no se daba cuenta de la magnitud de lo que estaba a punto de hacer.

El conde cerró los ojos para intentar controlar su rabia. Solo había una forma de disciplinar a los mocosos que no tenían ni idea de lo cruel que podía ser el mundo.

Cuando el conde levantó la cabeza, tenía una sonrisa en la cara.

—Si ganas, prometo devolverte todas tus propiedades, así como las de tus amigos. Aunque tengo una condición.

Hizo una pausa para ver si el impacto de sus palabras se reflejaba en el rostro del muchacho. Este luchaba por mantener la compostura. Sus manos temblaban de vez en cuando; su cara parecía aún más sudorosa que cuando entró en la taberna, empapada por la lluvia.

—Pero, teniendo en cuenta que si pierdo me costaría todas mis ganancias, si gano, además de quedarme con el resto de tus propiedades contenidas en esta escritura, perderás también los derechos sobre todos tus títulos. ¿Aceptas?

La demanda no era razonable. Había demasiado en juego. El conde rezó en secreto para que el muchacho se diera cuenta de la intensidad de la

apuesta y suplicara, en lugar de apostar. No necesitaba ser un héroe. Todo lo que tenía que hacer era rogar. Ojalá se limitara a hacerlo.

Contrariamente a las esperanzas del conde, el muchacho parecía aún más decidido, y una vez que él vio la mirada en los ojos del muchacho, supo que se había equivocado desde el principio; a este chico habría que enseñarle los males del mundo.

Atrevido y decidido, el joven extendió el brazo en señal de acuerdo. El conde se limitó a soltar una carcajada burlona y se la estrechó. Luego pidió dos jarras de cerveza.

—John, buen hombre —le preguntó al tabernero—, ¿has escuchado por casualidad la conversación entre este joven y yo?

—Sí, milord.

—¿Y puedes volver a dar fe de este trato, por si surgiera alguna duda sobre su validez? —preguntó el conde.

—Sí, milord —respondió de nuevo el tabernero.

—Bien. Gracias, John, eso es todo. —Luego se volvió hacia el chico—. ¡Comencemos!

## Capítulo 3

**A**nne estaba sentada escuchando a su hermano contar la absurda historia de cómo había hecho perder a la familia no solo sus bienes, sino también su dignidad y honor. Necesitó toda su fuerza de voluntad para no arremeter contra él, que parecía más despreciable que nunca por muchas razones.

Uno de los criados lo había encontrado borracho y empapado por la lluvia, deambulando cerca de la verja, y lo había ayudado a entrar en la finca. Avisaron a la tía Emily, que estaba con Anne en ese momento. Una vez que lo introdujeron en la casa y lo acercaron al fuego, empezó a disculparse.

Tras algunas indagaciones, supieron cómo había empezado a gastar con sus amigos parte del dinero obtenido de la herencia. Al principio, solo habían bebido cuando uno de ellos había hecho una nefasta apuesta con el conde.

James, con toda su infantil benevolencia, había insistido en reclamar la propiedad de su amigo y había acabado perdiendo todo el dinero que llevaba encima. Luego, tratando de recuperar el dinero, apostó sobre bienes y propiedades. Al final, lo había perdido todo, intentando recuperar algo. Ahora, el conde podría echársele encima en cualquier momento para exigirle su derecho a reclamar sus ganancias.

Lo primero que había hecho Anne en cuanto se enteró de que había perdido la casa fue darle una bofetada en la mejilla a su hermano. Pero en cuanto se enteró de todo, especialmente de que el conde podía llegar en cualquier momento para echarlos, renunció a la salvación de su hermano.

Para ella, solo le faltaba un poco para estar muerto. Anne sabía que su hermano no estaba en condiciones de hacer nada más para salvar a la

familia. Ella sabía que, a partir de entonces, no podía confiarle nada.

Triste y abatida, corrió a su habitación y se acostó a llorar.

Unas horas más tarde, se despertó con un ligero dolor de cabeza, y todos los acontecimientos de los dos últimos días inundaron su mente. Le temblaban las manos al recordar a su madre, Eleanor, y todas las veces que esta se había ocupado de situaciones que ella creía demasiado difíciles.

Anne se secó las lágrimas y se miró al espejo. Tenía los ojos un poco hinchados y doloridos de tanto llorar. Quería mucho a su hermano, pero su insensatez le había costado a la familia lo único que sus padres les habían dejado.

Anne pensó largo y tendido. Con sus padres muertos, su herencia era todo lo que tenían. Dejar que esta cayera en manos de aquel tristemente célebre conde, era lo peor que podía haber pasado en aquel momento.

Poco a poco, Anne se dio cuenta de que si alguien podía cambiar el destino de la familia, era ella. Ahora mismo, su hermano no servía para nada, y no era un asunto en el que la tía Emily pudiera interceder por ellos. Simplemente, carecía de la posición social para ello.

Si alguien tenía la más mínima posibilidad de anular la estúpida apuesta, era ella.

Impulsada por su convicción y determinación, se asomó a través de las cortinas y vio que ya había amanecido. «Bien», pensó. Solo tenía una idea en la cabeza: reclamar a lord Landcastle que le devolviera su herencia, por muy sombría que fuera la situación. Al menos, si se iba ahora, había pocas posibilidades de que alguien la viera. Aún no había amanecido del todo.

Rápidamente, Anne salió corriendo de su habitación y bajó las escaleras de dos en dos.

—¡Prepárame el caballo! —ordenó Anne al mozo de cuadras.

Él la miró, desconcertado. En todo el tiempo que llevaba al servicio de la casa Willington, Anne había adquirido la costumbre de montar a caballo cuando le apetecía y sin previo aviso. Sin embargo, esta vez parecía tener tanta prisa que él se vio obligado a preguntar.

—Tengo un asunto que tratar con lord Landcastle —le dijo Anne.

—*Milady*, le aconsejo que no lo haga. El conde es un hombre de mala reputación, y su carácter justifica los rumores que corren por la ciudad. Al menos, permita que *lady* Emily la acompañe. Por favor, *milady*, ¡se lo suplico!

—Timothy, tu familia ha servido a la mía durante muchos años, e incluso recuerdo haber crecido viéndote aquí en los establos a diario. ¿Qué te hace creer que no he pensado en todo lo que dices? Por ahora, tendré que rechazar tu consejo —dijo Anne, y subió al caballo ensillado.

Cuando Anne salió de los establos, la tía Emily ya estaba cerca. Esta la había visto salir a escondidas de la casa y supo que sus intenciones no podían ser buenas.

Anne notó que su tía jadeaba por haber cruzado la distancia en tan poco tiempo, pero llegó justo cuando Anne, montada en su caballo, estaba a punto de marcharse.

—Anne, ¿adónde te diriges a estas horas? ¡Déjame acompañarte! —gritó la mujer mientras corría hacia Anne.

La tía Emily solo llevaba su ropa de dormir y un chal alrededor del cuello y los brazos. Anne, en cambio, estaba un poco más preparada.

—No te preocupes, tía Emily. Voy a sacar a nuestra familia del lío en que nos ha metido mi hermano. Cuida de la casa hasta que vuelva. ¡No tardaré! —gritó Anne.

Y con eso, se fue tan rápido como pudo, galopando hacia el camino que la llevaría a la finca de lord Landcastle.

El pensamiento de lo que su sirviente había dicho la atormentaba mientras cabalgaba hacia la morada del conde. No podía dejar de pensar en lo que decían los rumores sobre el misterioso lord. ¿Cómo podía un lord como él caer a semejante nivel?

A menudo, Anne se preguntaba si los rumores eran ciertos. ¿Realmente frecuentaba a las damas de la noche? La mayoría de los hombres eran culpables de beber y apostar.

De repente, levantó la vista y vio a lo lejos el contorno de una gran finca. Cubría un terreno cuatro veces mayor que el de su familia. Rodeada de

bosques y árboles, la propiedad de Rowlyn era un elemento extraño entre tanta vegetación.

De forma inconsciente, empezó a replantearse sus acciones. ¿Y si haber venido a casa del conde había sido un error? De repente, el impacto de su decisión le causó un nudo en la garganta. ¿No era este el mismo paso que había dado su hermano, y que al final le había salido el tiro por la culata y le había hecho perder todo?

¿Le ocurriría lo mismo a ella? ¿Cómo iba a convencerlo de que les devolviera todos sus bienes? Su hermano ya lo había intentado y había fracasado estrepitosamente. El miedo le roía el corazón y obligó al caballo a reducir la velocidad hasta el trote.

No había pensado en ello tanto como le hubiera gustado. ¿Qué podría decirle al conde para hacerle cambiar de opinión? O mejor dicho, ¿qué podría ofrecerle?

Exasperada, miró a las nubes en busca de una respuesta. Rezó a sus padres, por si podían oírla. Una lágrima cayó de sus ojos a sus mejillas.

Como en respuesta a su plegaria, una brisa fresca acompañada de un suave viento se arremolinó a su alrededor, calmando su acelerado pulso. Algo se movió en su interior y sintió una gratificante satisfacción.

Ya no tenía que pensar qué hacer. Se enfrentaría al conde, y entonces las palabras encontrarían la forma de llegar a su corazón. Ningún hombre es de piedra. Además, ¿qué más podía perder?

Con su convicción de nuevo fortalecida, cualquier otro pensamiento se evaporó de su mente. Cabalgó como un toro que había marcado su objetivo y lo alcanzaría. Sin embargo, nadie iba a conseguir detenerla. Iba a recuperar la propiedad de su padre, ¡costara lo que costase!

## Capítulo 4

**L**ord Landcastle observaba desde el balcón de su edificio, en el tercer piso, a una mujer que llevaba un vestido azul y montaba a caballo. Estaba encantadora con su vestido, y el viento apenas detenía el baile de sus cabellos mientras pasaba a toda velocidad por delante de las puertas, corriendo con gran urgencia.

Ella se detuvo a pocos metros del porche. Keylan no podía negar que era realmente hermosa. Parecía rica y familiar, como la hija de un noble o un duque. Sin embargo, no se parecía en nada a los duques que él conocía.

Esta, sobre todo, despertaba su interés. Para haber irrumpido en su morada, sin compañía, era audaz. No solo atrevida, sino que debía de tener algo que tanto deseaba; de lo contrario, él haría que se arrepintiera de haber venido sola. Tendría que averiguar más cosas sobre ella.

Mientras tanto, Anne no perdió tiempo en bajar del caballo y Keylan vio cómo uno de los criados se llevaba su montura a los establos. Otro criado salió del interior de la casa y, sin hacer preguntas, condujo a Anne al edificio principal.

Se sintió un poco desconcertada por la forma en que abordaron su situación, ya que ninguno de los criados reaccionó como cabría esperar cuando un extraño se presenta sin previo aviso. ¿Sería que mostraban el mismo carácter despreocupado por el que era conocido el conde?

Juntando las manos, rezó en silencio por sí misma y también por los sirvientes de aquel depravado. Seguro que los había corrompido con sus malas artes.

Preparándose para el enfrentamiento con el conde, acompañó al criado hasta pasar la enorme puerta y entrar en la casa. Por dentro, era más grande

de lo que Anne había imaginado. Contempló todo a su alrededor mientras el ama de llaves la conducía escaleras arriba. El techo parecía alcanzar alturas infinitas.

Todos los rincones eran oscuros y a Anne le costó encontrar el siguiente escalón. El ama de llaves la llevó hasta una habitación demasiado tenebrosa... para ver nada. Entonces, Anne se quedó de pie en la puerta mientras el ama de llaves procedía a abrir las cortinas. Anne se vio de pronto en un gran salón.

El suelo era de roble puro, y advirtió que los materiales eran de la mejor calidad. Había numerosos objetos de valor colocados cuidadosamente por toda la estancia, que parecía más elegante y acogedora de lo que ella había creído posible, excepto para una persona de la realeza.

Cuanto más observaba la casa del conde, más admiraba su buen gusto. El ama de llaves se excusó para anunciar que avisaría a su señor. Sola en la habitación, Anne vagó sin rumbo, tocando y palpando los jarrones, las sillas y las estanterías. Una de ellas contenía muchos libros de astrología y tácticas militares. También había libros sobre mitología griega y los misterios de la ciencia.

Anne no podía dejar de pensar. ¿Sería que al conde le gustaba leer? Por otro lado, ¿se trataba de otra de sus colecciones, adquirida a través de sus nefastos actos?

Aunque su determinación no había flaqueado, Anne sentía una creciente inquietud ante el tipo de encuentro que iba a tener con el conde. Inconscientemente, se acercó a la ventana, y lo que vio la hizo jadear.

Agarrándose a las cortinas, hizo equilibrios para no caerse mientras con la mano libre se tapaba el enorme agujero que era su boca. Sus ojos se abrieron de par en par ante el espectáculo que tenía delante, y solo con su voluntad consiguió mantenerse en pie.

Con la sorpresa reflejada en el rostro, se preguntó por qué no lo había visto antes al entrar en la finca. Entonces se dio cuenta de que había pasado descuidadamente por delante de todos los bosques, árboles y arbustos sin pensárselo dos veces.

Ahora, mirando desde la ventana del primer piso, Anne podía ver la belleza y la colorida imagen de árboles, arbustos y flores para crear una atmósfera eufórica. No había ni una sola persona que pudiera contemplar el intrincado diseño y no maravillarse de su esplendor creativo.

Anne soltó una risita. ¿Quién era exactamente lord Landcastle? Para alguien con semejante reputación, nadie sospecharía que fuera un amante de la naturaleza y sus dones. ¿Qué otras sorpresas tenía el conde que mantenía alejadas con tanto cuidado del conocimiento general?

Durante más de diez minutos, Anne admiró el paisaje. No fue hasta que se percató del brillo del sol cuando descubrió que había estado esperando una respuesta durante bastante tiempo. Salió furiosa de la sala y se encontró con el ama de llaves, que estaba a punto de entrar en una habitación contigua.

—Exijo que me lleven a ver a lord Landcastle. ¡Ahora mismo! —explotó Anne.

Su semblante juvenil y su aspecto piadoso no disimulaban su furia por la espera. Para ella, era un insulto a su persona.

—Lo siento, *milady*, pero el conde no atiende a las visitas a estas horas. Tendrá que esperar —comentó el ama de llaves a una Anne cada vez más furiosa.

—No pienso esperar. O me lleva ante él, o lo buscaré yo misma.

La mujer la observó por unos segundos y, al ver la obstinación en su mirada, se resignó a desobedecer a su amo.

—Como desee.

Sin más por decir, la sirvienta guio a Anne escaleras arriba, sin saber que la conducían a la alcoba del conde.

Keylan oyó el ruido de sus zapatos sobre el suelo de madera, que le informaba del ascenso de la joven hacia el último piso, sabiendo perfectamente que su destino sería la misma habitación en la que él descansaba. Con la intención de quitarle la compostura a la muchacha, permaneció sin camisa, tumbado en su cama.

Tras llamar a la puerta, la joven entró, y Keylan pudo ver cómo la expresión del rostro de la dama se transformaba de inmediato de una de

enfado y confianza a otra de asombro y vergüenza.

Anne nunca había visto el pecho desnudo de un varón adulto expuesto tan descuidadamente, por lo que no pudo ocultar su reacción. Ella había sospechado que el conde era un hombre de medios viles, pero esta exhibición demostraba con claridad que era en realidad el hombre descrito por los rumores que había oído.

Calmando sus emociones, se obligó a mirar, en lugar de apartar la vista, lo cual sospechaba que complacería al lord sin escrúpulos. Al instante pudo apreciar la gran cicatriz que marcaba la mejilla del conde.

El ama de llaves, incómoda con la situación, intentó marcharse, pero el conde la detuvo.

—¡Quédese! —le ordenó él—. No queríamos dañar la reputación de la bella dama dejándola a solas conmigo.

Anne estaba asombrada de que un hombre así pudiera preocuparse por su reputación.

—¡Hable ahora! —ordenó Keylan a la muda Anne—. ¿Qué desea tanto, que se atreve a irrumpir en mi hacienda exigiendo mi presencia? Hable, muchacha.

El conde estaba siendo audaz y autoritario. Un completo contraste con el gesto bondadoso que había demostrado al proteger su honor. Sin embargo, Anne no se inmutó ante sus órdenes. Se lo esperaba.

—Me llamo *lady* Anne Willington, hija de lord Thomas y lady Eleanor Willington. Anoche me informaron de que mi hermano, James, había hecho una apuesta con usted por el patrimonio de mi familia y que había perdido. Al margen del resultado de esa apuesta, estoy aquí para hacerle renunciar a su derecho a la herencia de mi padre, y exigirle que me devuelva cualquier documento que mi hermano le haya dado.

Anne apretó con fuerza el vestido para evitar que le temblaran las manos. El conde era realmente un hombre intimidante. Sabía que hablar con él sería difícil, pero no esperaba que la impresionara tanto.

Mientras tanto, el conde parecía considerar sus palabras. Era cierto que no necesitaba la propiedad obtenida de la apuesta. Sin embargo, era necesario que le diera a ese estúpido muchacho una lección sobre la vida.

Miró a Anne, y un pensamiento cruzó su cabeza. Era una apuesta, pero el riesgo valía la pena. Para él, no había nada más que perder. Sin embargo, tendría que ser astuto. Anne nunca estaría de acuerdo con su plan, a menos que fuera más astuto que ella.

—Así que ese patético perdedor es su hermano. Admito que no necesito otra endeble propiedad destartalada que me vacíe los bolsillos con su mantenimiento e impuestos, pero eso no significa que no pueda venderla para obtener beneficios. Su hermano fue un insensato al arriesgar la fortuna de su familia en una apuesta, sobre todo, cuando el cuerpo de su padre aún no ha tocado la fría tierra. Si cree que debo entregarla, dígame por qué, cuando la gané de forma honesta.

El conde cruzó las manos y dejó que Anne hablara. Era muy guapa. Su pelo rojo brillaba a la luz del sol. Cada centímetro de ella irradiaba elegancia y clase. Salvo el dobladillo de su vestido, probablemente manchado de barro por montar a caballo.

Tenía la cara ovalada y la piel traslúcida. Sus manos parecían suaves y pequeñas, como las de una niña. Keylan supuso que tenía entre diecisiete y diecinueve años. Su rostro tenía un aspecto inocente, excepto cuando lo miraba fijamente, como había hecho al entrar en su alcoba.

Era de una estatura superior a la media para una chica de la zona. Sin embargo, tenía una pasión ardiente que ardía en su interior, y Keylan sabía que en ese estado podía ser peligrosa.

En general, era una mujer muy interesante, hermosa y tenaz. Y atrevida.

Anne se quedó mirando al conde, sin palabras. Esto era lo que había temido mientras cabalgaba por la ciudad. ¿Qué podía ofrecerle? O, ¿cómo podía convencerle de que renunciara a sus propiedades sin que ella perdiera su orgullo y su dignidad?

—Mi padre nos dejó la casa, y los documentos que mi hermano le entregó contienen la mayor parte de nuestra herencia. Nos estaría quitando nuestro medio de vida al obligarnos a prepararnos para la adquisición. Además, por favor, absténgase de seguir dañando la reputación de mi hermano insultándole. Lo único que quiero es que las cosas vuelvan a ser como antes —confesó Anne.

El conde admiró su valentía, pero aún no había conseguido lo que quería. Por sus últimas palabras, supo que ella quería mucho a su hermano y aún más a su familia. Sin embargo, sabía que ya casi lo había conseguido; solo faltaba un empujoncito.

—He escuchado lo que tenía que decir, y entiendo por qué necesitaría recuperar sus propiedades, pero ¿por qué debería devolvérselas? ¿Qué obtengo a cambio de semejante gesto?

Anne se sintió consternada por su pregunta. El conde estaba pidiendo abiertamente una especie de compensación para que él les devolviera sus propiedades. Ella había sospechado que podría llegar a esto, pero había rezado para que al menos algunos de los rumores sobre él no fueran ciertos.

—Mientras venía, me había dicho a mí misma que iba a hacer lo que fuera necesario para recuperar la hacienda de mi padre, y eso sigo dispuesta a hacerlo. Admito que había oído rumores sobre usted, y que la mayoría de ellos dicen cosas viles. Sin embargo, tenía la esperanza de que al venir aquí e daría la oportunidad de demostrar que esos rumores no son ciertos. Pero veo que me he equivocado.

Keylan estaba harto de los insultos. Sí, estaba acostumbrado a que le etiquetaran y le pusieran nombres. La mayoría de la gente del pueblo le conocía como Lord Escándalo, y no por su nombre real. Sin embargo, que le insultaran en su propia casa no era algo que fuera a tomarse a la ligera.

Anne le observó mientras pensaba. Parecía que no había otra opción. Miró al ama de llaves, que estaba junto a la puerta, y de nuevo al conde. Lentamente, su mano se dirigió a sus hombros y comenzó a tirar de su vestido. Cuando habló, su voz temblaba mientras luchaba por contener la emoción que la embargaba.

—Los rumores dicen que frecuenta varios burdeles y que tiene numerosas amantes. Así que le ofrezco lo que quiere: mi cuerpo a cambio de que renuncie a reclamar la propiedad de mi padre.

El conde se quedó estupefacto. Jamás había pensado que aquella joven y bella dama se ofreciera tan voluntariamente, todo por conservar la herencia de su familia. Sin embargo, no era eso lo que quería en ese momento. Si la

dejaba continuar, solo provocaría más rumores que mancharían más su reputación y el honor de ella.

Además, por la expresión de su ama de llaves, se trataba de un movimiento audaz. Casi sonreía cuando la detuvo.

—¿Por qué parar ahora? ¿No es esto lo que desea? —preguntó Anne, con la ira y la humillación ardiendo en sus ojos.

Keylan sonrió satisfecho.

—Aunque de hecho agradezco su tentadora y generosa oferta, la rechazo humildemente. Eso no es lo que quiero, al menos, no ahora.

Aliviada, pero aún cautelosa, Anne preguntó:

—¿Qué desea entonces a cambio de renunciar a sus derechos? Ya que tiene algo en mente, ¡dígamelo!

Keylan volvió a hablar, audaz.

—En esta casa vive una joven, mi hermana. Cuando nació, era muy vivaz. Después de algún tiempo, desarrolló una enfermedad que, tras varios acontecimientos, la confinó en sus aposentos. Lo que quiero de usted es que la acompañe hasta que mejore. En cuanto vuelva a estar animada y alegre, podrá marcharse. Pero no hasta entonces. Esa es mi única oferta.

Anne se sorprendió de lo que acababa de escuchar. Nadie había mencionado nunca que el conde tuviese un pariente, por no hablar de una hermana. Y además, su oferta parecía tan trivial que se preguntó si el conde no tendría algo más en mente.

—¿Eso es todo? —preguntó Anne.

—Por supuesto. Lo único que tiene que hacer es hacerle compañía a mi hermana, y su patrimonio le será restituido. Sin embargo, debe ser consciente de que tendría que vivir aquí temporalmente, ya que mi hermana podría necesitar consuelo y compañía a horas intempestivas. No obstante, le prometo que su honor permanecerá intacto mientras viva bajo mi techo —explicó Keylan.

Anne suspiró; era un buen trato. El único problema sería cómo darle la noticia a la tía Emily. Por supuesto, su hermano estaría preocupado, al igual que cualquiera que se enterara de la noticia. Sin embargo, estaba decidida y, si esa simple tarea garantizaba la seguridad de su familia, que así fuera.

—Acepto su petición —confirmó Anne.

—Bien. Mi ama de llaves la acompañará hasta su caballo; ya debería estar esperándola cuando salga. Volverá aquí cuando decida, pero no más tarde de una semana. Uno de los criados que la traigan volverá con los documentos que conseguí de su hermano. Una vez que se haya instalado, le presentaré a mi hermana, y a partir de ahí podrá continuar —concluyó Keylan.

Anne cerró los ojos unos segundos para asimilar la nueva información y resignarse a su destino. Se recordó a sí misma que había elegido hacer esto, y que era el mejor resultado posible para ambos.

Con el ama de llaves a la cabeza, volvieron a bajar. Cuando salieron, fiel a su palabra, su caballo la estaba esperando, cepillado y alimentado. Miró hacia donde sospechaba que estaba la ventana del conde.

Satisfecha, montó en su caballo y emprendió el camino de regreso.

## Capítulo 5

**L**ord Landcastle observaba desde su ventana cómo Anne montaba a caballo y salía a toda velocidad en la dirección de donde había venido. Observó cómo ella había saltaba graciosamente sobre la silla y cómo después su cabello subía y bajaba detrás de su espalda mientras galopaba hasta perderse de vista.

Incluso en su testarudez y ardiente desafío a los hábitos acostumbrados en damas de su estatus, Keylan la encontraba aún más divertida. Le recordaba a sí mismo: orgullosa y atrevida, reacia a atarse a costumbres o normas atrapantes.

Miró a Anne y pudo ver un leve parecido con su hermana.

*Lady Natalie Rowlyn*, que había padecido una terrible enfermedad, se había visto obligada a soportar meses de tratamientos y medicinas en un intento de curar su enfermedad. Al ser tan joven, se le había negado el contacto con sus amigos y, la mayoría de las veces, había sido recluida en su habitación para evitar que la enfermedad empeorara o se propagara.

Después de casi cinco años de lucha contra la enfermedad, Natalie se curó, pero los efectos fueron tremendos. Durante todo el tiempo que Natalie había estado confinada, no se le había permitido tener amigos ni compañía, lo que había provocado que se distanciara socialmente.

Apenas hablaba con nadie y, aunque era libre de hacer lo que quisiera, rara vez salía de su alcoba. Era como si se hubiera acostumbrado al encierro y se resistiera a cambiar. Los médicos le diagnosticaron «disposición nerviosa. —Sin embargo, su hermano Keylan sabía que no era así. Creía que era su castigo.

Una vez intentó visitarla en su habitación, pero ella gritó y chilló con todas sus fuerzas. Asumiendo la culpa de su estado actual, Keylan había endurecido su corazón como penitencia por su hermana.

Era orgullosa, audaz y hermosa. Un carácter que encajaba con el suyo. Sonrió. Anne podía ser la mujer más desafiante que había conocido. Y ese singular pensamiento hizo que se le acelerara el pulso. ¿Qué pasaría cuando empezara a vivir bajo el mismo techo que él? ¿Sería diferente de todas las demás mujeres con las que había estado o, como las demás, le trataría con desdén debido a su reputación?

Sin embargo, su hermana tendría ahora una amiga y compañera que, con suerte, podría sacarla de su estado de tormento. Se parecían, eran casi de la misma edad y estatura. Después de unos pocos días juntas, Keylan estaba seguro de que desarrollarían un vínculo. Un vínculo lo bastante fuerte como para curar.

Inseguro de lo que su corazón quería, Keylan se dio la vuelta para tumbarse en su cama. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el ama de llaves había regresado.

—Ordene a las limpiadoras que preparen para lady Anne la mejor habitación disponible y más cercana a la de mi hermana,. Además, dígle a las criadas que tengan toda la ropa de cama lavada y fresca. Tendremos una encantadora invitada por un tiempo, ¡y tengo toda la intención de impresionarla! —ordenó Keylan.

Notó que el ama de llaves estaba a punto de discutir, y su expresión cambió. Sin más vacilaciones, la mujer se apresuró a salir de la habitación para cumplir sus instrucciones.



Anne llegó de nuevo a su casa, para alivio y satisfacción de tía Emily y James. Tras despertarse horas después de la partida de Anne, él se encontró con la tía Emily, que le reveló el paradero de su hermana y sus intenciones.

Aunque agradecido por la intervención y el regreso de su hermana, James estaba más preocupado por el resultado de su aventura. Si ella no lograba convencer al conde, tendrían que abandonar sus vidas y su hogar para vivir quizá con algún pariente lejos de aquel lugar.

Sin embargo, si ella tenía éxito, él estaría eternamente en deuda con ella por haberlos sacado del embrollo en que los había metido. Aunque rezara por su éxito, sabía que el conde nunca renunciaría a sus propiedades sin obtener algo a cambio. Por otra parte, ¿era posible que su hermana hubiera logrado convencer al conde de que hiciera una apuesta y hubiera tenido éxito donde él mismo había fracasado?

Con los numerosos pensamientos y preguntas inundando su mente, James sacudió la cabeza para poder pensar adecuadamente. Su hermana acababa de regresar. Primero le daría la bienvenida, y después le pediría disculpas por haber puesto a la familia en peligro, independientemente del resultado de su enfrentamiento.

Anne había esperado, al menos, poder descansar y comer antes de informar del resultado de su visita, pero la tía Emily no era de las que retrasaban un anuncio.

—Cuéntame todo lo que pasó mientras estuviste en casa de ese taimado. ¿Te tocó? ¿Te intimidó o amenazó? Por favor, cuéntamelo y calma mi corazón agitado —la coaccionó la tía Emily.

Acorralada, Anne no tuvo más remedio que contar todo lo que había sucedido durante su estancia en la finca del conde. Explicó todo, menos la parte en la que ella se había ofrecido a cambio de la propiedad. Pensó que sería más vergonzoso e incómodo para sus seres queridos que demostrar lo que quería decir.

—...Y yo viviré allí con él y su hermana hasta que ella pueda ponerse más alegre y bien —explicó Anne.

La tía Emily cerró los ojos al pensar en los posibles resultados de que Anne se fuera a vivir con un hombre de semejante reputación y carácter. Sin duda, su reputación se mancharía, pero significaría que los errores de su hermano se resolverían. Sin embargo, pensó en otros medios a través de los

cuales podrían recuperar sus tierras sin que Anne se fuera a vivir con el conde.

Mientras tanto, cansada y hambrienta, Anne se desplomó en su silla. Al notar su cansancio, James hizo señas a un criado para que le sirviera comida y agua. Anne no perdió el tiempo y devoró el plato mientras abandonaba parte de su etiqueta en la mesa.



Los días siguientes pasaron con rapidez, y Anne lo atribuyó a la anticipación que sentía por marcharse. No le entusiasmaba mucho la idea de vivir con el conde, pero, por el hecho de que le devolvieran su hacienda, estaba contenta.

Durante este tiempo, Anne notó un gran cambio en el semblante de su hermano. James se había vuelto más humilde y sobrio. Avergonzado por su anterior falta de control y su mal juicio, que casi habían llevado a la pérdida de su hogar, James había puesto fin por completo a su relación con la bebida y el juego.

Cada vez que Anne veía a su hermano, este estaba un poco abatido y rara vez sonreía. Sin embargo, las cosas habían empezado a cambiar en la finca. Las tareas de las que él había huido y abandonado, ahora las realizaba con maestría y rigor.

Por un lado, Anne se alegraba de que la experiencia le hubiera cambiado, al menos para mejor. Ahora podía creer que había tomado la decisión correcta. Si las cosas salían como ella creía, les devolverían sus propiedades, su hermano daría un paso adelante para convertirse en mejor persona y señor, y ella... bueno, estaría satisfecha sabiendo que su familia estaba bien y esperaba su regreso.

Inconscientemente, una lágrima había escapado de sus párpados, y Anne se apresuró a secarla. No era necesario llorar.

James permaneció entre las sombras, observando a su hermana durante un buen rato, y no dejó de notar cuando ella se limpió la humedad de las

mejillas. Todavía se sentía culpable por todo lo que había pasado, y aunque había hecho todo aquello en un momento de debilidad, no cambiaba el hecho de que casi había puesto en peligro la seguridad de la familia.

—Anne, ¿puedo hablar contigo? —preguntó James.

Ella se sorprendió. No había advertido que James se le acercaba. De todos modos, lo siguió hasta que estuvieron fuera del alcance de oídos curiosos y entonces él habló:

—Sé que los últimos días han sido duros para nuestra familia, pero sobre todo para ti. Cuando murieron nuestros padres, me entristeció tanto su muerte que empecé a buscar consuelo en el vino y el juego, lo que al final casi me lleva a perder nuestra herencia. Asumo toda la responsabilidad de mis actos y te pido disculpas por haberte puesto una vez más en una situación en la que tendrías que redimirme. —James hizo una pausa, y Anne pudo ver la emoción en sus ojos y en su voz. Sin duda, estaba realmente arrepentido. Ella no le guardaba rencor y quería que lo supiera—. Quiero pedirte una vez más que me perdones por haberte puesto en esa situación. Y cuando te marches para cumplir tu parte del trato, que sepas que siempre estaré a tu disposición. Siempre que me necesites, solo tienes que enviarme una nota, y estaré a tu lado en un instante. No dudaré en acudir en tu ayuda en cualquier momento, ahora y siempre. Te lo juro —concluyó James, y se golpeó el pecho con el puño con énfasis.

Anne estaba más que feliz por la determinación de su hermano. Estaba orgullosa y contenta de que algo bueno ya hubiera empezado a manifestarse, incluso antes de que ella hubiera hecho el viaje a la finca del conde. Ahora, pasara lo que pasara, sabía que todo iba a salir bien.

Corrió a los brazos de su hermano mayor y se quedaron un rato abrazados. Desde la muerte de sus padres, era la primera vez que alguno de los dos intimaba con el otro.

—Hermano, no sabes cuánto tiempo he esperado a que me dijeras todo esto. Eres mi hermano, y de ninguna manera te guardaría rencor durante tanto tiempo. De hecho, lo que hiciste me causó dolor, ya que nuestros padres acababan de ser enterrados y tú habías abandonado tus deberes como heredero. Sin embargo, te he perdonado por completo, y todo eso ya forma

parte del pasado. Mi único deseo es que, durante el tiempo que yo no esté, te ocupes de los asuntos de nuestro padre y de ti mismo. No descuides más tus deberes. Y, por supuesto, la tía Emily estará aquí para asegurarse de que tengas todo lo que necesites.

A ambos les costó reprimir las lágrimas. Durante el resto del día, ella y James sonrieron. La tía Emily se dio cuenta de lo que había pasado y estaba convencida de que la familia iba a superar los acontecimientos que los habían perturbado. Su único temor era lo que pudiera ocurrir una vez que Anne empezara a vivir con el conde.

Sin embargo, eso ya estaba fuera de su control. En cualquier caso, se compadecía del conde si intentaba poner en peligro la reputación de Anne. Esta era tenaz e imprevisible. Si le ocurría algo, se sobrepondría y vencería. De eso no tenía ninguna duda.



A la mañana siguiente, Anne estaba lista para marcharse. Las criadas y los sirvientes estaban afuera, esperando para despedirse. James y tía Emily estaban juntos mientras ella subía a su carruaje. Esta vez se dirigía a la finca del conde como lo haría una dama apropiada, y aunque tía Emily y James habían pedido acompañarla, pero ella se había negado en redondo. Si lo hacían, solo conseguirían que Anne llorase cuando se fueran, y esa era una faceta de ella que no quería que el conde viera. Si tenía que soportar vivir con él las próximas semanas, debía ser vista como alguien fuerte y competente.

Acabadas las galanterías y las despedidas, Anne emprendió el camino hacia la finca del conde. Había oído muchas cosas sobre él, algunas buenas, pero la mayoría negativas.

¿Qué encontraría en su estancia en aquella casa? ¿Sería el hombre que los rumores decían que era, o encontraría a un hombre diferente de lo que la sociedad conocía de él? Bueno, solo había una manera de averiguarlo: tendría que descubrirlo por sí misma.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo 6

**L**ord Landcastle estuvo todo el día sentado y mirando desde su ventana esperando la llegada de *lady Anne*. Había dejado su almuerzo a medias y no podía negar que estaba inquieto. Aún no la había visto, pero ya se sentía ansioso y aprensivo.

En dos ocasiones, mientras los criados preparaban la habitación, él había entrado a inspeccionarla, buscando manchas, muebles viejos y objetos decorativos que, en su opinión, no le gustarían a ella. Se acercaba a un jarrón para examinarlo, buscaba al azar partículas de polvo o el más mínimo error de alineación y luego mandaba que lo rehicieran todo.

Para él, Anne debía sentirse bienvenida y cómoda cuando llegara. Además, hacer su alcoba lo más acogedora posible era lo menos que podía hacer como anfitrión.

Oyó el carruaje entrar en su finca y detenerse en la puerta principal. De inmediato, examinó y repasó su atuendo. Salió de su habitación y bajó las escaleras con la mayor elegancia que pudo reunir.

Contrariamente a su vestimenta habitual, se había puesto una de sus prendas favoritas; una que contenía más de una docena de botones y presillas en la solapa. Parecía un general del ejército, solo que esta vez sin la condecoración militar.

Al bajar del carruaje con la ayuda de un lacayo, Anne vio que la gran puerta que daba acceso a la casa del conde se abría de par en par. Se dio cuenta que el conde sonreía de forma extraña y que llevaba un abrigo raro. Supuso que hacía tiempo que él no asistía a ningún evento, ya que la prenda era anticuada y carecía de gusto.

Sin embargo, no debía informarle de su propio error. Si sus criados no veían nada malo en su forma de vestir, ella tampoco lo haría.

Ignorándole, Anne se dio la vuelta para apreciar su entorno. Su corazón se agitó junto con las mariposas que se posaban en una flor y otra.

Anne admiró el paisaje ante sus ojos, prometiéndose a sí misma hacer una visita a los jardines una vez instalada. El camino que conducía al edificio principal estaba decorado con cedros, canelos y otros numerosos árboles que daban al entorno un aroma picante, pero delicioso. A su alrededor había plantas de diferentes tipos y especies.

En el fondo de su corazón, Anne agradeció poder pasar algún tiempo aquí; al menos, el lugar le ofrecería comodidad en sus ratos de ocio.

Al acercarse al edificio principal, Anne recordó el motivo de su estancia y puso cara seria. No le favorecería que el conde la viera encantada con su decoración, no fuera a pensar que era fácil de complacer.

Uno de los criados fue a por su equipaje mientras otro le entregaba una carpeta. Contenía los documentos que su hermano había entregado al conde al perder su apuesta. Ella la hojeó y comprobó que todo estaba correcto. Al fin, se la entregó a su lacayo junto con una nota para su hermano. Luego comenzó a recorrer la escalinata hasta encontrarse cara a cara con el conde.

—*Lady Anne* —la saludó Keylan.

—Lord Landcastle —contestó ella.

—Es usted oficialmente bienvenida a mi casa. Durante su estancia aquí, mis sirvientes la atenderán como si fueran los suyos propios. Para cualquier cosa que necesite o cualquier pregunta que tenga, solo tiene que acudir a mí. Mi ama de llaves, la señora Johnson, le mostrará su alcoba. —Keylan hizo una pausa para que sus palabras calaran.

Anne no respondió, y el conde entendió que estaba nerviosa.

—La cena pronto estará lista —continuó él—, y espero que esté allí. Más tarde le presentaré a mi hermana. Es mi deseo que se haga su amiga, ya que ese es el propósito por el que está aquí. Que pase una buena velada, *milady* —concluyó, y Anne se dirigió hacia su dormitorio sin dignarse a decir nada, no por obstinación, sin por encontrarse demasiado perturbada al ser recibida de manera tan amable por el propio conde.

Siguió de cerca al ama de llaves, fijándose en las distintas puertas y pasillos de la casa. Si iba a vivir allí más de un mes, tenía que conocerla

bien.

Recorrieron distintas habitaciones hasta que llegaron a una habitación en el segundo piso.

—Está será su habitación, *milady* —dijo la señora Johnson—. Espero que sea de su agrado.

Anne asintió complacida.

—¿Y aquella de allí? —preguntó Anne, señalando la habitación contigua. Esta era espaciosa y estaba pintada con dibujos de conejitos y gatos; parecía haber sido utilizada como cuarto de juegos.

—Oh, esa es la habitación de *lady* Natalie. Es una de las más más amplias de todo el edificio, y no se permite la entrada a ningún criado, salvo que sea necesario —respondió la señora Johnson.

Anne estaba intrigada. Se preguntó por qué todos los demás pisos estaban recién pintados, excepto este.

Anne sabía que, si quería hacerse amiga de la joven y conseguir pronto su libertad, tendría que ganarse la confianza de aquella. Eso significaría llegar desde un ángulo que le permitiera abrirse fácilmente a la discusión.

Esa era otra tarea a superar con el conde. Abrirse sobre su hermana casi significaría compartir también sus propias experiencias. El conde era un hombre duro y que seguramente detestaría que alguien conociera su pasado y su vida personal.

Satisfecha, Anne regresó a su nueva habitación y despidió al ama de llaves. El estrés por fin había caído sobre ella, y se apresuró a descansar su dolorido cuerpo. Había mucho que hacer más tarde, lo mejor era descansar todo lo que pudiera hasta que llegara la hora de la cena.



Para Anne, la cena que se había servido resultaba bastante elaborada para dos personas. Sentados en extremos opuestos el uno del otro, Keylan y Anne comían de sus platos. El comedor era grande y silencioso. En la pared

había cuadros. Pinturas de campos de batalla y santos que bajaban del cielo para ayudar a los soldados.

Los cuadros parecían viejos y descuidados. Obviamente, eran de poco interés para aquel hombre sin escrúpulos. Nadie esperaba que el hombre que se negaba a ir a la iglesia y frecuentaba tabernas, se ocupara de tan bello arte.

—¿Qué tal la comida? —Quiso saber Keylan.

Anne no se esperaba su pregunta. Probablemente, porque estaba prestando más atención a las pinturas que a la comida.

—La comida sabe bien. Gracias —respondió, sin apartar los ojos de los óleos.

Sin embargo, el conde aún no había terminado.

—Esos cuadros se encargaron hace casi dos décadas. Cuentan la historia de Alfredo el Grande. Tuvo que luchar contra el ejército vikingo en numerosas ocasiones, y se dice que fue el primer rey que defendió con éxito su reino contra los invasores. Se dice que esta hazaña solo fue posible gracias al poder de los santos que intercedieron por él. Así fue como más tarde se convirtió en el primer verdadero rey de Inglaterra —explicó Keylan. —Anne se mantuvo en silencio, haciéndole sentir incómodo por su larga explicación—. Al menos, eso es lo que dicen los registros —añadió, sin saber que más decir.

La cena continuó sin otras interrupciones. Keylan comprendió que ella no estaba de humor para charlas triviales. Sin embargo, seguía en su casa, y en algún momento tendría que presentarle a su hermana. Entonces, ella tendría que hablar.

Una vez terminada la cena, observaron en silencio los cuadros.

El conde, más alejado de las pinturas que Anne, admiraba más a la dama que a los cuadros. Pronto descubrió que ella no solo despertaba su interés, sino que también perturbaba su mente. Porque luchaba constantemente en su interior entre tratarla como a cualquier forastero o como quería su corazón.

—¡Venga, *milady*! —ordenó Keylan a la vez que comenzaba a alejarse hacia las escaleras—. Es hora de que conozca a mi hermana.

—¡Espere! —lo llamó Anne—. Tengo preguntas que necesitan respuesta. Se trata de su hermana. ¿Cómo llegó a su estado? ¿Nació con esta enfermedad, o le ocurrió algo de joven que la hizo así?

Ante la última pregunta, el conde cerró los ojos, sumido en sus pensamientos. Anne esperó lo que parecieron horas hasta que él comenzó a hablar.

—Lo siento, pero no puedo responder a esa pregunta —dijo Keylan.

Anne se quedó sorprendida por su declaración. Aunque había sospechado que el conde no respondería a todas sus cuestiones personales, ¿era innecesario que ella conociera el pasado de su hermana?

—Pero usted prometió responder a cualquier pregunta que le hiciera. ¿Por qué entonces me oculta información que necesito para familiarizarme con su hermana? —preguntó Anne.

Keylan sabía que lo que Anne había dicho era cierto. Sin embargo, estaba decidido a no decir nada más al respecto. Había cosas que ni siquiera Anne debía saber nunca.

—Simplemente tendrá que encontrar otra forma de hacerse amiga de ella. De lo contrario, faltará a nuestro acuerdo y sabré que su palabra no tiene ningún valor —replicó Keylan enfadado y continuó subiendo las escaleras seguido por Anne.

Esta estaba ahora segura de que lo que había causado la enfermedad de la hermana del conde estaba muy relacionado con él. Había grandes posibilidades de que averiguar los detalles de su enfermedad desvelara cierto pasado o recuerdo que su hermano no quería que nadie descubriera.

Subieron en silencio hasta el segundo piso. Hubo una breve pausa antes de que Keylan golpeará la puerta con suavidad tres veces. Tras no recibir respuesta, volvió a intentarlo y, como obtuvo el mismo resultado, se convenció de que ella estaría dormida.

—Parece que mi hermana duerme. No se preocupe, mañana regresaremos. Tal vez entonces se sienta mejor y esté dispuesta a recibir visitas —dijo Keylan, y comenzó a dirigirse a su habitación.

Anne permaneció allí un buen rato, preguntándose cómo sería la pequeña Natalie y cómo se ganaría su confianza. También se dio cuenta de

que el conde no le había deseado buenas noches. Sin embargo, el día siguiente ya tenía marcadas sus actividades.

Su máxima prioridad sería ganarse la confianza de la joven. Todo lo demás vendría después. De regreso a su alcoba, pensó en su hermano y en la tía Emily. Y justo antes de cerrar los ojos para dormir, pasó por su mente la imagen de sus padres sonriéndole.

Durante todo el tiempo que Keylan y Anne habían estado juntos, ninguno se había percatado de la figura solitaria que se escondía entre las sombras, observándolos con ojos furiosos.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo 7

**L**legó la mañana y Anne ya estaba en pie. Había preparado hilos y agujas, así como algunos trozos de tela. Durante el desayuno, se dio cuenta de que el conde estaba ausente y, cuando se enfrentó al ama de llaves, esta le dijo que el señor tenía un compromiso por la mañana temprano que no podía esperar.

Decepcionada y un poco aliviada, comió en silencio y regresó a su alcoba. Cuando pensó que era el momento adecuado, salió de su habitación para buscar a la joven de la casa. Llamó tres veces a la puerta, como había hecho lord Landcastle la noche anterior.

Hubo una larga pausa, y Anne se preguntó si el golpe había sido lo bastante fuerte o si la joven Natalie estaba dormida una vez más. Solo había una forma de saberlo; iba a intentarlo de nuevo.

—Adelante —dijo una vocecita chillona detrás de la puerta justo cuando Anne levantaba la mano para golpearla.

Anne respiró hondo. No sabía por qué estaba tan nerviosa. Quizá se debiera a que no había visto a la muchacha ni había oído nada relevante sobre ella, salvo su enfermedad.

Al empujar la puerta, se encontró una habitación sumida en una oscuridad que apenas le permitía ver. Se fijó que las ventanas estaban cubiertas con pesadas cortinas que bloqueaban toda la luz procedente del exterior.

La única iluminación era la de una vela moribunda que descansaba en un candelero sobre una mesita cercana a la cama. Junto a esta había una gran estantería llena de libros y dibujos. Un volumen, abierto por el centro, yacía en el regazo de la muchacha. Esta se cubría con sus sábanas y solo llevaba su camisón de noche.

Anne la observó hasta que sus miradas se cruzaron. Al darse cuenta de su grosería, se disculpó con rapidez.

—Siento molestarte, pero tenía ganas de conocerte.

Natalie esbozó una sonrisa de complicidad.

—No me molestas, Keylan vino a verme esta mañana y me dijo que vendrías.

Anne contempló a Natalie y se dio cuenta de lo mucho que su rostro se parecía al de su hermano. En todo lo demás, era completamente diferente a él.

Tenía el pelo negro azabache, como el conde. Tenían un color de piel similar, pero el de ella se había aclarado debido a la falta de luz solar. En otros aspectos, su cara era ovalada y tenía los ojos almendrados. Parecía pequeña y frágil, en agudo contraste con el tamaño grande e intimidante de Keylan.

En cualquier caso, era hermosa.

—Siento interrumpir, pero me preguntaba si te vendría bien un poco de compañía —preguntó Anne.

Sin esperar respuesta, Anne se acercó a las enormes cortinas y las descorrió un poco. Natalie chilló al principio, pero no se quejó. Más bien se envolvió en las sábanas. Por fin iluminada, Anne pudo ver la habitación al completo por primera vez.

Esta era amplia y albergaba dos grandes estanterías y armarios y retratos enmarcados que debían de ser su familia, a juzgar con el gran parecido que compartían. Aunque la muchacha no estaba representada en ninguno de ellos.

—Tu familia es preciosa —comentó Anne mientras sostenía uno de los cuadros.

Sin embargo, no obtuvo respuesta.

De pronto cayó en la cuenta de que Natalie no había pasado mucho tiempo con sus padres. Eso solo podía significar que algo les había sucedido a ambos cuando ella era pequeña. ¿Podría ser ese el origen de su carácter nervioso?

—Mamá murió al darme a luz, y después de eso nada volvió a ir bien en nuestra familia —explicó Natalie—. Creo que eso es lo que te has preguntado después de ver esos retratos.

Anne se sorprendió de que hubiera adivinado sus pensamientos.

—Lo siento —dijo esta con remordimiento. Se permitió una larga pausa antes de hacerle la otra pregunta que le había venido a la cabeza.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que empezaron los síntomas? —preguntó Anne, refiriéndose a la enfermedad de Natalie.

—Unos tres años —respondió la chica—. Al principio, los médicos creyeron que era gripe. Pero cuando el malestar continuó durante meses, supieron que era otra cosa. Me dijeron que, al cabo de cuatro años, la medicación había empezado a hacer efecto y que por eso mejoré.

Anne sintió verdadera lástima por ella. Tener que soportar a tantos médicos y tratamientos debió de haber sido una angustia para ella. Solo Dios sabía todos los dolores que había tenido que afrontar sola y sin una madre que la consolara. Al pensar en ello, le parecía una tortura.

Hubo una larga pausa antes de que ninguna de las dos hiciera algún movimiento, y Anne se sintió aliviada al ver que la muchacha no lloraba.

Animada, Natalie cogió otro retrato. Estaba escondido detrás de una pila de trastos y cubierto de polvo. En él solo aparecían Natalie y su hermano mayor. Ambos vestían ropas finas. Anne admiró a ambos hermanos. Keylan tendría unos veinte años, mientras que Natalie parecía tener diez.

—Estás muy guapa. Además, es la única vez que he visto sonreír a tu hermano —declaró Anne.

—Yo tenía doce años y él unos veinte —dijo Natalie sin mirar el cuadro.

Anne pasó la mano por este para sentir la textura y se detuvo en los labios sonrientes de Keylan.

No estaba tan mal, después de todo. Parecía inocente y encantador. No el hombre vil y cruel que la gente conocía ahora.

—Esa fue la última ocasión que vi sonreír a mi hermano. Después fue al baile y... —dijo Natalie, rompiendo las fantasías de Anne.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? —preguntó esta.

Natalie abrió la boca como si fuera a contestar, pero la cerró enseguida. Luego cerró también los ojos y sus facciones se alteraron.

—No quiero hablar de eso. ¿Podemos hacer otra cosa?

Anne pensó que era evidente que ese día había ocurrido algo. Posiblemente, una cosa que había cambiado la vida de ambos hermanos desde entonces. Anne sabía que más preguntas sobre el asunto solo podrían enfurecer a la joven Natalie y distanciarlas aún más.

Sea como fuere, lo mejor era detenerse ahí, tal y como pedía la joven, al menos por el momento. Dejó el retrato y fue a sentarse junto a Natalie en la cama.

—Sí. Quizá podamos hablar de ello en otro momento —dijo Anne—. ¿Y qué haces en tu tiempo libre?

A Natalie, la pregunta le pareció graciosa, pero hizo todo lo posible por reprimir la risa. Ella solía estar siempre recluida en su alcoba, así que ¿cuándo no estaba libre?

—Me encanta dibujar. Sin embargo, cuando no puedo dibujar, aprendo a bordar. También leo poemas y poesía —contestó la chica señalando la estantería de libros.

—Entonces creo que vamos a llevarnos muy bien —comentó Anne, y ambas sonrieron.

Anne pasó el resto del día dentro de casa con Natalie, haciendo descansos de vez en cuando. Durante el almuerzo, ambas comieron en la habitación, hablaron de trivialidades, y Anne llegó a saber que era apenas dos años mayor que ella. La familia de Natalie tenía un lejano parentesco con un rey anterior, lo que explicaba su inmensa riqueza. Su hacienda se extendía hasta los bosques, y su madre era la responsable de la existencia de la mayoría de las flores que crecían en los alrededores.

Anne estudió a la chica y se preguntó cómo era posible que aquella joven y bella dama fuese la hermana del estrafulario conde. Sus actitudes eran opuestas y, de no haber sido por los retratos, aún habría tenido dudas sobre sus nacimientos.

El resto del día transcurrió con rapidez y sin mucha actividad. Cuando el sol se acercaba a su ocaso, Anne se excusó y se marchó. Su encuentro con

Natalie había sido un poco incómodo, pero instructivo. Había aprendido algo más sobre su familia y, lo que era más importante, sobre el conde.

Solo había una cosa que aún le preocupaba. Lo que hubiera sucedido después del retrato realizado antes del baile debía ser la respuesta al carácter revoltoso y vil del noble. Si pudiera obtener más información de alguien que conociera todos los detalles, podría comprenderle mejor.

También era posible que entonces encontrara la clave para cambiar por completo el humor y el ánimo de Natalie. Todo se remontaba a lo sucedido aquellos días.

Cuanto antes resolviera el misterio que rodeaba a la familia Rowlyn, antes podría cumplir su parte del trato y volver con su hermano y su tía Emily.

## Capítulo 8

**A**l día siguiente, Anne pasó la mayor parte del tiempo encerrada con Natalie, bordando. Le enseñó a la muchacha algunos de los patrones que su madre le había mostrado a Anne, y Natalie, a su vez, le mostró a ella algunos de sus propios patrones.

Tras un largo rato de intercambio de ideas, Anne decidió tomarse un descanso. Aunque solo habían pasado tres días desde que había llegado a la mansión Rowlyn, estaba haciendo progresos con Natalie.

Ya no había silencios incómodos entre ellas. Anne le dio detalles de sus viajes con sus padres a lugares lejanos y de su tiempo libre con algunos de sus amigos.

Ahora se reían y bromeaban mientras cosían, y Anne empezó a preguntarse si así se habría sentido ella si hubiera tenido una hermana menor.

La idea la divirtió y la inspiró a compartir más anécdotas con Natalie.

Pensaba dirigirse a su habitación, el sol seguía brillando y el tiempo era cálido. Decidió que todavía tenía unas horas para pasar al aire libre y bajó las escaleras a paso ligero. Al llegar a la planta de abajo, se encontró con el ama de llaves.

—¿Va a alguna parte, *milady*? —preguntó la señora Johnson.

—Sí. Me gustaría familiarizarme con la propiedad, aunque es tan grande que creo que me perderé sin un guía —respondió Anne.

—¿Puedo acompañarla? —preguntó Keylan de pronto a espaldas de Anne—. Como dueño de este lugar, le garantizo que soy el mejor guía.

Anne se sorprendió por su oferta. Pero sabía que no podía aceptarla.

—Lo siento, milord, pero no creo que sea apropiado.

—Tonterías, no saldremos de la finca y en ella solo hay sirvientes que están a mi servicio. Y le puedo asegurar que no contrato a chismosos. Conmigo está a salvo —respondió Keylan, y sonrió satisfecho.

Anne sabía que se había puesto roja de vergüenza, pero no le dio importancia. Ya que él insistía tanto, decidió complacerlo. Se preguntó a cuántas mujeres les habría dicho eso. Enderezando los hombros, Anne continuó su camino hacia la salida, dejando que el conde la siguiera.

Anne insistió en ver las flores junto a los caminos que conducían a la mansión, por lo que echaron a andar por el sendero en dirección al pueblo. Keylan le explicó la historia de la finca. Cómo uno de sus antepasados había conquistado una ciudad en nombre del rey. Después, el monarca había decidido recompensarle con una gran parte de sus tierras.

Mientras el conde explicaba el origen de su hacienda, Anne admiraba las plantas perfumadas y palpaba sus pétalos. De vez en cuando le dedicaba a Keylan una inclinación de cabeza o un tarareo mientras él avanzaba en su relato.

Poco a poco se acercaron al final del maravilloso campo y Anne pudo divisar el contorno de la ciudad, por lo que giraron a la derecha para no ser vistos.

—Entonces, ¿qué tienen de fascinante las flores para que le gusten tanto? —le preguntó Keylan.

—Oh, no es nada. Solo que me recuerdan a mi infancia. Más concretamente, a cuando era pequeña y seguía a mi madre a diversos eventos en los que exhibía sus flores y donde a veces me compraba una muñeca. Cuando me sentía sola, me aferraba a ellas con fuerza.

Hubo un momento de silencio entre ellos y, al soplar la brisa del atardecer, Anne percibió el aroma de las flores. Miró al conde y, por primera vez, lo vio de otra manera.

El viento le movía el pelo y tenía un aspecto muy atractivo, similar al de su juventud en el cuadro, sin que la cicatriz de su rostro le restase parte de su encanto... No se había dado cuenta antes, pero se había cortado el cabello y se había afeitado la barba.

Anne se preguntó qué habría pasado si hubiera conocido al conde en otras circunstancias. Tal vez no tendría que ponerse en guardia cada vez que estuviera cerca de él.

Sin ser consciente de ello, había estado mirando fijamente a Keylan durante un rato, y Anne solo consiguió apartar la vista segundos antes de que él lo notara.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Keylan, observando que Anne tenía la cabeza inclinada y las mejillas sonrojadas.

—¡Ah, sí! —graznó ella.

Anne se aclaró la garganta y siguieron caminando por el sendero. Justo cuando ella pensaba que se dirigían a la mansión, Keylan siguió en línea recta.

—¿No volvemos a la casa? ¿Adónde lleva este camino? —preguntó Anne.

Keylan sonrió con astucia y siguió andando. Anne suspiró, exasperada, y le siguió el paso.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? Deberíamos regresar antes de que se ponga el sol —se quejó Anne.

Solo entonces esta se percató de que estaba a merced del conde, al estar completamente a solas. ¿Cómo había podido seguirle tan lejos? ¿Se aprovecharía de ella?

Aunque Anne contemplaba varias posibilidades, ni una sola vez pensó en detenerse y volver sola a la mansión. Sus instintos le decían que continuara moviéndose, y su cuerpo obedecía.

Su curiosidad pudo más que su recelo y siguió caminando hasta que el conde se detuvo, sacándola de sus pensamientos.

—Ya hemos llegado —susurró él.

El conde tenía la vista clavada en el profundo valle que había ante ellos, y Anne siguió su mirada.

El valle parecía increíblemente hondo. Sin embargo, no fue la profundidad de este lo que llamó la atención de Anne. A sus pies, y hasta donde alcanzaba la vista, no había ni un trozo de tierra que no estuviera cubierto de hermosas flores que brillaban bajo el sol del atardecer.

Encantada por el espectáculo que tenía ante sí, Anne sabía que era la escena más hermosa que había visto nunca y que podría llegar a ver el resto de su vida.

Keylan la miraba con una sonrisa complacida. Probablemente había planeado traerla aquí, confiando en que eso la relajaría. Y tenía razón. El paisaje le había despejado la mente.

Anne le devolvió una sonrisa de agradecimiento. Era lo menos que podía hacer sin pronunciar las palabras.

Sin embargo, el conde aún no había terminado con sus sorpresas.

—Un lugar más. Hay algo que quiero mostrarle —dijo él.

Anne se encontró dispuesta a explorar. Confiar en el conde parecía más fácil ahora, y obviamente más gratificante y satisfactorio. ¿Qué más tenía que enseñarle? ¿Qué otra cosa podría ser mejor que un valle de tanta belleza y esplendor?

Siguieron caminando hacia la mansión, y Anne se sintió decepcionada por regresar justo cuando esperaba más aventuras.

Como si hubiera leído su mente, Keylan dio un giro brusco y la condujo a un edificio adyacente, completamente oculto a la vista.

—¿Adónde vamos esta vez? —preguntó Anne, entusiasmada.

—No se preocupe, ya casi hemos llegado.

Empujando la pesada puerta, Keylan entró y Anne lo siguió. Se quedó boquiabierta al encontrarse en una sala grande y espaciosa repleta de cuadros y con esculturas en los rincones.

Él la condujo hacia la esquina oriental, donde se alzaba grandiosa una gran estatua de bronce de su caballo favorito. La figura parecía más de oro que de bronce. Con una altura que Anne supuso que era casi el doble de la suya, el semental no solo era hermoso, sino elegante.

De pronto, Anne sintió que un aliento ligeramente cálido le rozaba la nuca. Sobresaltada, se dio cuenta de que el conde no estaba a su lado. Entonces pensó que quizá se encontraba detrás de ella y que lo que acababa de notar era su respiración en la piel.

Asustada y fascinada al mismo tiempo, se negó a enfrentarse a él. No dejaba de darle vueltas a la cabeza: ¿qué estaba haciendo aquel hombre?

¿Era este el momento que ella llevaba tanto tiempo temiendo? Perpleja, Anne cerró los ojos, esperando respuestas o su destino.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo 9

A sus espaldas, y en medio del gran salón resplandeciente, el conde aún no la había tocado. En varios extremos de la sala había antorchas, pero estas aún no habían sido encendidas, aunque el reflejo del sol del ocaso sobre la escultura del semental ofrecía una visión más espectacular.

Anne solo había sentido el calor del aliento de él y un leve olor a su fragancia, pero anhelaba algo más. Ansiaba acallar los latidos agitados de su inexperto corazón.

Sin saber qué hacer a continuación, Anne esperó su siguiente movimiento. La respiración del conde había cambiado, ahora jadeaba lenta y agitadamente.

Todo aquello era nuevo para ella. La lujuria, el deseo, la excitante sensación de estar demasiado cerca del límite, de abandonar toda su moral y dejarse llevar por el momento. Pero no podía hacerlo, no cuando en su mente resonaba cómo debía comportarse una dama.

Con la convicción de no dejarse llevar por sus emociones, Anne se volvió para desafiar al conde. Si tan solo pudiera demostrar que su encanto e ingenio no la afectaban, al menos podría marcharse con su orgullo intacto.

Anne levantó la cabeza y la barbilla en señal de desafío. Iba a demostrarle que no era como las mujeres que él había conocido antes. No iba a caer fácilmente en sus trucos.

De repente, fueron interrumpidos por el sonido de unos pasos que se acercaban; era el ama de llaves.

—*Milady*, la estaba buscando —dijo la mujer, nerviosa al darse cuenta de que había interrumpido algo entre esa muchacha y su señor—. Creía que estaba sola y necesitaba de mi guía para regresar.

—Yo, sí... ya debe de ser la hora de cenar y tengo que cambiarme.

Anne se volvió para excusarse con el conde y, al ver la fijeza con que este la miraba, agradeció la interrupción del ama de llaves. De no haber sido así, no estaba segura de haber tenido el valor de enfrentarse a él.

Tras una reverencia, Anne le miró a los ojos y estuvo a punto de decirle algo. Pero cuando él apartó la mirada, como si le hubiera dañado, Anne solo pudo marcharse, dejándolo solo entre las cada vez más tenues luces del crepúsculo.

Los días siguientes pasaron rápidamente. Las horas se convirtieron en días y los días en semanas. Anne pasaba la mayor parte del tiempo leyendo y bordando con Natalie. Después de su último encuentro con el conde, había evitado quedarse a solas con él. Esto había hecho que Anne no saliera de la habitación de Natalie excepto para encerrarse en la suya propia, o pasear con cuidado por la mansión, familiarizándose con las criadas y los sirvientes.

En una de esas salidas, Anne conoció a la hija del jardinero jefe, la cual ayudaba a su padre en los jardines. A Anne le pareció la oportunidad perfecta para recabar información sobre sus anfitriones. Estaba segura de que la muchacha debía de saber algo sobre sus amos, y Anne pensaba aprovecharse de cada oportunidad que tuviera.

La chica se llamaba Rose. Había trabajado para la familia Rowlyn desde que era una niña, y debía rondar los quince años.

Al principio, Anne solo le había hecho preguntas al azar sobre ella misma, luego había pasado a preguntar sobre sus empleadores, cómo la trataban y si le gustaba estar allí.

Anne descubrió que la joven estaba inmensamente agradecida a la familia Rowlyn, ya que todos sus trabajadores ganaban mucho más que los de otras casas, y eso les granjeaba cierto respeto entre la gente de estatus similar. También se enteró de que el conde había sido una vez amable y simpático con todo el mundo y que siempre trataba a los criados con justicia.

La muchacha recordaba que una noche él se marchó a una velada, y que regresó más tarde con una cicatriz y con una personalidad más distante.

Igual que su hermana.

Sin que la sirvienta lo supiera, esta le acababa de confirmar a Anne una de sus hipótesis: Keylan y su hermana habían sido afectados por el mismo suceso.

Eso ayudó a simplificar la cuestión en su mente. El rompecabezas parecía ahora factible. Estaba segura de que lo único que necesitaba era averiguar qué había pasado el día del baile y todas las piezas encajarían.

Anne tenía algunas preguntas que hacerle al conde una vez que consiguiera que él se quedara a solas con ella.

Sin embargo, las cosas cambiaron para Anne al día siguiente. Como de costumbre, estaba con Natalie en su habitación, entreteniéndose con labores de costura. Anne interrumpió la labor para releer una carta que James le había enviado hacía unas horas, en la que le informaba de su inminente visita.

—¿Qué dice? —preguntó Natalie.

—Mi hermano James llegará antes de que acabe la semana —contestó Anne, doblando la misiva—. Solo se me ocurre una razón por la que mi hermano querría saber cómo estoy, y es mi tía Emily.

—Lo dudo. Puede que tu hermano también te eche de menos y quiera volver a verte después de tanto tiempo.

Anne consideró sus palabras. Sí, era cierto que James había cambiado después del incidente con el conde, pero se preguntaba cuánto. Sin dar su respuesta, Anne continuó con su bordado mientras estaba sumida en sus pensamientos.

—Tus puntadas no durarán si sigues cosiéndolas así —dijo Natalie levantando la voz.

Anne volvió aturdida a la realidad.

—Lo siento, ¿qué has dicho? —preguntó.

—He dicho que tus puntadas no durarán si sigues haciéndolas de esa manera. Estabas apuñalando al pobre cojín —contestó Natalie.

—¡Oh! —Fue todo lo que Anne pudo decir.

—Dime, ¿qué te molesta tanto? Te he visto muchas veces, y nunca dejas de sonreír. A veces me irritaba verte hacerlo todo el tiempo. Otras, me

resultaba reconfortante. Así que dime, ¿qué te molesta?

Al principio, Anne estuvo a punto de responderle, pero le pareció una excelente oportunidad para sacarle algo de información a Natalie. Quizá podría aprovechar la ocasión para descubrir por fin la pieza que le faltaba.

—De acuerdo, te lo diré. Pero solo si aceptas responder también a algunas de mis preguntas.

Natalie se lo pensó un rato hasta que le habló mirándola a los ojos.

—Acepto —dijo—. Ambas tendremos dos oportunidades para responder a tres preguntas. Si te sientes incómoda con la primera de ellas, puedes optar por no contestar. Sin embargo, tendrás que responder a la siguiente. Será como un juego entre nosotras, si aceptas mis condiciones —concluyó Natalie, expectante.

—Sí, de acuerdo.

Esta sería una gran oportunidad para averiguar lo que llevaba queriendo saber durante tanto tiempo. Aunque Natalie rechazara la primera pregunta, no tendría más remedio que responder a la siguiente. Entonces, por fin, ella entendería el misterio que había detrás de la familia Rowlyn.

—Entonces, ¿quién va primero? —dijo Anne.

—Yo misma —se ofreció Natalie.

Anne abandonó su silla para sentarse junto a su amiga.

¿Qué pregunta podría ser tan difícil para que ella no pudiera responder? Era obvio que la primera cuestión sería fácil, de modo que, si rechazaba la segunda, habría otra esperando en la cola. Eso significaba tres preguntas y dos respuestas.

—¿Qué pasó entre tu hermano y tú, que te hace pensar mal de él?

A Anne le sorprendió la pregunta. Era bastante fácil de responder, pero también delicada, por lo que decidió empezar por el principio.

## Capítulo 10

-Mis padres solo llevaban cuatro años casados cuando tuvieron a mi hermano, James. Mi padre quería un niño y mi madre una niña. Sin embargo, ambos estaban muy contentos y satisfechos con él, y contrataron a los mejores eruditos del lugar para que le dieran clases. Dos años después de su nacimiento, llegué yo. Mis padres estaban contentos y nos querían a los dos de verdad. —Anne hizo una pausa para asegurarse de que Natalie la escuchaba—. Años más tarde —continuó—, empezamos a mostrar habilidades en diferentes áreas; a mí me encantaba el exterior, el campo y las actividades al aire libre, pero a mi hermano le atraía más el arte, la música y la poesía. Mi padre estaba un poco decepcionado. Quería un hijo que tuviera intereses en la lucha y en todas las demás cosas que componían a un gran soldado y gobernante. Tenía miedo de que pasara algo y mi hermano no pudiera defender el honor de la familia —explicó Anne.

—¿Y tenía razón? —preguntó Natalie.

A pesar de que esta había hecho otra pregunta, Anne lo dejó pasar, ya que seguía siendo parte de la original.

—En cierto modo —dijo Anne—. Papá quería influir en mi hermano para que se convirtiera en su hijo ideal, así que pasaba más tiempo con él que conmigo y con mi madre.

—¿Funcionaron los métodos de tu padre? —preguntó Natalie, obviamente intrigada por la historia.

—Sí, funcionaron. Sin embargo, todo cambió cuando mis padres murieron hace unos meses.

—¿Cómo?

Esto era definitivamente más de tres preguntas.

—Después de que nos llegara la noticia de la muerte de mis padres, mi hermano empezó a trasnochar. A veces no volvía hasta el día siguiente. Al parecer, él y mi padre se habían hecho muy amigos, y su muerte le conmocionó incluso más que a mí —respondió Anne.

Al decir estas palabras, Anne sintió pena por su hermano. Este había amado a sus padres y su repentina pérdida había desencadenado en él un rasgo inesperado que le había hecho buscar consuelo en sus amigos y en el alcohol.

Si ella hubiera estado a su lado cuando más la necesitaba, él no habría tenido que depender de sus amigos y jugarse la casa. Anne tampoco había tenido en cuenta sus sentimientos cuando James le había hablado de su situación.

Perder la propiedad debió causarle más angustia a su hermano que a ella, porque entonces se habían cumplido los temores de su padre.

Anne cerró los ojos y dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas. Había sido insensible con James y debía disculparse. Solo podía imaginar lo que él debía de sentir después de haberse convertido en la persona que se había esforzado en no ser. Además, ella le había dado una bofetada. Era una persona horrible.

De repente, sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de otra verdad. Anne había actuado de la misma manera con el conde. Al acudir a la mansión para recuperar sus propiedades, no se había molestado en concederle el beneficio de la duda, sino que le había juzgado según lo que había oído. Incluso le había ofrecido su cuerpo como recompensa. Oh, qué tonta debió él de pensar que era ella.

En ese momento, Keylan llamó a la puerta y entró. Natalie miró a su hermano en silencio y volvió a su labor sin dedicarle ni una palabra.

Keylan, sintiendo la tensión en el ambiente, decidió esperar. Cogió la silla que tenía más cerca y se sentó, observando a Anne.

Natalie le lanzó una o dos miradas para después volver a su costura. Anne permaneció sentada con la cabeza gacha, sin percatarse de sus lágrimas hasta que el conde le tendió su pañuelo.

Ella levantó lentamente la cabeza en señal de reconocimiento y aceptó agradecida el pañuelo. Era como si le hubieran enviado desde el cielo. Él estaba allí para ofrecer su ayuda justo cuando ella la necesitaba.

Anne se secó las lágrimas y se sonó la nariz. Después se rio un poco. Estaba hecha un desastre y no le importaba. A él tampoco. El conde todavía tenía una sonrisa en la cara, igual que en el cuadro.

Anne se volvió hacia Natalie y la encontró absorta por completo en su bordado, sin duda, utilizándolo como vía de escape para evitar ser interrogada.

—¿Qué asuntos le trae hasta nosotras, milord? —preguntó Anne.

—Su hermano, *milady*. Llegará esta noche. Solo quería informarle.

—Pero he recibido su carta esta mañana. Dijo que vendría en unos días —alegó Anne.

—Sí, pero acabo de recibir la visita de uno de sus sirvientes informándome de su llegada esta noche. Mencionó a su tía Emily como principal motivo.

Anne debería haberlo sabido. Por supuesto, era cosa de su tía.

—¿Dijo quién más vendría con él? —preguntó alarmada.

—Parece que vendrá solo —respondió Keylan—. Pero se me ocurre que quizá podríamos invitar a su tía.

—¡No! En realidad no es de la familia. Es alguien muy querido para nosotros que nos cuida. Además, ¿quién cuidaría de la finca si ambos se ausentan? Todo estaría en ruinas para cuando regresaran. Es mejor que la tía Emily se quede allí, por ahora —declaró Anne.

—Está bien, me ocuparé de que su hermano esté bien atendido cuando llegue —dijo el conde.

Ninguno de los presentes sabía qué más decir mientras Keylan estaba convencido de que había interrumpido algo entre su hermana y *lady Anne*.

—Os dejaré a solas.

Ambas mujeres asintieron y, tras suspirar, a Keylan no le quedó más remedio que marcharse.

Pero ninguna de las dos continuó con las preguntas, y el día transcurrió sin que Anne pudiera formular la cuestión que tanto la aturdió. Había

dedicado la jornada a atar los cabos sueltos. Las preguntas podían venir en otro momento. Además, aún quedaba mucho tiempo para descubrir la verdad sobre la familia Rowlyn.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo 11

**L**ord James Willington se había despertado con alegría en el corazón ante la idea de reunirse con su hermana. Habían pasado muchas semanas desde la última vez que la vio. Al principio, se había preocupado por su estado emocional y su condición general en la casa del conde, sabiendo muy bien el tipo de persona que era aquel. Si hubiera podido, le habría impedido a Anne que se marchara. Sin embargo, cuando recordó la razón por la que ella se había embarcado en un viaje tan peligroso, se sintió impotente.

Una cosa era cierta: su hermana le quería. Tenía que ser así para que ella hubiera emprendido semejante tarea. Él sabía que lo había hecho por recuperar sus bienes y su herencia. Sin embargo, estaba seguro de que, más allá de eso, el amor por él también la había empujado a una situación tan peligrosa al tomar el camino de la oscuridad.

La personalidad del conde era bien conocida. El propio James le había visto actuar cruelmente con la gente. Le había visto desfigurar a un caballero que le desafió en un duelo.

James sabía el gran riesgo que había corrido su amada hermana.

No exageraba sus temores, en absoluto. Y por eso comprendía los de la tía Emily. Le preocupaba que Anne volviera rota, maltrecha.

Miró por la ventana para comprobar el tiempo que hacía afuera. Había transcurrido buena parte de la mañana y el sol parecía haberse ocultado tras las nubes.

James no se demoró. Se puso un atuendo más apropiado para su visita, ensilló su caballo y se puso en camino hacia su querida hermana. Miró por última vez a la tía Emily, a quien sabía que le habría encantado acompañarlo.

El cielo se había oscurecido considerablemente cuando por fin divisó la magnífica finca. Desde lejos, admiró su belleza. Anne había hablado de ella en las cartas que intercambiaron desde su partida. Ahora veía que sus palabras no le hacían justicia.

En cuanto llegó a la casa principal, se bajó del caballo. Al minuto siguiente había un criado a su lado, dispuesto a hacerse cargo del semental. James cogió el pañuelo que la tía Emily le había enviado a Anne, le dio una sólida palmada a su caballo y lo despidió. Al darse la vuelta, se encontró con un hombre mayor que le esperaba impecablemente vestido.

Debía de ser el mayordomo, pensó James. Este pensamiento se confirmó cuando el hombre se inclinó.

—Lord Willington, es un placer darle la bienvenida a Rowlyn Manor. Toda la casa ha estado esperando su visita. Soy Richard Lansfield, a su servicio.

Impresionado por los modales del hombre, James sonrió cálidamente y agradeció su presencia con una inclinación de cabeza. Anne no había mencionado a ningún señor Lansfield en sus cartas. Se preguntó si el mayordomo era nuevo en el servicio.

—Si es tan amable, permítame conducirlo al comedor, donde le esperan milord y los miembros de su casa.

—Gracias, señor Lansfield. Se lo agradezco mucho.

Con otra reverencia, Lansfield comenzó a andar. Sucedió que ni el conde ni Anne estaban esperando en el comedor.

No, James se encontró con ellos justo al final del pasillo, de pie el uno al lado del otro, como el dueño de la casa recibiría a un invitado, junto a su esposa. Para sorpresa de James, el conde tenía una expresión cálida en el rostro, a diferencia de la severidad que James había anticipado. Hmm...

Su evaluación del conde se vio interrumpida cuando Anne se echó de pronto a correr hacia él. James abrió los brazos justo a tiempo para atraparla y, gracias a la pequeña estatura de ella, consiguió mantenerse firme en el suelo.

Empezaron a reír juntos, sin motivo alguno. O tal vez, había una razón. Quizá, tener a su hermana en sus brazos una vez más era la causa de esta

alegría. Verla sana, completa, como siempre la había conocido.

Sus miedos se habían evaporado. Ella estaba bien. Y por ahora, eso era suficiente.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo 12

**A**nne había regresado a su habitación después de una jornada ajetreada. Había pasado la mayor parte del día con Natalie, tejiendo, para después dirigirse a su habitación a prepararse para la llegada de su hermano.

Estaba en la ventana, terminando de vestirse, cuando lo vio llegar a lo lejos, en su semental blanco.

Tan pronto como él cruzó las puertas, ella bajó los escalones para esperarlo. Sorprendentemente, Keylan ya estaba allí, vestido de forma impecable y con un gesto lo bastante agradable como para dar la bienvenida a James.

En cuanto Anne vio a su hermano, todo lo demás dejó de importar. Se había dicho a sí misma que se quedara quieta, que se comportara, pero, oh... sus piernas habían actuado por sí solas.

Ahora, en sus brazos, no se arrepentía de nada, solo se alegraba. En cuanto se recuperaron de su ataque de risa y se separaron, Anne echó un buen vistazo a su hermano. Su rostro había recuperado todo el color. Sus ojos brillaban con una expresión de alerta. Y Anne supo que no había vuelto a beber en su ausencia.

Bien.

—Tienes buen aspecto, James. Es un placer volver a verte, lo juro. No imaginé que me alegraría tanto. Supongo que te he echado de menos más de lo que pensaba.

En los labios de James se dibujó una sonrisa encantadora. Cogiéndole las manos, él dio un paso atrás y la hizo girar.

—Tú también tienes buen aspecto, Anne. Como si te hubieran tratado bien...

Ella observó cómo su mirada revoloteaba hacia Keylan, y de nuevo hacia ella. Por supuesto, su hermano habría temido por su bienestar.

—Por supuesto, me han tratado muy bien, James. No es un lugar terrible, en absoluto. Esta mansión es encantadora y todos son muy amables conmigo. —Anne enganchó su brazo en el de él y comenzó a caminar, guiándolo hacia Keylan.

—Me alegro de que estés bien en este lugar. Estaba un poco preocupado. —La mirada de James se cruzó con la de Keylan durante una fracción de segundo antes de apartar la vista.

Finalmente, James y Anne cubrieron la distancia que los separaba del conde y se detuvieron frente a este.

—Milord, ya conoce a mi hermano, lord James Willington —dijo Anne—. Su Señoría, Keylan Rowlyn, conde de Landcastle.

Ella observó en silencio cómo ambos hombres se saludaban. Pero, mientras Keylan parecía relajado, su hermano parecía nervioso.

Sin embargo, se las arreglaron para estrecharse la mano e intercambiar cumplidos. Anne rezó una oración para dar gracias por ello.

—Tiene una mansión impresionante, lord Landcastle —dijo James.

—Gracias. Todo es obra de mi madre. Lo único que yo he hecho es mantenerla y cuidarla.

—Incluso eso es un gran trabajo que debe ser elogiado. Lo ha hecho maravillosamente.

Anne observó cómo un brillo divertido cruzaba los ojos de Keylan. Sus labios se curvaron en las comisuras, pero se limitó a decir:

—Gracias, lord Willington. Es bienvenido a mi morada. La cena espera.

Pronto llegaron al comedor y encontraron la mesa puesta para cuatro. La comida parecía lo bastante abundante como para alimentar a un regimiento. Había opciones variadas: puré de arroz con curry, pescado, asado y verduras. Un delicioso aroma llenaba el aire, abriendo el apetito de los presentes.

Mientras se acomodaban en los asientos, todos se dieron cuenta de que había uno vacío. El de Natalie. Anne le había rogado que viniera, y ella había dicho que lo pensaría.

Como no quiso presionarla, Anne lo había dejado así. Al parecer, Natalie había decidido lo contrario. Justo en ese momento, se abrieron las puertas del comedor y, cuando Anne se giró para ver quién era, supo que no debía haber desistido tan pronto.

Allí estaba Natalie, tan bella como un ángel, con su vestido de noche azul. Estaba encantadora y ni la mitad de pálida que cuando Anne la conoció. Era un espectáculo tan saludable que Anne se emocionó.

Los caballeros se levantaron y, mientras lo hacían, Natalie se adentró en el comedor hasta detenerse frente a la mesa. Fue Keylan quien habló primero.

Aclarándose la garganta, observó las formalidades.

—Lord Willington, no debe de conocer a mi hermana menor. Ella es *lady* Natalie, la razón de todo esto.

Natalie sonrió tímidamente ante las palabras de su hermano e hizo una reverencia superficial mientras James se inclinaba.

—Encantado de conocerla, *milady*. Anne me ha hablado de usted en sus cartas con mucho cariño. Puedo ver por qué. Es tan hermosa y delicada como una margarita.

Impresionada por su propio hermano, Anne se volvió para mirarlo. Tal vez podría hacer un buen hombre de él.

—Gracias, milord —respondió Natalie—. Es usted muy amable.

James se apresuró a contestar, encantado con la dulce visión de la joven.

—Oh, no es amabilidad, *milady* —declaró—. Es la verdad que se revela ante mis ojos.

—Como puedes ver, Natalie, mi hermano es un caballero en todos los sentidos —intervino Anne, al darse cuenta de la turbación de la muchacha. No quería que se sintiera cohibida, sobre todo, cuando era la primera vez que salía de su cuarto.

Pero Natalie no dio muestras de incomodidad, salvo un ligero sonrojo, y fue ayudada a sentarse por Keylan. Después, la cena comenzó con la degustación de los exquisitos manjares.

—Espero que le guste el pato, lord Landcastle. Este fue cazado esta mañana en mi finca —dijo Keylan, comenzando la conversación.

—En realidad, es uno de mis platos favoritos, milord, y debo confesar que su cocinera es excelente —dijo James, cada vez más relajado.

—Tengo que admitir que me costó convencerla para que dejara su antiguo puesto y viniese a Rowlyn Manor —dijo Keylan—, pero al final, todos los esfuerzos valieron la pena.

—Nuestra cocinera es más tradicional —aseguró James.

—Con ello, mi hermano quiere decir que nuestra cocinera siempre suele repetir las mismas recetas y que se resiste a aprender otras nuevas —explicó Anne—, por mucho que todos le insistamos.

Los hombres rieron entre dientes, pero las mujeres se limitaron a sonreír. Cuando Anne se llevó la copa a la boca, sus ojos se cruzaron con los de Keylan y se detuvieron allí un instante.

Ella apartó la mirada con rapidez y apuró de un solo trago su bebida. Fue terriblemente inapropiado, pero no le importó. Se le erizó el vello de la nuca e incluso, cuando volvió la vista a su comida, sintió sus ojos clavándose en ella. Eso la inquietaba.

—Ciertamente, querida hermana. Nuestra cocinera es una persona obstinada, aunque ella afirma que los platos que preparan son exquisitos, al haberlos repetido tantas veces.

Para sorpresa de todos, Natalie añadió en su apoyo:

—Estoy de acuerdo. La excelencia nace de la perseverancia —dijo.

—Parece que la dama es tan brillante como hermosa. Nunca se han dicho palabras más ciertas —afirmó James, mirando complacido a Natalie—. Entonces, ¿le gusta la cocina tradicional?

Natalie levantó el hombro con un pequeño encogimiento, casi desdeñoso.

—No puedo decir que no. De hecho, es de gran calidad. Sin embargo, también disfruto de la cocina más innovadora que prepara nuestra cocinera de vez en cuando.

Se hizo un pequeño y agradable silencio, y todos parecían estar de acuerdo. Entonces, Natalie volvió a hablar:

—¿Está satisfecho, milord, viendo que su hermana goza de buena salud?

A todos les sorprendió que Natalie se mostrase tan franca.

James miró a Anne, y compartieron un instante de complicidad.

—Sí, lo estoy. Sinceramente, me temía lo peor. Ahora, mi corazón puede estar tranquilo, sabiendo que ella está bien.

—Debe de quererla mucho —observó Natalie en voz baja.

—Hmm... —canturreó Anne.

—Es fácil ver cuánto os queréis. Al veros juntos, me doy cuenta de lo unidos que estáis —le dijo Natalie.

Anne recordó la historia que había compartido con la joven y se preguntó si esta estaba tratando de decir algo.

—Oh, en efecto, pasamos muchos días separados cuando éramos niños. Sin embargo, el estrecho vínculo que compartimos siempre mantuvo nuestros corazones unidos.

—Supongo que por eso usted no dudó en entrar aquí exigiendo que le devolviera todo lo que supuestamente le había robado.

Anne se removió de forma incontrolable en su asiento mientras las palabras de Keylan llenaban sus oídos. Seguramente, él no mencionaría la parte en que ella le ofreció su cuerpo. No quería que James se enterara. Su hermano nunca se lo perdonaría.

—No podía haber otra razón —dijo James—. Me quiere demasiado. Puede imaginarse el miedo que sentí cuando volví a casa y supe lo que ella había hecho. De no haber estado fuera en ese momento, no la habría dejado venir. Sin embargo, no me escandalicé, ya que estaba seguro de que Anne sabría cómo hacer las cosas de forma apropiada.

Ella miró a su hermano al oír la ternura en su voz. Sosteniéndole la mirada, él continuó.

—Anne... terca e independiente. Ingeniosa y divertida. Desafiante. Sin miedo a nada ni a nadie. Durante mucho tiempo, me ha hecho sentir orgulloso, además de envidioso.

—¿Envidia? —preguntaron todos al unísono.

—Sí —continuó James—. Aunque no de la manera que uno podría pensar. Yo era una persona sencilla que prefería las manualidades a jugar en el campo. Muchas veces anhelé liberarme de la jaula en la que me había metido. Por desgracia, no podía ser quien no era.

Anne sonrió con el corazón henchido de calor. Cruzó la mesa, cogió las manos de James y las apretó.

—Esa fue exactamente mi primera impresión de ella —dijo Keylan—. Intrépida, desde luego. No podía entender cómo una dama de su estatus podría irrumpir en la casa de un hombre sin importarle nada. Fue algo que medité durante algún tiempo. Era ingeniosa en sus preguntas y tenía una facilidad de palabra que podía dejar a uno indefenso.

A pesar de su buen juicio, Anne cometió el error de mirarlo. La feroz atracción que vio en aquellos ojos le debilitó las rodillas. Dios mío, este hombre era cada día más potente para sus deseos.

—Fui tonto al pensar que ahogaría mis penas con las cartas y el vino. Fui aún más tonto al pensar que podría vencerle en una partida de cartas, milord. Si no fuera por Anne, lo habría perdido todo. Si simplemente hubiera manejado mi dolor como el hombre al que mi padre educó, todo esto se habría evitado. No estarías aquí, Anne.

—Y mi hermana tampoco —dijo Keylan—. Quiero decir, aquí, en este momento, con nosotros. Todo sucede por una razón, ¿no está de acuerdo? No imagino que pudiera haber encontrado una compañera mejor para Natalie.

—Y... lo creas o no, hermano —añadió Anne—, esto es encantador. Lo pasado, pasado está. No necesitas preocuparte por el asunto. En poco tiempo, volveré a casa contigo.

—Papá estaría lívido...

—No, él lo habría entendido, y cuando viera el hombre en el que te estás convirtiendo, estaría orgulloso.

—¿Cómo eran tus padres? —preguntó Natalie.

Anne y James compartieron una mirada incómoda. No habían hablado de sus padres desde el accidente, pero tal vez, ahora era un buen momento. Después de todo, ya habían empezado.

—Oh, papá era el verdadero hombre de la casa —respondió James—. Era justo y equitativo en sus maneras, pero su palabra era ley. A veces parecía frío y estricto. Sin embargo, no se puede negar que nos quería y se preocupaba por nosotros, a su manera.

—Sí, lo hacía, James. Nos quería.

—Me crio con la intención de convertirme en un hombre mejor.

—Y vosotros dos os hicisteis más íntimos por ello —repuso Anne—. Además, teníamos el amor incondicional de mamá. Ella siempre sabía cómo complacernos con regalos sorpresa.

—Libros. Y pinturas. Ella sabía lo apasionado que estaba por mis aficiones.

—Era encantadora y hermosa, llena de tanta bondad... Creo que nunca la vi enfadada.

—Jamás —dijo James—. Es el temperamento de papá lo que heredó Anne. Así como su pelo rojo. Ardiente como una leona.

Ella rio ante eso, extrañamente disfrutando de la conversación.

—Y tú heredaste la dulzura de mamá. No podrías herir ni a una mosca, aunque lo intentaras. Me parece un trato justo.

—Sí. Así es.

Anne se dio cuenta de que se había quitado un peso de encima. Se sentía más ligera, más feliz. El brillo en los ojos de James le dijo que él sentía lo mismo. Deberían haber tenido esta charla antes.

—Parece que eran personas maravillosas.

James y Anne asintieron al unísono.

—Lo eran.

La cena terminó y, al haberse alargado esta más de lo debido, todos decidieron dar por terminada la velada. Sobre todo, porque James parecía cansado del viaje, así como Natalie, que no estaba acostumbrada a trasnochar tanto.



James entró en la habitación de invitados que le habían preparado. Estaba orgulloso de haber resistido la tentación de probar el vino en la cena, pero estaba aún más contento de haber hecho este viaje. Por lo que había visto hasta entonces, su hermana estaba en buenas manos. No sabía que el conde

fuera tan amable y atento como había llegado a comprobar. No es que no tuviera buenas razones para estar preocupado, las tenía, al haber presenciado cómo el conde podía ser de brutal. James no recordaba haber oído nunca nada bueno sobre él. Sin embargo, su opinión sobre el conde había cambiado por completo esa noche.

Iba a informar a la tía Emily sobre el bienestar de su hermana. La tía Emily se preocupaba mucho por la seguridad de Anne. Ella no había hecho más que inquietarse con mil ideas ridículas. Que Anne sería mancillada en contra de sus deseos, amenazada para que guardara silencio... Ahora, él podía decirle que ese no era el caso. Que el conde era amable con las mujeres, muy noble.

A la tía Emily le gustaría. Por fin estaría tranquila y, tal vez, llegaría a despreciar un poco menos al conde.

Con este pensamiento en la cabeza, James se puso la camisa de dormir. En lo último que pensó mientras las olas del sueño se lo llevaban, fue en el bonito pañuelo de tía Emily.

## Capítulo 13

**L**a noche se desvanecía poco a poco, dejando al descubierto la belleza de la mañana. La brisa matutina golpeaba los árboles, haciéndolos bailar alegremente, con las hojas chocando entre sí como en un aplauso.

Anne fue la primera en levantarse. Abrió las ventanas y entró aire fresco. El ligero camisón con el que había dormido se mecía a la seducción del viento, fluyendo sobre su piel en un dulce susurro.

Atraída por la ventana, se agarró al alféizar y levantó la cara hacia el cielo, sin pensar que alguien podría verla desde abajo. Y qué espectáculo sería...

Era una obra maestra de la naturaleza y sabía comportarse con elegancia. Siempre había sido la envidia de las muchachas de su comunidad, quizás por la cantidad de caballeros que siempre trataban de cautivarla.

Sin embargo, siempre le había faltado algo. Nunca encontró el amor en los ojos de esos pretendientes. Aunque su madre le había dicho que el amor crecía, que con el tiempo empezaría a disfrutar de su matrimonio, Anne nunca había sido capaz de aceptarlo. Esa había sido la manzana de la discordia entre su madre y ella. Por suerte, lo habían superado.

—¿Significa eso que nunca quisiste a papá? —le había preguntado Anne un fatídico día, inclinándose sobre el hombro de su madre.

—Por supuesto que sí —había respondido esta con cariño.

—¿Y por qué crees que el mío será diferente? —había replicado ella.

—Nunca lo he pensado, Anne. Solo me preocupa tu incapacidad para elegir entre los numerosos pretendientes que tienes. Ojalá lo hicieras ya. — Su voz había sido paciente, tranquila.

—Pero aún soy joven.

—Y no lo seguirás siendo por mucho tiempo. Amé a tu padre, Anne, pero no desde el principio. Tuve que crecer para amarlo.

—Entonces, ¿quieres que yo haga lo mismo?

—Creo que no comprendes lo que trato de decirte. —Por unos segundos, su madre se había quedado pensativa, hasta que comenzó a hablar de nuevo —. Anne, te gustan mucho las flores, ¿verdad?

—Claro que sí —contestó ella, aunque le extrañó su pregunta.

—¿Cuándo te gustan más?

—En primavera, por supuesto. En plena floración, cuando aparecen exuberantes y hermosas.

—¿Y qué haces con ellas?

—Las cuido con paciencia y amor.

—Sin embargo, cuando llega el otoño, se marchitan, ¿no es así?

—Sí, madre.

—¿Y qué haces entonces?

Anne había empezado a cansarse, pero siguió respondiendo.

—Quito las flores marchitas, cuido las que perduran y espero a que llegue la primavera.

Su madre sonrió entonces.

—Anne, una mujer es como una flor. Una flor delicada. En su plenitud, cuando florece en primavera, es amada y deseada por muchos. Sin embargo, ese tiempo pasa y llega el otoño. Se marchita y todos la apartan en busca de nuevos capullos que acariciar, en espera de la primavera.

En ese momento, Anne lo tuvo claro.

—¿Y un hombre? ¿Se marchita alguna vez?

A su madre le había hecho gracia y soltó una risita.

—No, mi amor. La sociedad no funciona así. Favorece a los hombres. Mientras un hombre tenga estatus y riqueza, siempre estará en la flor de la vida y será libre de hacer lo que le plazca.

Anne no era ninguna ingenua; siempre había sabido que el mundo favorecía a los hombres. Así que se había limitado a sonreír, dejándose llevar por todo aquello.

—¿Puedo pensar en lo que hemos hablado, madre?

—Tienes todo el tiempo para hacerlo, hija mía —había respondido su madre, plantándole un beso en la frente—. Creo que ya es hora de que duermas. Puedes irte a la cama. Descansa tranquila, querida niña. Que los ángeles te guarden.

—Y a ti también. —Aquella noche, Anne se había ido a la cama deseando que el mundo fuera un lugar mejor, que la sociedad permitiera a las mujeres vivir con la misma libertad que los hombres.

Aquella discusión había tenido lugar solo dos semanas antes del fallecimiento de sus padres. Anne nunca había tenido la oportunidad de dar una respuesta a su madre antes de que las frías manos de la muerte se la arrebataran. Su único consuelo era que se habían separado en buenos términos.

Se preguntó si habría sido capaz de hablarle de un hombre como el conde, y cómo se habría sentido su madre.

Nada menos que horrorizada. Anne pudo ver sus ojos abiertos de par en par y su mandíbula caída. Pudo oír una reprimenda instantánea.

Casi le hizo sonreír... con tristeza.

Ya no podía negar el hecho de que su corazón latía por el conde. No ayudaba saber que él sentía lo mismo. Oh... pero ella no estaba aquí para una relación romántica con el señor de la mansión. No, había venido para ayudar a la dulce Natalie a recuperarse de su dolencia y para salvar a su propia familia de la pobreza.

Suspiró y se apoyó en la ventana. En ese momento, un pájaro pasó volando, llamando su atención. Otro se posó en el guayabo cercano a la ventana. Era un ruiseñor, hermoso a la vista y extraño de ver de día.

Pronto captó el sonido de los trabajadores llenando los campos. Recordando que aún no estaba bien vestida, se apartó de la ventana y decidió empezar el día.

Justo cuando se dirigía a su armario, el hombre moreno de aspecto temible volvió a cruzar su mente.

Ah... Por desgracia, centrarse en su propósito aquí iba a ser más difícil de lo que pensaba.



Los hermanos Willington decidieron dar una caminata por la finca, lo que permitió a James apreciar la belleza de la naturaleza y también dar un simple paseo con su hermana, algo que siempre anheló hacer, ya que Anne nunca tenía tiempo para él.

Antes de eso, Anne había pedido permiso a lord Landcastle y a Natalie para mostrarle a su hermano la finca.

—Esos son los caballos. —Anne señaló hacia el establo.

—Pude ver mi caballo. Mira cómo me observa.

—Reconoce a su dueño —dijo Anne, y ambos rieron ante aquella afirmación.

Una vez sobre sus monturas, se alejaron de la mansión mientras la brisa soplabla con fuerza. Recorrieron los campos más cercanos hasta que decidieron aminorar la marcha para hacer descansar a los caballos y así poder hablar.

—Entonces, ¿cómo ves tu hogar temporal? —le preguntó James a su hermana.

—Oh, muy interesante. Adoro a todo el mundo, especialmente a *lady* Natalie —respondió ella alegremente.

—¿*Lady* Natalie o lord Landcastle?

Anne lo miró desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—¡Nada! No quiero decir nada. —Él rio de nuevo—. De todos modos, me alegro mucho de que este lugar te resulte muy interesante. ¿Podemos sentarnos en esa gran piedra para charlar?

—¿No quieres explorar el bosque? Es muy bonito, como puedes ver —dijo Anne a la vez que se acercaban a un arroyo y desmontaban.

—Prefiero sentarme a admirar las aguas mientras se deslizan entre las piedras. ¿Ves ese hermoso pájaro que está bebiendo?

—Es un ruiñeñor —dijo Anne—. Solía confundirlo con un petirrojo.

—Se parecen, solo que hay que mirar muy de cerca para notar la diferencia —explicó James al mismo tiempo que ambos se sentaban tranquilamente en una gran piedra, con cuidado de no molestar al pajarillo—. Antes me recordabas al ruiseñor —añadió.

—¿Por qué? —preguntó Anne, sorprendida.

—Siempre has tenido una personalidad asombrosa. Tan gentil y, sin embargo, una mujer valiente y fuerte. Admiro tu fuerza y sabiduría.

—¡Vaya! Gracias, hermano.

—Tengo que confesarte algo —dijo James. El corazón de Anne dio un vuelco en milésimas de segundo—. ¡No! No es lo que piensas.

Ambos rieron suavemente mientras él le daba un ligero golpecito en la mano.

—Has sido una gran hermana. Sé que me porté mal. Actué como un tonto bebiendo y apostando, pensando que era una salida, sin saber el daño que me causaba a mí mismo. Te agradezco que no me juzgaras ni me insultaras cuando lo perdí todo. Tengo suerte de que seas mi hermana y de que seas más lista que yo —dijo cogiéndole de la mano.

Anne no daba crédito a lo que escuchaba, y notó que una lágrima caía sobre su mejilla.

—No pasa nada, querida. Siempre has sido mi amiga; sé que no sabías que te quería tanto.

Ella asintió y le abrazó.

—También te quiero, hermano, y me alegro de que hayas venido a verme.

—Yo también me alegro. Aunque era la única manera de que tía Emily me dejara en paz con su insistencia en que viniera.

—¿Cómo está la tía Emily?

—Está bien. Te envía saludos.

—¿Y no me lo habías dicho hasta ahora? —se burló ella.

Los dos emprendieron el camino de regreso entre risas, sintiéndose mejor y agradecidos por el tiempo que habían compartido juntos.



Esa misma tarde...

—Milord, estoy sumamente agradecido por el indulto que se me ha concedido sobre la finca. Debo admitir el descuido que mostré y que me llevó a perder la herencia —dijo James al conde mientras caminaban hacia el establo.

Su estancia en la mansión del conde había concluido, y ahora tanto el conde como Anne le acompañaban para despedirse.

Su hermana iba a su lado, agarrada a su brazo izquierdo, mientras que Keylan iba a su derecha. El conde se detuvo tras escucharle y encaró a James.

—Es uno de los muchachos más humildes con los que me he cruzado en este lugar —declaró, extendiendo una mano de agradecimiento hacia James.

—Es un honor, milord. Debo confesar que era escéptico sobre la situación general de mi hermana en la finca, lo cual fue una de las razones por las que vine a observar las cosas yo mismo. Sin embargo, le felicito por cuidar tan bien de Anne. Es usted un buen hombre.

Su hermana sonrió, consciente de la presencia del conde.

—Me alegro de que haya venido a verla —dijo Keylan—. Mejor aún, me alegro por su hermana, que aceptó el reto. Por primera vez, mi hermana me sonrió ayer, cortesía de la dama que estaba a su lado.

—Ha sido una gran observación, milord —le dijo Anne, bajando el rostro para evitar su mirada.

Keylan soltó una risita, estrechando la mano derecha de James.

—Espero volver a verle. Fue estupendo relacionarnos como amigos por primera vez.

—Yo también lo espero. Cuide de *milady*, por favor —le recordó James—. Volviéndose hacia su hermana, le dio un cálido abrazo. Casualmente, el mozo de cuadras traía su caballo, limpio y listo para el viaje.

Todos se saludaron por última vez, tras lo cual, James se montó su caballo y regresó a casa, feliz.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo 14

**D**espués de desayunar, Natalie se tumbó un rato en la cama antes de acercarse a la estantería. Sacó varios libros de poesía y finalmente se decidió por uno. Era una colección de poemas de Anna Bradstreet. Anna había sido la primera mujer poeta y quedó immortalizada por sus aportaciones al mundo de la poesía. Sus escritos siempre le habían agradado y sentía la necesidad de volver a leerlos.

Natalie sonrió. Una sonrisa seca. Sin embargo, la sonrisa iba a desempeñar un gran papel en su recuperación. Era la segunda vez que sonreía desde que tenía doce años.

Sonó un golpe en la puerta. Luego, un segundo. Y un tercero. Ella dio permiso para entrar, sabiendo quién podía ser. Por suerte, era la persona que esperaba ver.

Anne le sonrió y ella le devolvió el gesto. Anne pudo ver que las cortinas de la ventana se habían corrido hacia la izquierda y que la habitación estaba totalmente iluminada, a diferencia del día en que hizo su primera aparición allí. Se acercó y miró el libro que Natalie tenía en la mano.

—Anna Bradstreet —explicó la muchacha.

Anne asintió.

—¿La conoces? —le preguntó Natalie con aire inocente.

—Sí, la conozco. Aunque apenas. Sé que era una poetisa. Nada más. James la conoce mejor porque también le gusta la poesía.

—Eso está bien. ¿Él también escribe?

Anne asintió.

Natalie se quedó asombrada.

—¿Tú escribes? —preguntó Anne, sentándose a su lado.

La joven negó con la cabeza.

—¿Por qué? —Quiso saber Anne.

—Nunca lo he intentado.

—¿Por qué no lo has hecho aún? ¿Qué necesitas para hacerlo? —dijo Anne. Las dos soltaron una risita, al darse cuenta de lo malvadas que sonaban las preguntas.

—De todas formas, creo que algún día podré. ¿Qué te parece, Anne?

—¿Conoces ese adagio que dice «un día comienza con una historia»? —le preguntó Anne, y Natalie respondió asintiendo con la cabeza—. Creo que ese adagio se refería a ti.

Las dos volvieron a reír. Esta vez, Natalie rio más fuerte que antes.

—Pero ¿cómo empiezo? Quizá tú tengas una idea.

—¡Puedes empezar por donde quieras! —dijo Anne con naturalidad.

—¿Cómo? —insistió Natalie.

—¿Sabes que podrías escribir sobre cualquier cosa? Tu cama, tus libros, tu casa, tu.... —Hizo una pausa—. Tu hermano —concluyó. No sabía lo que la muchacha pensaba de su hermano, y no quería herir sus sentimientos de ninguna manera. De hecho, su misión era ayudar a su estado de ánimo.

—Ahora lo entiendo. ¿Puedo escribir sobre ti?

—¿Por qué no? —dijo Anne antes de darse cuenta de que se refería a ella. Se preguntó qué podría escribir Natalie sobre ella. El día anterior, el conde la había asombrado. Este día le tocaba hacerlo a su hermana.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Natalie, sacándola de sus pensamientos.

—En nada. Estaba pensando que también podrías escribir sobre la naturaleza. Es decir, la brisa, los arroyos, las piedras, los pájaros.... —De pronto, recordó el ruiseñor del día anterior—. También puedes escribir sobre el ruiseñor. Es un pájaro muy bonito y especial.

—No sé mucho sobre él. De hecho, solo lo he visto en dibujos.

—¿Cómo ibas a saber algo de él, si no sales nunca fuera? Vive en el bosque, nunca podrás verlo si permaneces encerrada en tu habitación. ¿No te gustaría admirar la belleza de la naturaleza? Podrías contemplar el fluir de las aguas, el piar incesante de los pájaros, el galope de los caballos, el

soplo del viento entre los árboles, que hace que las hojas se agiten, y tantas cosas bellas que hay ahí fuera.

Natalie asintió satisfecha, instando a Anne a continuar.

—Mira a los grandes artistas —dijo Anne—. Aman el mundo exterior, contemplan la belleza que les rodea y luego, la immortalizan con sus pintura o escritos.

Las lágrimas comenzaron a rodar por los ojos de Natalie. Sabía que su amiga tenía razón. ¿Qué más estímulo necesitaba?

Se secó la cara antes de que Anne pudiera darse cuenta. Sin embargo, ella lo vio y dejó de hablar, permitiéndole respirar hondo. Entonces, para su sorpresa, Natalie habló de nuevo.

—Escribiré sobre ti, Anne. Eres una gran amiga. —La frase estaba cargada de emoción. Ambas se levantaron y se abrazaron, sintiendo cómo el calor de la otra se extendía por sus cuerpos.

Fue el momento en que comenzó el proceso de curación de Natalie.



El otoño había llegado, la estación que Natalie tanto amaba. El tiempo era cálido y seco, y el sol bendecía el día. Las hojas de los árboles se caracterizaban por sus colores amarillos y anaranjados, dando al país un hermoso aspecto. Era la época que más disfrutaban los enamorados, ya que podían sentarse bajo los árboles en los parques o en el prado, disfrutando de su mutua compañía.

A Natalie le gustaba mucho esta época del año porque le traía muy buenos recuerdos. Poco a poco, había empezado a apreciar la belleza de la vida.

Aquí estaba, admirando la belleza del otoño y la coloración de los árboles. Justo el mes anterior, tenían hermosas hojas de color verde. Ahora estaban más bonitos que antes. Natalie solía tener una amiga llamada Lilian, a la que le encantaban las hojas verdes. Varias veces se perdió y la encontraron entre los árboles, jugando con las hojas y haciendo bonitos

dibujos en ellas. Dejaron de ser amigas después de aquella horrible noche en que ocurrió el incidente.

Se preguntó dónde podría estar Lilian. Probablemente, asistiendo a la temporada londinense en busca de marido. O quizá, ya estaría casada. Natalie lo pensaba por lo hiperactiva que solía ser su amiga. Le encantaba asistir a los bailes y disfrutaba cuando los chicos le decían lo guapa que era. En efecto, Lilian era hermosa, pero no tanto como Natalie, la chica que más atención recibía de los jóvenes.

Suspiró mientras recordaba el pasado. Gracias a Dios, tenía una memoria aguda y podía recordar vívidamente muchos acontecimientos que habían sucedido.

Lo único que no recordaba era la muerte de su madre. Suspiró, preguntándose qué se sentiría al tener una madre. Se retiró a la cama, esperando a que Anne viniera para poder hacerle tantas preguntas que le rondaban por la cabeza. Como si le hubiera leído el pensamiento, Anne llamó con suavidad a la puerta y Natalie la hizo pasar.

—Natalie, ¿sigues en la cama? —preguntó Anne.

—No es lo que crees. Llevo un buen rato levantada, es solo que estaba pensando. Siéntate, por favor.

Anne se sentó en la silla, frente a ella, disfrutando del calor de los rayos de sol.

—¿Cómo es disfrutar de los cuidados y el amor de una madre? —le preguntó Natalie a Anne, sonriendo porque a esta le sorprendió la pregunta.

Anne le devolvió la sonrisa, mostrando su hermosa dentadura.

—Era maravilloso tener una madre, y no solo una madre —dijo—, sino una madre cariñosa.

—Tal vez, yo no habría estado en estas condiciones si hubiera habido una figura materna en mi vida —dijo Natalie, rascándose una ceja.

—Quizá no. Por eso añadí una cariñosa.

—Definitivamente, la mía lo era. Lo supe porque papá nunca dejó de hablar de ella. Keylan aún dice cosas buenas de mamá de vez en cuando.

Ante la mención de lord Landcastle, Anne se estremeció mientras un escalofrío recorría su espina dorsal. ¿Se estaba enamorando de él? Dejó de

lado ese pensamiento, pues no era esa la razón por la que había venido a vivir a la finca. Lo suyo era atender a la dama sentada frente a ella. Sonrió, disfrutando del hecho de que su amiga volviera poco a poco a la vida y se abriera también a ella.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Natalie.

—En nada —respondió Anne sin dejar de sonreír. Puso su mano derecha para tocar ligeramente a Natalie en la rodilla.

—Pero estabas sonriendo... —dijo la muchacha.

—¿Sonreía? No me he dado cuenta —intentó disimular Anne; sin embargo, fue silenciada por otra pregunta de Natalie.

—Dime, ¿estás enamorada de algún joven?

—¿Enamorada? ¡No! —replicó Anne secamente, no dispuesta a dejarse vencer.

—Lo estás. Lo veo en tus ojos. ¿No te gustaría contármelo, ahora que somos amigas?

—*Amiga mía* —bromeó Anne—. Ahora somos más que amigas, somos hermanas. Eres la hermana que nunca tuve.

—Entonces, te lo ruego, dime quién es él. ¿Es mi hermano? ¿Sabe que lo amas?

—¡Natalie! —gritó Anne, sonrojándose—. ¡Basta!

Ambas rieron y hablaron de otras cosas como montar a caballo y subirse a los árboles, los pasatiempos que Anne disfrutaba de niña. Aún lo hacía, solo que ya había dejado de trepar.

Más tarde, la mente de Natalie se desvió primero a sus días de infancia. Recordaba cuando su padre la montaba en su caballo y daban una vuelta por la ciudad, mientras ella reía y se recostaba contra el cuerpo de su padre. Le gustaba pasear a caballo, sobre todo, los fines de semana.

A veces, toda la familia se iban de picnic al bosque o al prado. Ella, en brazos de su padre, y el pequeño Keylan, de la mano de aquel. Por aquel entonces, Natalie era capaz de charlar de cualquier cosa, de hacer preguntas divertidísimas y de hacer reír a todo el mundo. Era una niña muy animada.

Se le caían las lágrimas al recordar cómo le gustaba la libertad, poder flotar y no hacer nada en todo el día, excepto lo que su alma anhelase. Se

preguntaba qué había pasado, aunque sabía por qué las cosas nunca volvieron a ser iguales después de aquella fatídica noche.

La noche en que se alteró su estado nervioso y cayó en una enfermedad que la había convertido en la sombra de su verdadero yo. Retrocedió unos pasos para evitar que Anne se diera cuenta de que estaba derramando lágrimas.

Sin embargo, ahora se sentía mejor. Se sentía como alguien que se libera de la prisión de su vida, una prisión autoimpuesta. Podía ver el cielo brillante y hermoso con diferentes tonos de azul y gris. Estaba sonriendo. «¿Podría sonreír como el cielo?», se preguntó.

Sí, si así lo deseaba, podía hacer lo que quisiera.

## Capítulo 15

Natalie estaba frente a su armario, confundida sobre qué vestido ponerse. No sabía cuál elegir, a pesar de tener tantos. Sacó un vestido marrón con bordados color crema en el dobladillo, y luego cogió unos cuantos más.

Anne entró en ese momento, encontrando a Natalie perdida entre muselina y sedas.

—Natalie, ¿qué estás haciendo? —le preguntó.

—Nada.

—Entonces, ¿por qué no te has vestido aún?

—Para ser sincera, estoy indecisa. No sé qué ponerme. ¿Puedes ayudarme a elegir? Confío en tu criterio.

—Si eso te hace más feliz... —dijo Anne.

Natalie se movió para que Anne tuviera una visión más clara del armario. Esta seleccionó al azar dos vestidos diferentes. Al sacarlos, los colocó por separado sobre el cuerpo de Natalie y comprobó su ajuste.

Finalmente, escogió un vestido de satén verde con motivos florales en el busto. Tenía el cuello redondo y unos cinco botones seguidos en la espalda.

En la cintura se curvaba un poco, remarcando la forma de su trasero. Anne desabrochó los botones y ayudó a Natalie a ponérselo. Estaba radiante mientras sonreía al espejo, admirándose a sí misma. Se aplicó colorete en las mejillas y un líquido brillante en los labios. Anne la ayudó también a arreglarse el pelo, el cual enroscó en un moño y lo sujetó con una pinza.

Natalie se sentía orgullosa cuando bajaron las escaleras. Su confianza había aumentado y agradeció a su amiga que hubiera acudido en su ayuda.

—Lo que sea por mi amiga —respondió Anne

Se cogieron de la mano al entrar en el gran patio.

—Buenas tardes, *milady* —saludó la señora Johnson con una reverencia.

—Buenas tardes —dijo Natalie—. ¿Por casualidad ha visto hoy al conde?

—Sí, *milady*. Está descansando en el balcón —respondió el ama de llaves.

—Qué bien. Por favor, dígame que necesitamos su atención.

—¿Para qué, Natalie? —preguntó Anne, que había estado observando con los labios sellados mientras la señora Johnson se paraba momentáneamente, solo para asegurarse de que llegaban a un consenso.

—Probablemente, para que nos haga de carabina —contestó Natalie con una sonrisa.

—Hubiera preferido que las dos camináramos solas.

—No hay ninguna diferencia.

—Si tú lo dices... —replicó Anne, sin ganas de discutir con ella.

El ama de llaves se marchó rápidamente a entregar el mensaje, mientras ambas permanecían de pie y calladas, a la espera de su regreso.

—Supongo que no le gustas —dijo Natalie, rompiendo el silencio.

—¿Por qué lo crees? —le preguntó Anne, sorprendida.

—Estaba escrito en sus ojos. Siento que te ve como una competencia.

—¿Por qué iba a pensar eso? No soy miembro de esta casa —dijo Anne, arrugando la frente—. De hecho, me iré muy pronto, y ella seguirá disfrutando de estar a tu servicio.

El semblante de Natalie cambió a una expresión de tristeza cuando Anne mencionó su pronta partida.

—¿Puedo ir a visitarte de vez en cuando? —preguntó.

—¿Por qué no? Como dije antes... —Mientras la afirmación seguía en boca de Anne, oyó a sus espaldas la voz de barítono del conde.

Obviamente, era posible que estuviera borracho, pues su forma de hablar le delataba. No había regresado temprano la noche anterior, y Anne estuvo despierta la mayor parte de la noche pensando en él y ansiosa por su seguridad.



Keylan se encontraba con resaca. Consiguió relajarse en el balcón, justo fuera de su alcoba. Había estado durmiendo todo el día, sobre todo, por el hecho de haber estado fuera casi toda la noche apostando y disfrutando del licor con hombres de dudosa reputación.

Normalmente, tras las largas horas de juego y bebida, acababa con las amables damas de la noche que estaban más que dispuestas a acostarse con él. Aunque él también era un hombre de mala reputación y perfil de alto riesgo, nunca había engañado a nadie ni había incumplido ningún trato. Esa era una de las principales razones por las que las prostitutas siempre aceptaban de buen grado acompañarle.

Sin embargo, la noche pasada había sido un caso excepcional. Incluso cuando las damas semidesnudas se acercaron a él, contoneando sus cinturas, Keylan resolvió no estar con ninguna de ellas, para su mayor consternación. Inmediatamente después de medianoche y de la hora en que el dueño de la taberna se disponía a cerrar, montó en su caballo y cabalgó hasta su casa. Aún le parecía absurda su acción. ¿Qué podía llevarle a él, un hombre conocido por sus proezas sexuales y su desafío en asuntos de cama, a ignorar a las damas y regresar a casa?

La respuesta no era descabellada. La respuesta estaba escondida en algún lugar de su mansión.

Se rio con suavidad y sacudió la cabeza ante la idea de convertirse en una especie de casto clérigo. Además, siempre había fantaseado con casarse y convertirse en un marido y un padre responsable. Sin embargo, su estilo de vida decía otra cosa. Iba a cambiar, pasara lo que pasara, si tenía que cumplir con su obligación. No iba a ser un mal padre ni un mal marido. En ese momento se acordó de Anne, y rezó para que ella no se hubiera enterado de sus escapadas de la noche anterior.

Había empezado a enamorarse de ella y no le gustaría que lo viera de otra manera. Sí, era consciente de que ella no tenía una imagen memorable

de él; sin embargo, no iba a dejar que volviera a verlo como un borracho, un jugador o un mujeriego.

Seguía sumido en sus pensamientos cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Keylan con la voz pastosa.

—Soy yo, milord —respondió la señora Johnson.

—Puede pasar.

Ella entró e hizo una reverencia ante él.

—Milord, *lady* Natalie y *lady* Anne me han enviado a por usted. Le ruegan que las acompañe a dar un paseo.

—¿*Lady* Natalie? —Estaba asombrado por lo que acaba de oír. Nunca creyó que su hermana pudiera abandonar los confines de su alcoba para salir al exterior—. ¿Dónde están?

Ella hizo una segunda reverencia y respondió:

—Están en el patio.

—Bien —dijo él—. Dígales que estaré allí en breve.

La señora Johnson se marchó, y él no tardó en estar preparado para reunirse con las damas.

## Capítulo 16

Sus ojos se cruzaron con los de Anne, que se quedó embelesada por su impactante mirada. Ella apartó la vista, solo para descubrir que la señora Johnson la observaba de un modo perverso y suspicaz. Anne se dio cuenta de que, después de todo, Natalie tenía razón. Sin embargo, no creía que la expresión del ama de llaves se debiese a los celos.

—Me alegro de verlas —dijo Keylan mientras rodeaba a su hermana con los brazos, acogiéndola. Él se sintió abrumado cuando ella permaneció entre sus brazos, un acto que demostraba que, efectivamente, se estaba recuperando.

—Buenos días, lord Landcastle —lo saludó Anne con la voz temblorosa, aunque se esforzó por disimularlo.

Keylan la contempló por unos segundos, olvidándose de todo cuanto había a su alrededor, hasta que se percató de lo impropio de su comportamiento y apartó la mirada para centrarse en su hermana.

—¡Estás preciosa, hermana! —exclamó él sin soltarla.

—Gracias, Keylan. Anne me ha ayudado a elegir mi atuendo —respondió Natalie, sonrojada, pero encantada con la reacción de su hermano.

Ya sin excusas, Keylan se volvió hacia Anne, que permanecía callada al lado de Natalie.

—Le agradezco la ayuda que le ofrece a mi hermana —dijo Keylan mientras cogía la mano de Anne para besársela, entreteniéndose un poco, mientras sus ojos buscaban los de ella. Anne le correspondió hasta que Natalie carraspeó, recordándoles su presencia.

—No debe darme las gracias, milord —respondió Anne—. Es un placer poder ayudar. —Tras sus palabras, ambos se soltaron con reticencia.

—Muy bien, queridas, tengo entendido que mis servicios como el mejor chaperón masculino de este condado son requeridos por mis nobles damas. ¿Cómo puedo asistirles?

Ellas estallaron en carcajadas, al ser evidente el buen humor de Keylan, quien acto seguido emprendió la marcha.

—Decidme, ¿a dónde queréis ir? —preguntó él mientras abandonaban la mansión.

—¿Nos dirigimos hacia el jardín de *Château*? Hace mucho que echo de menos ver esa casa de campo —sugirió Natalie.

El jardín de *Château* era una antigua casa de campo que perteneció a un florista francés. Se casó con una bella joven inglesa, Mabel, y tuvo dos hijos, un niño y una niña. Amaba a su familia con locura. Un fatídico día, al regresar de un viaje, encontró a toda su familia muerta en el suelo. Lloró como un niño. Llamó a un médico y este descubrió un vegetal nocivo en la sopa que habían tomado esa misma tarde. El francés abandonó la casa con rumbo desconocido y nunca regresó.

Ese era el secreto oculto de la casa, y nadie había sido lo bastante valiente para habitarla. Aunque durante su infancia, a Natalie le gustaba adornarse el pelo con flores que cogía en los alrededores, y por eso tenía gratos recuerdos de ese lugar.

—De acuerdo. Si usted lo dice, *milady* —respondió Keylan con su tono juguetón.

—Se me ha ocurrido una idea —sugirió Anne.

—¿Cuál es? —preguntó Keylan, sonriéndole sensualmente.

—Después podríamos ir al río. Es un lugar maravilloso, y quería ir allí con Natalie.

—Una idea brillante, ¿no te parece, Natalie? —preguntó Keylan mientras su hermana deslizaba su mano alrededor de la cintura de Anne.

—Por supuesto. Sus deseos son órdenes para mí —declaró Natalie sonriendo y encantada con las miradas que su hermano y Anne se dedicaban.

Anne asintió, complacida, y los tres echaron a andar mientras charlaban. No tardaron en llegar frente a la puerta de la pequeña casa, hermosa y encantadora, aunque parecía abandonada. Sin embargo, aún conservaba su gracia y encanto.

—No iremos más lejos de aquí, señoras mías —anunció Keylan.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —preguntó Natalie, deseosa de explorar.

—Es por nuestra seguridad —respondió Anne, que se había percatado del mal estado de la construcción, sin duda, debido al paso del tiempo.

Natalie asintió y su hermano miró a Anne. Sin embargo, ella no se sintió incómoda esta vez. Ya estaba acostumbrada a él y le había cogido un cariño especial. Al contrario de la habitual sensación de molestia que experimentaban las damas en compañía de un admirador masculino, ella se sentía relajada y protegida.

—Cuando era joven me gustaba ir al campo que hay detrás de nuestra casa a coger flores silvestres —explicó Anne mientras recogían flores de las cercanías de la casa, justo como recordaba Natalie que ella misma había hecho de niña.

—¿De veras? —preguntó Keylan, deseando saber todo sobre Anne, mientras Natalie, ajena al acercamiento de Keylan y su amiga, extendía la mano hacia un ramo de rosas y arrancaba dos flores. Luego, la muchacha se las acercó a la nariz, aspiró y sonrió, sintiendo todos los aromas a la vez.

—¿Sabéis qué es lo que más me gusta de estas rosas en particular? —dijo Natalie, sin preguntar a nadie en concreto.

—No —respondieron Keylan y Anne a la vez.

—Su aroma. Recuerdo cómo disfrutaba perdiéndome entre estas rosas con su perfume de miel. —El dúo la miró y sonrió. Era evidente que Natalie estaba absorta en su pequeño mundo de recuerdos.

Para no molestar a su hermana, Keylan le pidió a Anne que le contara más sobre su vida de antes de que se conocieran.

—Recuerdo que me encantaban los caballos —dijo con nostalgia, pero con alegría en sus ojos—. Mi padre hizo que así fuera. Nunca olvidaré las innumerables veces que me sacó a pasear junto con mi hermano para enseñarnos a montar.

El conde asintió y la instó a continuar, al tiempo que ponía un ojo en Natalie. Cogió la mano de Anne y le acarició delicadamente los dedos, sintiendo su suavidad.

Ella sonrió. Eso era justo lo que ella anhelaba, su tacto. Aunque habría preferido que hubiese sido de una manera especial, solo ellos dos.

—¿Les echa mucho de menos? —le preguntó él.

Anne sonrió.

—Todos los días. Fueron unos padres maravillosos.

Él le dedicó una mirada de la que escaparon frías llamas. Anne le correspondió. Consciente de la presencia de Natalie, apartó la mirada al cabo de unos segundos, y luego separó con cuidado su mano de la de él.

—Lo siento, milord —añadió Anne en voz baja y temblorosa—. Me emociono cuando les recuerdo, y me dejo llevar por mis emociones.

El conde hizo una mueca sonriente, disfrutando de su roce. De repente, Natalie se giró hacia ellos.

—Ha sido un día increíble —dijo la joven—. Venir al jardín de *Château* ha resultado ser una gran medicina. —Su expresión era reconfortante y satisfactoria.

—Eso me encanta. ¿Damos por terminada nuestra excursión? —preguntó su hermano.

—Por mí, sí, estoy algo cansada de la caminata. —Natalie se volvió hacia Anne—. ¿Te importa? Me temo que si nos vamos ahora, no podremos ir al río como querías. —Natalie le quitó una hoja seca del cabello a Anne, y esta se sintió querida por el hermano y la hermana que estaban a su lado, preocupándose por ella—. En absoluto, Natalie. ¿Nos vamos ya?

Todos se dirigieron a la mansión, con un enorme ramo de rosas y flores variadas en las manos y las mujeres, con flores adornando sus cabellos.

—Estás más guapa con esas flores —se burló Keylan de su hermana.

—¿De verdad? Esperaba que me regañaras como hiciste una vez cuando era niña —respondió Natalie.

—Eso fue hace tiempo. Estabas tan obsesionada con tus rosas que siempre venías cubierta de ellas por todas partes —exageró él.

Las dos mujeres se rieron con ganas, al saber que estaba exagerando. Él se unió a ellas en las risas, y se notaba el cariño que cada una sentía en compañía de la otra. Llegaron a la mansión en veinte minutos. Natalie subió las escaleras de vuelta a su habitación, después de darles un caluroso abrazo a Anne y a su hermano y agradecerles que hubieran hecho de su salida una ocasión memorable.

—Descansa, hermana. Nos veremos a la hora del té o para la cena. Como tú prefieras —le dijo Keylan.

—Iré a acostarme un rato —aseguró Natalie, visiblemente cansada, pero radiante de felicidad.

—Pero antes de acostarte no olvides quitarte las de rosas del pelo —añadió Anne. Hubo una ronda de risas y el conde y Anne se quedaron mirando cómo la joven se perdía de vista.

—¿Quiere que continuemos nuestro paseo hasta el río? —le preguntó Keylan a Anne, sin querer que la mañana acabara—. Podemos pedir algo de comer y hacer un picnic.

—Eso sería maravilloso —contestó Anne y, media hora después, continuaron su camino bajando por el sendero que llevaba al río, pero con una cesta de mimbre cargada de manjares.

—¿Cómo ve ahora a su hermana? —le preguntó Anne en cuanto se alejaron de la mansión.

—¡Oh! Está claro que ha vuelto a ser ella misma, y debo elogiarla por ello, *milady*.

Anne puso los ojos en blanco mientras arrancaba un narciso.

—¿Por qué ha hecho ese gesto? —preguntó Keylan—. Creía que esperaba un reconocimiento por mi parte —se burló.

—¿Ah, sí? —respondió Anne. Acto seguido, ella hizo una reverencia e inclinó la cabeza—. Gracias, majestad.

—¡Vamos! —exclamó Keylan, ayudándola a alzarse mientras ambos soltaban un desternillante carcajada—. Da gusto estar con usted —añadió, cogiendo la mano de Anne.

Ella la apartó, no queriendo causar un revuelo en su organismo.

—Hábleme de su infancia, milord. —Anne levantó la cabeza y sus ojos se encontraron momentáneamente.

Él exhaló con pesadez.

—¡Mi infancia! —dijo—. Fue divertida y dolorosa al mismo tiempo.

—¿Puedo oír la parte divertida?

—No, *milady*. Empezaré por la parte dolorosa. No tan dolorosa, pero lo bastante como para dejarme una gran cicatriz en la cara. —Keylan hizo una pausa y trazó la cicatriz con su dedo índice derecho—. Y para causarle una disposición nerviosa a mi hermana. —Él negó con la cabeza, apesadumbrado, cuando la última afirmación escapó de su boca.

Anne dejó escapar un suspiro, pero no dijo nada. Ella tropezó con una rama, aunque no llegó a caerse, al ser sujeta del brazo por Keylan.

—¿Está cansada? —le preguntó él compasivamente.

—No, en absoluto. Ha sido una gran compañía, debo confesar.

—Y usted ha sido más que una gran compañía, es una gran compañera —declaró él.

Anne se detuvo y se le quedó mirando para después pasarle el dedo por la cicatriz. Cuando ella se disponía a retirar su mano, él se la cogió en el aire. La miró ferozmente a los ojos y Anne le correspondió. Entonces, él continuó hablando, anhelando abrirse a ella.

—Como creo que ya sabe, perdí a mi madre durante el parto de Natalie —dijo Keylan como si nada hubiera pasado unos segundos antes.

—Sí, ella me lo dijo. ¿Cómo se sintió con su muerte?

—¡Terrible! Sentí que perdía el verdadero control de la vida. —Keylan sacudió la cabeza, con el dolor escrito en su rostro—. Podría golpearme el pecho y decir que su muerte fue la razón por la que padre murió también. Se le notaba en la cara. Sus acciones lo decían todo. Se convirtió en una sombra de sí mismo, esa fue una de las razones por las que siempre dije que nunca me casaría con alguien a quien amara. El amor es doloroso. ¿Verdad, *milady*?

Anne alcanzó su mano izquierda y la apretó con seguridad, el dolor en su corazón se disipaba con cada apretón.

—¿Quién, entonces, cuidó de la pequeña Natalie? —preguntó ella, sin saber qué decir después de la confesión del conde de no casarse por amor.

—El ama de llaves que teníamos antes de la señora Johnson —respondió él—. Dejó su puesto poco antes de que llegara la señora Johnson. Sarah Norton era una empleada de confianza, y lamenté perderla, pero le fue bastante bien casándose con un comerciante.

Anne asintió.

—En cuanto a la señora Johnson —continuó el conde—, simplemente buscaba un empleo y, como la señora Norton acababa de marcharse, pensé en ver cómo se adaptaba. Y debo decir que ha resultado ser de gran ayuda. Ahora supervisa a todo el personal de la finca.

Anne volvió a asentir.

—Cuénteme más sobre sus padres.

Era obvio que él llevaba una carga de dolor en el corazón desde hacía mucho tiempo. Compartir su historia con ella le ayudaba a aliviarla. Ella podía sentirlo en su voz.

—Mi madre era una mujer preciosa, como mi hermana. Era alta y atlética, con un rostro inocente. Apenas podía matar una mosca. Mi padre tenía un problema de temperamento y podía destruir cosas sin sentir ningún remordimiento. Pero ella entró en su vida y le calmó los nervios. Fue una bendición para él.

—Me encantan las mujeres así. Mi madre es un calco —dijo Anne.

Él sonrió y continuó.

—Podías ver el cadáver que su muerte hizo de mi padre. Nos convertimos en su único consuelo. Aun así, no éramos suficientes para él. Unos años más tarde, contrajo una enfermedad mortal que le postró en cama hasta que falleció.

—¡Oh! ¡Qué forma tan dolorosa y lamentable de morir! —exclamó Anne.

—Me dejaron solo para proteger a mi hermana y la finca. Era demasiado joven para una tarea tan grande. Llegó un momento en que me perdí, y el efecto resultante fue la mala salud de mi hermana y esta cicatriz en mi cara.

—La señaló—. Me volví peligroso, y ese fue el principio de mi bribonería. Odiaba la vida que llevaba, tan falta de responsabilidad.

—Tiene razón, milord. Pero eso no significa que sea un fracaso total o que no pueda cambiar.

Él la ignoró, decidido a verter todo el contenido de su corazón y dejarlo al desnudo. Había desarrollado cansancio por el bagaje de heridas que había cargado durante tantos años.

—Odiaba ir a la iglesia porque sentía que Dios había decepcionado a mi familia y me había fallado. Le odiaba con pasión por ser cruel con nosotros. Si Él nos quería, ¿por qué permitía que nos sobreviniera la calamidad?

—No hable así, milord. A todos nos ha tocado vivir etapas duras en nuestras vidas. Nadie puede presumir de ser ajeno al dolor.

Keylan siguió hablando como si no la hubiera escuchado.

—La gente me tiene miedo y desconfía de mí. Los únicos que están dispuestos a relacionarse conmigo y que son mis mejores amigos son jugadores, borrachos y hombres de dudosa reputación. A veces me avergüenzo de mí mismo y de la vida que llevo. Pero ¿cómo puedo hacer retroceder el tiempo y limpiar la mentalidad negativa que la gente tiene de mí y vivir una vida ejemplar? —preguntó retóricamente.

—Para ser franca, milord. Es una misión imposible hacer retroceder la mano del tiempo; sin embargo, aún tiene el suficiente para enmendar su vida.

Keylan sintió algo inexplicable hacia Anne. Su actitud era tranquilizadora y compasiva.

Para entonces, ya habían llegado al río y dejaron la cesta de picnic en el suelo. Ella se acercó a él y volvió a trazar la cicatriz de su rostro, preguntándose cómo se la habría hecho. Siempre había querido saberlo, pero no se atrevía a interrogarle. Cuando se le presentó la oportunidad, no dudó en aprovecharla y se decidió a formularle la cuestión. Él exhaló pesadamente y le respondió.

—Es una larga historia, *milady*.

—¿Tan larga que no me dejaría entrar en su pasado?

—En absoluto. En ese caso, puede que tenga que sentarse durante mucho tiempo.

—Como desee, milord —respondió ella, acariciándole la barbilla con suavidad y sintiendo su robustez. Finalmente, ella se sentó suavemente tras extender la manta de picnic, dándole espacio para expresarse.

—Sucedió poco después de la muerte de mi padre. Yo había acompañado a mi hermana en su primera temporada londinense. Dejarme llevar por la presencia de muchachas hermosas y bailar con una durante el baile hizo que perdiera de vista a Natalie. Cuando recuperé mis sentidos, no pude encontrarla. —Keylan hizo una larga pausa—. En mi búsqueda, me dirigí hacia el fondo del jardín. Un teniente de la Marina estaba acosando a una joven que no dejaba de llorar y de pedir que le permitiera marcharse. Sin importarme quién era, le grité que la soltara. El teniente así lo hizo, pero solo para ver quién le desafiaba y entonces pude ver a la joven. Al comprobar que era mi hermana y el estado en que se encontraba, me puse como una fiera. Sabía que ella no estaba allí por propia voluntad, por lo que golpeé al teniente y comenzamos a pelearnos. Le di bastantes puñetazos e intenté estrangularle. Cuando lo tenía a mi merced, él sacó su estoque para defenderse y me dio un buen tajo antes de que pudiera darme cuenta.

—¿Dónde estaba su hermana durante el intercambio? —le espetó Anne.

—Ella vio todo lo que pasó. Fue una gran carga para ella ver a su hermano en un charco de su propia sangre por haber salido en su defensa. Supongo que se sintió impotente y no pudo perdonarse el haberme puesto en esas condiciones. Eso, unido al miedo que debió de pasar el creer que ese teniente abusaría de ella y el fallecimiento reciente de nuestros padres, desencadenó su ataque de nervios. Sentí que le fallé por no haberla encontrado antes y por no haber sabido cómo tratarla después del incidente.

Keylan sintió que se le liberaba de un peso en su corazón en cuanto le contó su experiencia. Era la primera vez que relataba su historia a alguien. Anne hizo todo lo posible por contener las lágrimas que intentaban escapar de sus ojos. Él vio sus esfuerzos y le dijo:

—Me alegro de que nunca me haya juzgado. Mucha gente lo ha hecho, y por ello nadie se relaciona conmigo, aunque he aprendido a sobrevivir a mi

manera.

Anne se sintió llena de compasión y empatía hacia él. Amaba a los hombres que habían librado grandes batallas emocionales y aún vivían para contarlo. En eso consistía la valentía para ella. Él tenía coraje. Y guapo. Con un corazón de oro.

—¡Lejos de mí el juzgarle! Su historia me hace acercarme a usted y querer conocerle mejor. Creo que la gente debe dejar de juzgar a los demás por su aspecto exterior. Pero debe tener en cuenta que también le juzgan por su comportamiento, por eso es importante que abandone su estilo de vida taciturno y pendenciero. Debe mostrarles que no es ese hombre que todos creen que es. Demuéstreles que es mejor persona. Que es como su hermana y yo le vemos —dijo Anne, tratando de controlar la emoción en su voz.

—¿Y cómo me ve usted? —se atrevió él a preguntar, conmovido.

—Veo a un buen hombre capaz de conseguir las mayores proezas por las personas que ama. Pero también veo a un hombre vulnerable que desea ser amado y conocido por quien realmente es.

Al escucharla, Keylan supo que había encontrado a la mujer que amaría por el resto de su vida y que no iba a dejarla escapar. El amor era un bien caro, y él lo tenía justo ante sí. Volvió a mirarla profundamente a los ojos, despidiendo en ellos llamas de pasión. Luego le tendió la mano derecha. Ella la cogió con la izquierda. Con suavidad, la levantó. Anne se puso de pie, con la mano aún en la suya, y él la acercó a sí, mirándose el uno al otro. Ella no mostró ningún signo de resistencia, lo que animó a Keylan aún más. La rodeó con los brazos y ella hizo lo mismo. Fue su primer abrazo.

—Es cierto, quiero que me amen y deseo que me conozca como nadie más lo ha hecho. Pero, sobre todo, quiero que su corazón me conozca como ya le conoce el mío.

Permanecieron quietos un momento, asimilando las palabras que habían sonado llevadas por el viento. Él no estaba seguro de haber hecho lo correcto al abrirse tanto a ella, por si la había asustado, y Anne no sabía si sus oídos la habían traicionado al oír su petición.

Keylan no recordaba cuándo había sido la última vez que una mujer se había derretido en sus brazos. Pero no negaría que él sentía lo mismo. Le

acercó la cara hacia él y contempló sus labios temblorosos y deliciosos, esperando a ser devorados. Luego, lenta, pero suavemente, la soltó, aunque lo que más anhelaba era besarla.

Anne bajó la mirada, débil y emocionada. No sabía si agradecerle que la soltara o gritarle por no haberla besado. En su lugar, se aclaró la garganta. Iba a comenzar a hablar, cuando él se le adelantó.

—Será mejor que regresemos, *milady*.

Fue un gran alivio para ella. No, Anne ansiaba más, pero temía que las cosas se salieran de control y algo drástico pudiera suceder. Sabía que lo único que necesitaba en ese momento era que él la besara y le hiciera sentir como una mujer perfecta; sin embargo, apreciaba la decencia y el respeto.

Por muy débil que fuera, nunca le gustaría que la tomaran en el bosque. Preferiría la suave cama bajo su espalda y los gemidos escapando de su boca mientras finalmente se convertía en la mujer que soñaba ser.

Caminaron por el sendero, cada uno con miedo de romper el silencio entre ellos. El sol les avisaba de que ya era tarde y ninguno recordó el picnic intacto que habían dispuesto. Pero en lo que menos pensaban en esos instantes era en comer, y ambos sabían que, si se quedaban un segundo más a solas, él la acabaría poseyendo.

Por ese motivo, ninguno de los dos dijo nada y caminaron absortos con la certeza de que, a su lado, caminaba la persona a la que amaban.

## Capítulo 17

**L**a señora Johnson estaba sentada en un pequeño taburete junto al pórtico, arreglándose las uñas. El suyo era el rango más alto de la servidumbre y, como tal, su deber era cuidar al conde, algo que lord Landcastle siempre tenía en cuenta y por lo que la remuneraba especialmente de vez en cuando. A pesar de ello, la señora Johnson parecía querer siempre morder más de lo que podía masticar, o mejor aún, morder los dedos que la alimentaban. No es que nadie se diera cuenta de sus intenciones ocultas. Era un acto concebido en su corazón, y juró hacerlo realidad, pero tenía que andar con cautela y sutileza para que sus intenciones no fueran descubiertas. Llevaba dos años urdiendo el plan y, últimamente, parecía que la suerte la acompañaba, ya que el conde parecía cada vez más amable con ella.

Pero con la llegada de *lady Anne*, su plan corría peligro y eso la entristecía. Significaba que tenía que aumentar el ritmo y desplegar otras estrategias para salir adelante. Aunque lo peor de todo era ver cómo esa mujer, sin apenas esfuerzos, parecía que le ganaba terreno en el corazón del conde. La señora Johnson la odiaba por eso. No iba a darle la oportunidad de entrar en la finca, coger lo que ella había pasado casi dos años cuidando, y salir ilesa y con su dignidad intacta; no, mientras ella viviera y sirviera al conde y a su hermana.

Recordó que el conde tenía un punto débil, ya que, cuando bebía, no recordaba nada de lo que había sucedido durante la noche. Era una gran oportunidad para que ella se convirtiera en su amante, y así cargar con el bastardo del conde.

No había forma de que ella abandonara la finca, con toda su riqueza y esplendor, y nada iba a impedir que lograra su objetivo. Nada. Ni siquiera

Anne. Sabía lo mucho que él apreciaba los lazos familiares y que no le gustaría engendrar un bastardo, lo que significaba que, si conseguía que derramara su semilla dentro de ella, habría posibilidades de que la convirtiera no solo en su amante, sino en su esposa. Y eso la convertiría en condesa, lo que equivalía a pasar de ser una nulidad a una noble dama.

Sonrió al pensar que las probabilidades estaban a su favor y exclamó para sí: «¡Lo conseguiré!».

La sonrisa se esfumó rápidamente y su semblante se tornó apesadumbrado. La lima que sujetaba se deslizó de repente de su mano y cayó sobre su pie derecho. Hizo un gesto de dolor cuando Anne y el conde entraron en la finca, como si fueran la pareja perfecta.



La noche siguiente, Keylan volvió a salir con sus amigos a beber y apostar. Fue otra gran oportunidad para que la señora Johnson llevara a cabo su plan. Esta vez, tenía grandes esperanzas de que salirse con la suya. Se sentó en el patio a esperar la llegada de lord Landcastle. Era casi medianoche, y aún no había llegado. Sin embargo, era algo normal.

Estaba a punto de dormirse cuando oyó un ruido procedente del establo. Se despertó y se puso alerta. Escuchó pasos tambaleantes que avanzaban desde el pórtico. Cada vez eran más fuertes y claros. Estaba segura de que el conde había vuelto a emborracharse. Sonrió para sus adentros y corrió hacia él para ayudarlo.

—¡Milord! —gritó, cogiéndole de la mano para tranquilizarle. Lo encontró en un estado físico diferente. Su abrigo estaba desgarrado, como si hubiera luchado con un animal salvaje. Él intentó hablar, pero su voz era pastosa y casi inaudible. Una mirada más atenta reveló un labio inferior roto y el ojo derecho morado, prueba de que hacía algo más que jugar y beber: peleaba.

A ella no le interesaba su intercambio de puñetazos. Toda su atención se centraba en conseguir que cumpliera con ella aquella noche y le permitiera estar tranquila después.

—¡Atrás, señora Johnson! —Una voz la sacó de su ensoñación. Era la de Anne. La señora Johnson se puso furiosa, pero tuvo que obedecer, a menos que quisiera perder su trabajo. El odio llenó su corazón contra Anne por estropear sus planes con su entrometimiento. Al parecer, esa mujer había estado despierta toda la noche esperando el regreso del mismo hombre, su objetivo.

El conde, al oír la voz de Anne, recobró parcialmente la conciencia. Justo el día anterior, estaba resuelto a no volver a ser el de antes. Ahora, no solo volvió a beber, sino que se metió en problemas. La señora Johnson quiso apartar a Anne, pero Keylan lo impidió.

—¡No! Déjala a ella —tronó.

Los otros sirvientes salieron y ayudaron a Anne a sostenerlo y meterlo en la mansión, para después colocarlo en una cómoda silla del despacho.

La señora Johnson los siguió, al no querer ceder su sitio a Anne.

—Milord, se lo imploro, yo estoy mejor capacitada que *milady* para atender su herida —dijo el ama de llaves desde donde estaba, pegada a la pared.

Anne le lanzó una mirada furiosa, y luego prosiguió con lo que estaba haciendo.

—¡Tráigame alcohol! —gritó Anne. Uno de los criados se apresuró a obedecer—. Necesitaré un ungüento y paños —ordenó a otro criado.

Anne sabía perfectamente cómo curar una herida, por lo que se sintió molesta cuando la señora Johnson la quiso dejar como una inepta. Estaba dispuesta a demostrarle a esa mujer lo confundida que estaba, y por ello se apresuró a atender al conde con diligencia.

Esa noche, el ama de llaves se percató de que la relación entre *lady* Anne y el conde había cambiado, volviéndose más íntima. Eso no le gustaba, al ser un impedimento para conseguir seducirlo. Pero lo peor fue descubrir que no solo ella se había dado cuenta, sino también el resto de los criados. Si empezaba a rumorearse que el señor estaba enamorado de esa mujer,

nadie la creería cuando ella dijera que era su amante. Aunque solo hubiera sido por una noche.

Tenía que pensar en algo con rapidez, antes de que esa entrometida de *lady* Anne se quedara con todo lo que le pertenecía a ella.

Vio impotente cómo Anne se llevaba al conde a su habitación, y sintió un nudo en la garganta, por lo que corrió a su habitación, deseosa de destrozar algo con sus manos.

El conde estaba avergonzado de sí mismo y de su comportamiento. Intentó varias veces apartar su mirada de la furiosa Anne, pero le resultó imposible, al no poder dejar de contemplar cómo esta le atendía.

Una vez que sus heridas fueron curadas y se hubieron quedado a solas, Anne no tuvo ningún reparo en regañarle por su comportamiento, y se plantó ante él con las manos en alto.

—No entiendo cómo un hombre de origen noble se ve envuelto en peleas como un granuja —le reprochó, aunque su voz no era lo bastante alta como para que alguien fuera de la alcoba pudiera oírla—. El otro día estaba sobrio y decidí no involucrarse en peleas, en la bebida o ni siquiera en el juego. Ahora, dígame, ¿cómo va a dejar ese estilo de vida, cuando sigue saliendo con sus amigos? —De nuevo, Keylan se quedó en silencio—. No quiero renunciar a usted —continuó Anne—. Sin embargo, no puedo seguir tolerando sus malos hábitos. Son bastante atroces y repugnantes. No es propio de un hombre de su rango. Su hermana no lo aprueba, igual que yo tampoco lo hago —concluyó, y lo llevó a la cama, sin que Keylan se atreviera a contestarle, pues reconocía que tenía razón y no sabía cómo excusarse.

En su lugar, él no tardó en caer en un profundo sueño mientras ella le observaba. Anne se sentía tan cansada que, sin darse cuenta, se quedó dormida a su lado y solo los rayos del amanecer la despertaron.

Para su sorpresa, descubrió que el conde la observaba en silencio y, sin decir nada, este se acercó a ella. Anne sintió su aliento mientras su boca avanzaba lentamente hacia la suya. Sus ojos se encontraron. El calor de la pasión se apoderó de Anne y separó los labios para recibir los de Keylan.

En su interior ardían rápidamente nuevas llamas. Bajó la guardia cuando el rostro de él por fin se encontró con el suyo, labios contra labios. Él la besó.

Anne gimió y luego respondió. Lentamente. Luego, con gran ritmo e intensidad. Keylan alcanzó los botones de la bata de Anne y los arrancó de raíz. Se formó una gran arruga; todo cayó, cubriéndole las piernas. Ella se desnudó rápidamente. Las manos de Keylan exploraron su cuerpo y ella contestó con un suave gemido, una garantía de que estaba de acuerdo con lo que él pretendía hacer con su esbelto cuerpo. Keylan abandonó su boca y saboreó su cuerpo con los labios, deteniéndose en los dos montículos de carne de su pecho. Ella se estremeció con un gemido intenso. Él se alegró de que reaccionara así. Era un profesional del juego y explorar y acariciar su cuerpo era un nivel superior de profesionalidad. Necesitaba que ella disfrutara de todo ello.

Justo cuando el calor de la pasión aumentaba y ella bajaba la guardia por completo, las manos de él se desviaron por su cintura. Anne gimió de nuevo y se zafó de su agarre, dejándole indefenso.

—¡No puedo hacer esto! —le dijo moviendo la cabeza.

—¿Por qué? —le preguntó él.

—No mientras siga siendo un borracho y un jugador, peleándose y metiéndose en líos. ¡Tu estilo de vida me da asco, Keylan! —soltó ella, volviéndose a poner la bata.

Keylan no daba crédito a lo que veían sus ojos, inmóvil, observando cómo ella se ponía la bata y cubría las partes rotas con la mano izquierda. ¿Pero qué podía hacer? Por primera vez, ella le había llamado por su nombre de pila. Sonaba bien en su boca, en lugar de insultante, pero no tan bien como para hacerle volver del *shock*. Todavía asombrado por su acción, la vio alejarse, llevándose una parte de él con ella.

Keylan volvió a tumbarse en la cama, siseando intermitentemente mientras el sueño desaparecía de sus ojos, dejándole vagar por su mente y permitiendo que su conciencia le asesinara. Justo entonces, un sirviente entró en la alcoba, haciendo que se recompusiera.



La señora Johnson dio un portazo al entrar en su habitación. Esa puta estaba llevándose a su hombre y arruinando sus planes. Se suponía que era ella a quien el conde anhelaba y no a *lady Anne*. ¿Quién demonios se creía que era para entrar en su finca y robarle el corazón del conde en cuestión de semanas?

Era obvio que esa mujer había lanzado un hechizo que tenía a lord Landcastle babeando por ella como un perro callejero. Todo el mundo había visto la forma en que la adoraba, incluso los sirvientes habían estado hablando de ello. Se suponía que era de *lady Anne* de quien hablaban tras las sombras, no de ella.

Seguía escuchando el sonido de hombres riendo, borrachos de nuevo, llevándola de vuelta al lugar en el que no quería estar.

—¡No! ¡Ya no estoy indefensa! —se repetía a sí misma mientras su mente regresaba a la niña en la que juró que nunca volvería a convertirse.

Sin darse cuenta, recordó cuando años atrás, en la taberna de su padre, su vida era un desastre y cómo juró nunca más volver allí.

—Oye, muchacha, ¿qué te parece si jugamos unas rondas? —le dijo en una ocasión un anciano que podría haber sido su padre, con un fajo de billetes en la mano.

La oferta había sido tentadora, pero ella seguía dolorida por el cliente de la noche anterior.

—Creo que paso, señor —había respondido ella, dirigiéndose a servir vino en otra mesa.

—¿Quién demonios te crees que eres para rechazarme? —le había espetado el hombre, dándole una palmada en el trasero. Los presentes en la sala no prestaron atención a lo que sucedía dentro de la taberna.

—Señor, por favor, esta noche no puedo atenderle —había dicho ella frotándose el trasero dolorido y luchando contra las lágrimas.

—¡Y yo no quiero a otra puta! —dijo él arrastrándola hasta la esquina de la habitación.

—¡Suéltame! —gritó ella—. ¡Suéltame!

Él la dejó caer sobre una de las camas de una de las habitaciones, le arrancó la ropa interior y la penetró.

Ella gritó y forcejeó, pero nadie acudió en su ayuda.

—¡Putas! ¿Quién te crees que eres para rechazarme? ¡No eres nadie! —le gritó, tirándole el dinero y marchándose.

Su feminidad le dolía, pues palpitaba terriblemente. No había nadie a quien pudiera contárselo que la creyera; después de todo, era una puta y una don nadie. Su padre no la defendería; solo era un trozo de carne que ningún hombre querría.

Después de aquello, se había jurado a sí misma que nadie volvería a hacerla sentir como una ramera y que no moriría como un desecho. Iba a hacerse un nombre, por muy duro que le resultara.

No tardó mucho en marcharse y decidió ser sirvienta en casa de un soltero de sangre noble. Se quedó allí tres meses y empezó a conspirar. Él tenía una prometida que le estorbaba, y ella había intentado por todos los medios separarlos, pero no funcionó hasta que introdujo veneno en la comida de la mujer, el cual finalmente la llevó a la muerte.

Acercarse al soltero para consolarle fue bastante fácil, hasta que este murió ahorcándose. Al parecer, la muerte de su prometida no era algo que su corazón pudiera soportar.

Decidió cambiar de objetivo. Encontró a un lord de buena reputación y consiguió atraerlo con lo que ella sabía que todo hombre siempre desea: sexo.

Le dejó disfrutar de su cuerpo todo el tiempo que él quiso, y valió la pena hasta que le vio caminar hacia el altar con otra mujer que definitivamente no entraba en sus planes.

Una vez más había sentido el aguijón del rechazo y su título de puta había permanecido con ella, a pesar de su lucha por dejarlo ir. La dama no era más que una inocente espectadora en el camino, matarla habría sido pura maldad, y ella no era tan injusta.

Se propuso envenenar al lord por haberla utilizado, convirtiéndose en su segunda víctima, por desgracia, acabó en la cárcel como sospechosa del

envenenamiento, pero pudo escaparse antes de que la horca se acercara demasiado a su cuello.

Después de eso viajó buscando el lugar y el noble perfectos, hasta que encontró lord Landcastle. Él no tardó en contratarla, al necesitar desesperadamente sirvientes, y no puso objeciones a sus referencias falsas.

Y así fue como su plan volvió otra vez a estar en marcha, pensando que estaba vez nadie le quitaría lo que era suyo, al tratarse de un conde solitario y borracho al que nadie le importaba.



### *Unos días atrás...*

Aprovechando la visita de James a su hermana, tía Emily se había marchado a Sheffield, al sur de Yorkshire, donde se había reunido con Austin, un amigo de la infancia y amante de tía Emily.

Parecía que lo suyo estaba hecho en el cielo. Emily se había estado viendo en secreto con Austin hasta que llegó un punto en que no pudieron ocultarlo más. La familia de ella se enteró y les impidió consumar su amor. Él era hijo de un don nadie, mientras que la familia de la tía Emily tenían otros planes para ella.

Cuando su familia insistió en que se casara con un hombre adinerado, Emily se negó con vehemencia y huyó una semana antes de su boda. Solo regresó unos años más tarde, después de que el caballero se hubiera casado con su amiga íntima. Entonces tenía unos veinte años. Austin y ella siguieron viéndose en secreto después, pero en breves ocasiones.

Entonces, el día en que ella cumplió veinticuatro años, decidieron consolidar su amor.

Apenas tres meses después, ella notó algunos cambios inusuales en su cuerpo. Los pechos le dolían a cada roce y se le hinchaban un poco. Fue entonces cuando recordó que su flujo menstrual había sido muy escaso los dos meses anteriores y que el mes anterior no había aparecido en absoluto.

Se derrumbó en su habitación, derramó lágrimas incontrolables y se le hincharon los ojos. Las lágrimas fluyeron sin control y consecutivamente durante dos días. No salió de su cuarto ni comió nada.

Su amiga, la madre de Anne, se dio cuenta de que llevaba dos días sin salir de su alcoba y envió a la criada para que averiguara qué le sucedía.

Ajena a lo que ocurría fuera, la tía Emily decidió salir de su caparazón y enfrentarse al mundo. En primer lugar, tenía que avisar a Austin; entonces, sabrían cuál era el siguiente plan de acción. Ella tendría que interrumpir el embarazo o enfrentarse al mundo con vergüenza. Era una católica devota, que obedecía escrupulosamente todas las doctrinas. Era miembro del movimiento mariano y enseñaba a las más jóvenes a guardarse. Ahora, había roto sus propias reglas por error o a propósito, por amor. ¿Alguien volvería a tomarla en serio?

Todo esto pasaba por su mente mientras se bañaba y se aplicaba pomada en el cuerpo. Se cepilló el pelo y se lo recogió hacia el lado derecho. Tenía que ir a ver a Austin y, a partir de su conversación, sabría qué hacer.

Sentía hambre, pero el desafío que tenía ante sí era mucho más duro que el hambre. Podría comer más tarde, probablemente, cuando volviera a casa. Al descorrer el cerrojo de la puerta y abrirla, chocó con la madre de Anne, cuya mano derecha casi golpeaba la puerta.

La madre de Anne soltó un suspiro de alivio y le hizo algunas preguntas, que Emily contestó apresuradamente antes de salir corriendo.

En cuanto se encontró con Austin rompió a llorar. Él la abrazó y la consoló, animándola a que le contara lo que le pasaba. Era la segunda vez que la veía después de su vigésimo cuarto cumpleaños.

—Estoy embarazada —dijo ella entre lágrimas.

Él miró a ambos lados, asegurándose de que no había nadie cerca. Satisfecho de que estuvieran los dos solos, la llevó al banco cercano a la verja y alcanzaron un consenso.

Llegaron a Sheffield por la noche y se alojaron en casa de uno de los amigos de la infancia de Austin, Nelson Lutton. Este era de aspecto corpulento y piel morena, siempre jovial y dispuesto a ayudar a cualquiera. Al día siguiente se casaron en secreto y vivieron felices durante meses.

Después de eso, tía Emily perdió al bebé, la relación con Austin empeoró y ella se vio envuelta en una depresión.

Temiendo por su vida, Austin le envió una carta a la madre de Anne contándole su preocupación, y ella no tardó en ir a buscarla y llevársela consigo. Esta necesitaba a alguien que cuidara de sus dos pequeños, y ocuparse de Anne y James fue el bálsamo que Emily necesitaba para recuperarse.

Ahora, años después, y tras mantener la relación con su marido solo por carta, ella había decidido regresar con su esposo, quien en todos esos años no la había olvidado.

No podía negar que tenía miedo ante su encuentro, pero al verlo, volvió a recordar su amor y su promesa ante Dios de estar juntos. Siguiendo un impulso y aprovechando que James se había marchado para visitar a Anne, ella se había reunido con Austin.

Habían hablado y, tras pensarlo, Emily había decidido regresar con su esposo. Tal vez podrían ser felices en esta segunda oportunidad que les daba la vida. Debía intentarlo, o de lo contrario, siempre se preguntaría si hubiera podido olvidar el pasado y empezar de nuevo.

## Capítulo 18

*A la mañana siguiente...*

**E**l conde sabía que se había excedido con su imprudente estilo de vida y se propuso, nada más despertarse, que esta vez haría las cosas bien. Consiguió salir por la tarde, avergonzado de enfrentarse a Anne.

Fue a ver a su hermana a su dormitorio, y allí se encontró a Anne, conversando animadamente con Natalie. Las saludó con la cabeza y se sentó en una silla frente a ellas. Su atención se centró más en Anne que en su hermana. Ella se dio cuenta, pero no dijo nada. Anne intentó disimular sus sentimientos hacia, aunque pero no tuvo demasiado éxito.

—¿Cómo estás hoy, hermana? —preguntó Keylan.

—Estoy bien —respondió Natalie—. ¿No te has levantado desde por la mañana?

—¡No del todo! He decidido recluirme y pasar un buen rato a solas con mis pensamientos.

Keylan lanzó una mirada a Anne, y ella le correspondió. Le dio una palmadita en la mano superior y luego se excusó.

—Supongo que será mejor dejaros solas. Ahora me marchó.

—Si así lo deseas... —dijo su hermana.

—¿A dónde va ahora? —preguntó Anne, la primera vez que abría la boca desde la entrada de Keylan en los aposentos.

—Había pensado en salir un poco al jardín, para tomar aire fresco.

—Me parece una idea maravillosa, espero que lo disfrute —respondió Anne.

Él se sintió algo decepcionado, pues pensaba que a ella le encantaría hacerle compañía allí. No obstante, salió de la habitación hacia su destino.

Pocos minutos después, Anne anunció su salida ante el asombro de Natalie.

—¿A dónde vas? —le preguntó ella, sospechando que quería reunirse con su hermano.

—A ningún sitio en particular, Natalie. Solo necesito dar un paseo.

—Me parece bien. Cuídate y no olvides coger un chal si vas a salir al jardín.

Anne se marchó sonrojada, y Natalie rio entre dientes por la forma tan tramposa con que se excusó.

Anne bajó los escalones de dos en dos y, en cuanto aterrizó en el último peldaño, se encontró con el mayordomo, que llevaba dos copas y una botella de vino tinto. Sospechó que se dirigía a donde estuviera el conde. Sin embargo, no era así.

Al verla, el mayordomo la saludó, y ella respondió con una inclinación de cabeza, siguiendo su camino y dejando ese incidente en el olvido.

Finalmente llegó al jardín y encontró al conde sentado solo. Al verla, a él se le iluminó la cara y la llamó para que se reuniera con él. Anne accedió; al fin y al cabo, ese era el motivo por el que había bajado.

Hablaron en voz baja, procurando que nadie les oyera. Pero su postura les delataba. Nadie que los viera dejaría de creer que estaban manteniendo una conversación casual. Ella apoyó la cabeza en el cuerpo de él, sintiendo poco a poco su calor.

Él le cogió la mano y se la apretó, aliviado porque ya no estaba enfadada con él. Estaba decidido a hacerla feliz, ya que su felicidad era primordial para él, aparte del bienestar de su hermana. La besó suavemente en la frente, pero no lo bastante rápido como para que la señora Johnson no lo viera. Había estado merodeando por allí, esperando pacientemente a que Anne diera un paseo hacia donde tenía pensado ir en un principio. Pero parecía que la suerte no estaba dispuesta a brillar para ella. Frustrada y enfadada, el ama de llaves se alejó dando pisotones, urdiendo su venganza en su mente.

Más tarde, Anne se sintió mareada por el efecto del vino. Necesitaba irse a la cama, aunque lo único que deseaba era tumbarse junto a lord Landcastle y dormir como un bebé. Por otro lado, a él le apetecía explorar su cuerpo y, finalmente, tenerla debajo de él, quizá, derramando su fluido dentro de ella. Pero quería tomarla por su propia voluntad. No quería incitarla, aunque sabía cómo hacer que ella lo deseara y hacerla gritar su nombre de una manera especial.

—Creo que es hora de irme a la cama —dijo Anne, rompiendo el silencio.

—Me ha alegrado que me ofrecieras de tu compañía, y espero disfrutar de ella también mañana.

Como respuesta, ella sonrió y le hizo una reverencia para marcharse, pues acababa de entrar el mayordomo.

—Que descanse bien, *milady* —dijo él de forma más neutral, aunque lo que de veras hubiera querido era darle un beso en los labios.

Anne se sintió algo decepcionada por la presencia del mayordomo, pero se marchó agradecida por las horas que habían pasado juntos en el jardín y posteriormente en la cena.

Se preguntó si la negativa de Natalie a bajar a cenar había sido para dejarles a solas o porque de verdad se sentía indispuesta. Decidida a averiguarlo, se dirigió a la habitación de esta.

—Natalie, ¿ya estás en la cama? ¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupada, al verla bajo las sábanas. Algo extraño en ella, pues se habían acostumbrado a la rutina de charlar un rato antes de ir a dormirse.

—Estoy algo cansada —dijo la joven, visiblemente cansada.

Anne se sentó con ella en la cama y ambas permanecieron en silencio un rato antes de que Natalie hablara de nuevo.

—Si no te importa, me gustaría decirte algo.

—Claro, puedes contarme lo que quieras —contestó Anne sonriendo a su amiga.

Natalie sonrió con timidez y se incorporó mientras Anne colocaba la almohada tras ella para que estuviera cómoda.

—Quiero darte las gracias por despertar en mí las ganas de seguir adelante. Me sentía muerta antes de que tú llegaras, refugiada en mi pequeño mundo, por temor a lo que encontrara fuera. Pero sobre todo, temiendo el recuerdo y lo que ello podía causarme.

Natalie cogió la mano de Anne y la miró con cariño y lágrimas en los ojos.

—Cuando mi hermano me anunció que había traído una amiga especial para mí, no creí que fuera a encariñarme tanto con ella. Ni que necesitara tanto a una amiga. Y te aseguro que siempre le agradeceré lo mucho que su gesto hizo por mí. Tú has iluminado mi vida, me has dado seguridad, confianza, pero, sobre todo, me has dado amor. Por todo ello, quería decirte que no solo te considero mi amiga, sino mi hermana.

Anne la miró, completamente conmovida por sus palabras y sin poder evitar que las lágrimas brotaran de sus ojos. Ella también la quería y la consideraba como una hermana.

Puso la mano sobre los hombros de Natalie y sintió el calor de su cuerpo. La acercó y apoyó la cabeza en su hombro. Le acarició la cabeza y ambas permanecieron así, satisfechas del silencio que compartían.

—Yo también te quiero, Natalie y sabes que siempre podrás recurrir a mí para lo que necesites.

—Lo sé. —Natalie la contempló y sonrió de nuevo—. También sé que amas a mi hermano, y quiero que sepas que estoy muy contenta de que así sea, por lo que siempre me tendrás si necesitas que te ayude en algo.

Tras decir esto, Natalie le guiñó un ojo y ambas sonrieron. Era imposible negar el amor que Anne sentía por el conde, así que simplemente se quedó en silencio. No sabía si a Keylan le importaría o no que le confesara a su hermana su amor por él, pero prefería esperar a hablarlo con él antes de contárselo a nadie.

Pero la alegría de Anne se desvaneció un poco al ver el cansancio en el rostro de Natalie.

—Tienes que descansar. Mañana podemos seguir hablando y hacer planes para los próximos días.

—Está bien, Anne. La verdad es que me siento cansada.

Natalie no opuso resistencia y se tumbó, deseosa de conciliar el sueño.

—Que descanses —le dijo Anne a Natalie cuando le hubo colocado la colcha y se disponía a marcharse, pero esta ya estaba dormida.

En silencio, Anne salió de la habitación con el corazón latiéndole por esa muchacha que, poco a poco, se había convertido en alguien importante para ella.



*Unos días después...*

Natalie se despertó por la mañana muy débil y cansada. No entendía por qué. Se sentía envuelta en fiebre, pero su temperatura corporal era normal. Le dolió el cuerpo cuando se volvió hacia la pared. Se preguntó por qué Anne no había aparecido en su habitación, al menos para darle los buenos días, como solía hacer. Ella le ayudaría a levantarse y con sus cuidados, estaba segura de que se sentiría mejor enseguida.

Anne, por su parte, se había quedado dormida y no vio que la oscuridad de la noche había dado paso a una mañana brillante y hermosa. Había dormido hasta muy tarde, haciendo una cosa común entre los amantes recién encontrados. Estuvo despierta toda la noche pensando en el conde. Iba más allá de los pensamientos casuales; en su mente rondaban imágenes sensuales, y como la mayoría de los pensamientos nos siguen más allá de la vigilia, aquella noche tuvo los sueños más eróticos.

Los rayos del sol brillaron en sus ojos y se levantó de la cama, confusa por la hora que era. No tardó en levantarse y en estar preparada, dispuesta a enfrentarse a un nuevo día.

Como cada mañana, lo primero que hizo fue dirigirse a la habitación de Natalie. Justo en la puerta se encontró con la señora Johnson, que salía de la alcoba. Su semblante no era amistoso. Anne la saludó, y ella respondió casi inaudiblemente, balanceando la cintura de un lado a otro mientras subía las

escaleras. Anne sacudió la cabeza y sonrió ante el comportamiento del ama de llaves.

Llamó a la puerta de Natalie y entró, la encontró aún en la cama y se sobresaltó.

—Natalie, ¿todavía acostada?

Natalie esbozó una sonrisa radiante, prueba de que la había estado esperando.

—¿A caso te sientes perezosa esta espléndida mañana? —le preguntó Anne sonriendo.

—No es eso, Anne. Me duele el cuerpo y por eso no me he levantado —le informó, tratando de incorporarse.

Al ver la expresión de dolor en el rostro de su amiga, Anne se apresuró a ponerse a su lado.

—Oh, qué horror... ¿Te has aseado?

Natalie negó con la cabeza.

—Pero el ama de llaves estuvo aquí... La vi salir.

—Sí, aunque no necesitaba sus servicios. Prefiero que seas tú quien me ayude.

—Sabes que siempre puedes contar con mi ayuda, pero... ¿hay algún motivo por el que ya no requieras de sus servicios? —preguntó Anne, queriendo saber el motivo de su desagrado. Sobre todo, porque Natalie se veía mal y, sin embargo, no había permitido que el ama de llaves la ayudara. Algo que antes siempre hacía.

—¿Por qué no quieres que te asista ella?

—Creo que ya no me gusta. Hay algo en la forma en que me mira que me hace desconfiar de ella. Me pone nerviosa cuando la tengo cerca y la sorprendo mirándome de forma despreciativa.

Anne recordó cómo el ama de llaves se alejó balanceando las caderas, y se preguntó si esa actitud era lo que no le gustaba a Natalie. Reconocía que no era un comportamiento apropiado para un empleado, pero eso no quería decir que fuera una mala persona o no fuera digna de confianza.

—Es solo tu mera imaginación gastándote bromas. Aquí nadie te mira mal ni te desea nada malo —afirmó Anne con cariño, segura de sus

palabras, al creer que el malestar de Natalie le hacía retroceder a sus días de ostracismo y depresión.

Después, Anne la ayudó a levantarse y a vestirse, y luego bajaron juntas a desayunar.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo 19

Natalie se fue a la cama sintiéndose mejor que por la mañana. Había tenido un gran día y seguía agradecida a Dios por haber enviado a Anne a su vida. La quería mucho y deseaba que fueran algo más que amigas. Varias veces se había preguntado por qué Anne había tardado tanto en llegar a su vida. Si hubiera llegado antes, tal vez, no se hubiera encerrado tanto en sí misma y en su autodestrucción. Al menos, estaba recuperando su autoestima y dignidad, y debía agradecerse a ella.

Se quedó un rato en la cama leyendo, al querer terminar su lectura de cabecera, sin embargo, su cansancio pudo al final más que su deseo, y no tardó en quedarse dormida.

No sabría decir cuánto tiempo durmió, cuando algo hizo que abriera los ojos. Lentamente fue recuperando la consciencia, al verse en la cama y con el libro abierto en el regazo y completamente olvidado.

Cuando se dio la vuelta para mirar la gran habitación, sintió un dolor inenarrable. Su cuerpo estaba en un estado grave. Era el doble de malestar comparado con el que había sentido el día anterior. Se preguntaba qué podía estar pasando, y sintió que un escalofrío la recorría de arriba abajo.

Natalie recordaba cuando pasó por una situación semejante. Fue durante la temporada de las ciruelas, en julio, hacía algunos años, cuando su padre aún vivía. Había ido a recoger la fruta y comió tanto que apenas podía caminar. Volvió con unas pocas ciruelas en la cesta y se las dio a su hermano. Se tumbó en la cama para descansar un poco y poder digerir bien la fruta. Ese fue el principio de su malestar, que hizo que un médico la revisara y le administrara medicamentos durante semanas, hasta que volvió a recuperar de nuevo su salud.

El dolor era semejante ahora, aunque más intenso que el ocasionado por la indigestión de las ciruelas. Intentó salir de la cama, pero descubrió lo difícil que le resultaba lograrlo. Quería gritar para atraer la atención de algún sirviente, pero su voz era tan débil que apenas podía oírse a sí misma.

Deseó que alguien acudiera en su ayuda, pero al ver que no llegaba nadie, tuvo que incorporarse ella sola. Temblando por el dolor y el esfuerzo, apenas consiguió salir de la cama cuando alguien llamó a la puerta. Enseguida supo que podía ser una de las criadas, porque Anne llamaba de una forma distinta.

Cuando la puerta se abrió con un chasquido, entró la señora Johnson con una bandeja que contenía una taza de té y un pastel. Natalie siseó en silencio y trató de no revelar su debilidad, al no querer que ella la ayudara. Con voz débil, le ordenó que dejara la bandeja sobre la mesa, y la señora Johnson obedeció para después quedarse a la espera de recibir más instrucciones.

—¿Qué más quiere que haga, *milady*? —preguntó el ama de llaves.

—No creo que la necesite para nada más —le espetó Natalie. Entonces sintió un dolor agudo en el estómago, aunque se esforzó por reprimirlo. Por suerte, la señora Johnson no pareció apreciar su estado, pues no dijo nada ni de su palidez ni de su voz, apenas audible.

—¿Está segura, *milady*? ¿No quiere que la ayude a vestirse? —le preguntó la señora Johnson de la forma más humilde que pudo.

—No necesito que nadie me ayude —repuso Natalie, deseando que la mujer se marchara cuanto antes.

—¿De veras, *milady*? —insistió la señora Johnson con una reverencia, pero sin marcharse, como si la estuviera desafiando.

—¿Acaso lo duda? Porque, si es así, vaya a buscar a *lady* Anne. Estoy convencida de que apreciaré mejor su presencia.

El ama de llaves hizo una nueva reverencia y se marchó ocultando un rictus de disgusto. Al cabo de unos minutos, regresó con Anne, que la seguía silenciosa.

Nada más entrar en el cuarto, Anne abrazó calurosamente a su amiga.

—*Milady* parece que no ha pasado una buena noche y se ha levantado con exigencias —dijo la señora Johnson, dejando a ambas mujeres perplejas por su atrevimiento.

—No es asunto de su incumbencia cómo ha pasado la noche su señora. Pero sí es notoria su falta de respeto hacia ella —dijo Anne, enfadada—. Le agradecería que a partir de ese instante guarde más respeto a *milady*, o el conde sabrá de su negligencia.

La señora Johnson permaneció quieta, no por sentirse mal al recibir una reprimenda, sino a causa de la furia que sentía. Se preguntó quién se creía esa mujer que era para tratarla de esa manera, y juró que algún día la pondría en su sitio.

—Puede irse —añadió Anne, al comprobar que el ama de llaves no se marchaba.

Al abrir esta la puerta para salir, Natalie intervino.

—No olvide nunca pasar desapercibida en esta recámara. Estoy harta de contemplar cómo me mira con reproche. —Con eso, la señora Johnson se alejó, pero no para siempre, como se le había ordenado.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Anne a Natalie.

—Acabo de despertarme peor de lo esperado. Me duele el cuerpo y me siento irritada por todo. ¿Cuál puede ser el problema?

—No tengo ni idea, querida —respondió Anne, sentándose a su lado y acariciando su rostro como una madre.

—Pareces conocerme mejor que nadie, excepto quizás mi hermano, por eso me gusta pedir tu consejo y tenerte cerca cuando me encuentro mal. ¿Es eso algo malo?

—Claro que no. Yo estoy aquí para cuidarte y hacer que te sientas bien. Por eso puedes recurrir a mí cada vez que lo necesites.

En ese momento llamaron a la puerta y apareció el conde, preocupado. Para sorpresa de Anne, le pareció ver al ama de llaves tras lord Landcastle, como si hubiera estado junto a él antes de que llamara.

—*Lady Anne*, la señora Johnson me ha comentado que mi hermana no se encuentra bien. El ama de llaves parecía preocupada por ello, y eso me

ha inquietado —declaró Keylan mientras entraba en los aposentos de su hermana.

—No hay de qué preocuparse, milord —dijo Anne—. A Natalie le duele el cuerpo y pensaba en darle algo para el dolor y para que descansara.

—¿Siente dolor? ¿Cree que deberíamos llamar al médico? —preguntó alarmado Keylan.

—No es nada, hermano —dijo Natalie—. Anne sabrá cuidarme —dijo, cansada de que no se lo preguntara a ella.

Keylan se quedó mirando a su hermana, sin estar seguro de confiar en su criterio, pero luego pensó que no se veía tan mal como le había asegurado el ama de llaves, y que Anne sabría cuidarla como llevaba haciendo desde que llegó a la mansión.

—No debe preocuparse, milord. Le daré algo para el dolor y para que descanse —insistió Anne—. Unas horas de sueño le sentarán de maravilla —lo tranquilizó mostrando una sonrisa, por lo que Keylan se quedó convencido de que dejaba a su hermana en buenas manos.



La señora Johnson salió al jardín de mal humor. No soportaba a esas dos mujeres que se creían mejor que ella. Paseó de un lado a otro, oculta entre los setos, tratando de calmarse. No podía dejar al descubierto su antipatía por ellas, como tampoco podía dejar de pensar en cómo deshacerse de ambas. Aunque lo que de verdad le preocupaba en ese momento, era la llegada de unos invitados no deseados a la propiedad.

Aquella mañana, como era costumbre en ella, rebuscó entre el correo de lord Landcastle, y abrió una carta que procedía de unos amigos. En la carta le informaban al conde de sus deseos de visitarle, ya que hacía años que no se veían. Según la misiva, en realidad pasaban junto a su propiedad para asistir a un acto social en las cercanías, y consideraron oportuno visitarle. La señora Johnson solo esperaba que la llegada de estos inoportunos visitantes no arruinaran sus planes.

Recordó cómo, media hora más tarde, lord Landcastle la había llamado a su despacho para hablarle de dicha visita. Le había pedido que se ocupara de informar tanto a la cocinera como a los demás sirvientes de la llegada de los invitados, a falta de una señora de la casa que se ocupara de esos menesteres.

La señora Johnson estuvo a punto de decirle que ella estaría más que dispuesta a ser la señora de la casa, pero se mantuvo en silencio, al saber que sería poco apropiado hacerlo. De todas formas, cada vez faltaba menos para conseguirlo, y no quería que una imprudencia suya pusiera en peligro su plan.



Esa noche, Keylan informó a los dos mujeres de la llegada de los invitados, pero no sin que antes él se preocupara del estado apagado de su hermana.

—Si sigues así mañana, tendremos que buscar un médico —dijo Keylan, preocupado al ver la palidez que mostraba el rostro de Natalie.

—De la misma manera que ocurrió las veces anteriores y no fue capaz de diagnosticar mi estado.

—Esta vez será diferente, Natalie. Estoy muy preocupado por ti y no voy a cesar en tus cuidados hasta que sepa la causa de tus dolencias —afirmó él, examinando su rostro ojeroso.

Anne se quedó mirando mientras ambos hermanos hablaban. Era evidente que Natalie no confiaba en los médicos, así como lo era la preocupación de Keylan por su estado.

Ella tampoco entendía qué podía pasarle a su amiga, pues había experimentado una gran mejoría para después recaer y volver a presentar sus ojos pálidos y secos.

Al observar a Keylan, vio la desesperación en él y quiso abrazarle para consolarle. Él debió de darse cuenta de su mirada, pues se la devolvió, con llamas de fuego brotando de sus ojos.

—Usted también parece agotada. Supongo que no tuvo suficiente descanso esta noche —le dijo él a Anne.

—Así es, milord —respondió ella con suavidad y un movimiento de cabeza.

—Lamento escuchar eso, aunque tengo unas noticias que podría animar a ambas.

Las dos mujeres se quedaron expectantes, al desear saber de qué se trataba. Mientras, los lacayos comenzaron a servir la cena.

—Hoy he recibido una carta donde se me ha informado de la llegada de unos buenos amigos. Estarán aquí mañana para hacernos compañía por un breve periodo de tiempo —les anunció, pero a Natalie no pareció agradarle la idea.

Por su parte, Anne no sabía qué pensar, pues por un lado le agradaba conocer gente, pero sabía que el estado de Natalie no era el indicado para recibir visitas, y mucho menos para hacer de anfitriona.

Por no mencionar que sería más complicado quedarse a solas con Keylan para charlar o pasear, como hacían en ocasiones.

—Dígame, ¿de dónde son sus amigos? —le preguntó Anne a Keylan para mantener una conversación y para ver si así Natalie se animaba.

—De Hastings, en el condado de Sussex. Los conocí cuando era mucho más joven. Pero ahora, la mayoría están casados. Solo quieren visitarnos por estar de paso. Será un honor verlos después de tantos años.

—Si su visita es breve, no creo que tenga problemas en saludarles —comentó Natalie fatigada, pero un poco más animada, justo como Anne pretendía—. Puedo hacer un esfuerzo para acompañarles, si me encuentro mejor como en estos días.

—Sería perfecto si pudieras estar con nosotros. Y por supuesto, *lady* Anne está invitada a acompañarnos. —Keylan le dedicó una sonrisa a Anne, y esta se la devolvió encantada.

—Sería un honor acompañarles, milord. ¿Hay algo que podamos hacer para ayudar en los preparativos de su venida?

—¡Oh, no! Ya se ha ocupado de ello la señora Johnson. Aun así, es muy amable de su parte ofrecerse.

Tras dedicarle una mirada ardiente a Anne, Keylan carraspeó y charlaron sobre cualquier cosa de interés que se les ocurrió durante la cena.

Tanto Anne como él se sintieron aliviados al ver comer a Natalie con apetito, pero sobre todo, al haber respondido ella tan positivamente a la llegada de invitados. Pero su buen estado no duró mucho, pues después de la cena comenzó a sentirse mal de nuevo, y Anne se quedó a dormir con ella en su habitación, utilizando la silla como lugar de descanso.

No fue una experiencia muy cómoda; sin embargo, prefería velar a Natalie que descansar en su propia alcoba.

## Capítulo 20

*Aquella noche...*

El señor John, encargado de la taberna, estaba de pie en el umbral de su puerta, preocupado. Era más de medianoche y todos sus clientes se habían ido. Incluso las damas de la noche se habían retirado a la posada con sus respectivos clientes. Solo le acompañaba su mujer. Sus hijos estaban al otro lado de la taberna, que utilizaban como hogar con la criada, y la camarera se había ido a la cama.

El señor John había estado pendiente de uno de sus mejores clientes, lord Keylan Rowlyn. Habían pasado más de seis semanas desde la última vez que puso sus ojos en él. Varios de sus parroquianos habían venido a preguntarle por el hombre; en cambio, él no podía dar ninguna respuesta concreta de por qué había dejado de venir.

Desganado, sacó una de las sillas y se sentó en ella, apoyó el codo en la mesa y se cubrió la frente ligeramente inclinada con las palmas de las manos. Su mujer, al notarlo desde la cocina, salió.

—John, ¿qué te pasa?

—Nada, querida.

—No puede ser nada, si te estás así. ¿No preferirías irte a la cama?

—Estoy contemplando la posibilidad de hacerlo. Sin embargo, hay algo que me preocupa.

La mujer le puso la mano en el hombro, observándole. Luego le preguntó cuál podía ser el problema.

—¿Recuerdas a nuestro notorio cliente, conocido por pelear y beber en exceso? —preguntó él en tono bajo, a pesar de que no había nadie al

alcance del oído.

—¿Te refieres a lord Keylan Rowlyn? —La mujer sonrió.

Él asintió.

—¿Quién no lo conoce en esta taberna? Aunque hace semanas que no aparece por aquí —añadió.

—¡Exactamente! Eso es en lo que estoy pensando —comentó él.

—¿Quién sabe lo que le habrá pasado? Quizás le hayan dado una paliza si se ha metido en problemas —dijo su esposa.

—Me temo lo peor. Pero no creo que alguien pudiera darle una paliza tan grande como para dejarle postrado durante semanas.

La esposa asintió.

—De todos modos —dijo el tabernero—, es un hombre demasiado conocido en la comunidad. Si le hubiera pasado algo grave, nos habríamos enterado.

—Entonces no tienes de qué preocuparte, esposo, y podemos irnos a dormir —le engatusó ella, depositando un beso en su frente.

El hombre se levantó y le devolvió el beso suavemente en los labios mientras ambos caminaban juntos hacia su casa, dejando el resto del trabajo para el día siguiente.

## Capítulo 21

**L**os invitados llegaron a la finca antes del mediodía. Fueron conducidos al salón y recibidos por el conde, que estaba visiblemente emocionado al volver a verlos. Por supuesto, hubo intercambio de abrazos y apretones de manos. Luego los invitados fueron presentados a *lady* Anne, pues Natalie los conocía de visitas anteriores. Todos rieron a carcajadas, llenos de júbilo y con semblantes alegres. Los vinos fueron servidos por el mayordomo, que cumplió con su deber y se aseguró de que todo el mundo fuera bien atendido. Fue una gran reunión.

Uno de los invitados era el doctor Berkley, una eminencia en el campo de la medicina. Era conocido en todas partes como un médico que nunca perdía a ningún paciente, gracias a sus vastos conocimientos de la medicina moderna. Mientras se tomaban las copas, el conde se llevó aparte al doctor Berkley y tuvo una pequeña conversación con él. Cuando volvieron al salón, Keylan estaba deseoso de hablar con su hermana, por lo que la llevó a un rincón para tener intimidad.

—Natalie, he hablado con el doctor Berkley sobre tu estado de salud, y le encantaría hacerte una revisión —dijo complacido Keylan.

—¿Qué le has dicho exactamente de mí? —preguntó la muchacha, mirándole fijamente a los ojos.

—Le he contado sobre tu malestar, así como de lo pálida y agotada que te ves siempre —le dijo él, rodeando a su hermana con sus brazos—. No debes preocuparte. Es un hombre respetado en su profesión, y estoy convencido de que te podrá ayudar.

Natalie se sintió derrotada y accedió a su petición, aunque no le gustaba ser visitada por otro doctor. Ya había tenido demasiadas consultas de toda

clase de médicos en el pasado, pero, por su hermano, haría cualquier cosa.

—Está bien, Keylan. Que el doctor me examine cuando quiera. —Agradecido, él la besó y le ofreció una gran sonrisa.

—¿Te parece bien que lo haga ahora? —le preguntó—. Me gustaría que fuera cuanto antes para quedarnos más tranquilos

—Que así sea, Keylan —respondió Natalie, resignada.

El conde se separó de su hermana y fue en busca del médico, mientras Natalie buscaba a Anne, que estaba conversando y riendo con un grupo de invitados.

—Anne —la llamó Natalie con sutileza—. ¿Podrías acompañarme a mi alcoba? Mi hermano quiere que el médico me revise de inmediato.

Enseguida, ambas mujeres se excusaron de los invitados y se marcharon discretamente. Solo hacía falta observar a Natalie para ver su nerviosismo y, tras atravesar el umbral de la puerta de su cuarto, Anne la abrazó con fuerza.

—Solo serán unos minutos, y todos nos quedaremos más tranquilos.

Natalie asintió, aunque no parecía muy convencida. Unos segundos después, se atrevió a contarle sus temores.

—No quiero que todo vuelva a ser como antes. Me visitaron muchos médicos, pero ninguno pudo ayudarme. No quiero que ni mi hermano ni tú os hagáis ilusiones.

—No debes preocuparte por nosotros. Lo único importante ahora es descubrir qué te está pasando. Porque te puedo asegurar que es algo físico, y no como tu anterior dolencia, que estaba más arraigada a tu empatía.

Anne asintió, un poco más calmada, y permanecieron abrazadas hasta que unos segundos después llamaron a la puerta.

—Pueden entrar —respondió Natalie, tras apartarse de Natalie y recomponerse.

Entraron el conde y el médico. El doctor Berkley era alto, joven y apuesto, con la barba un poco más corta que la del conde. Saludó a las damas mostrando una gentil sonrisa para relajarlas, y pidió que Natalie se sentara, lo que ella hizo con vacilación.

—Veamos, *milady*. Voy a hacerle unas preguntas y debe contestarme con la mayor veracidad posible —le pidió el médico mientras comprobaba su pulso en la muñeca y examinaba su tono de piel y su respiración.

Le preguntó qué tipo de comida tomaba, a qué hora dormía, cuánto ejercitaba su cuerpo paseando por la finca y otras cuestiones relacionadas con su salud. Volvió a mirarla, centrándose más en sus ojos. Comprobó los niveles de sangre de sus dedos y sus articulaciones en busca de alguna pista.

Mientras el doctor la examinaba, Natalie permanecía quieta. Le dolía mucho el cuerpo y se sentía muy débil. Miró a Anne, que asintió con una sonrisa para darle ánimos. Natalie sonrió débilmente y miró a su hermano. Él parecía preocupado, pero le sonrió, aunque de una forma más cauta.

Al instante, fueron interrumpidos por el médico, que anunció con pesar que no había nada que pudiera ver ni entender. El conde se sintió derrotado y decepcionado por todo aquello. Dio un paso adelante y miró él mismo a su hermana. No encontró nada, aunque le pareció extraño al hacerlo él, que carecía de cualquier conocimiento médico.

El médico dijo además que se marcharía y volvería en quince días para determinar el estado de salud de Natalie. Les aseguró que todo iba a ir bien y les indicó que le dieran vinagre aromático a menudo, ya que contenía algunos elementos medicinales que podían ayudar a curar su dolencia, en su peor estado, y reducir el riesgo de que empeorara.

Todos le agradecieron profusamente el trabajo realizado y la solución ofrecida. El doctor se despidió, acompañado de su amigo. Bajaron las escaleras y se reunieron con los demás invitados, que estaban almorzando.

El resto del día lo pasaron con los recién llegados, pasearon por los jardines y charlaron, y después degustaron una copiosa comida. Para terminar a velada, tocaron el piano y se entretuvieron agradablemente hasta que llegó la hora de irse.

Cuando los tres se quedaron a solas, con la tarde ya avanzada, se sentían cansados por el día intenso que habían tenido, pero agradecidos por haber podido disfrutar de una jornada encantadora.



Habían transcurrido unos días desde la marcha de los invitados y Natalie parecía cada vez más deterioraba. Al principio, solo se trataba de fatiga y dolores corporales. Luego, empezó a perder el apetito y solo comía cuando se veía obligada a hacerlo. Eso era bastante comprensible, ya que no era conocida por ser una comedora voraz.

Lo que llamaba más la atención era su sueño incesante y su tos. Al principio, temieron lo peor, y en la mente de Anne se colaron pensamientos negativos.

Tanto el conde como ella seguían viéndose al finalizar el día para charlar frente a la chimenea durante una hora, pero ese día, Anne apenas lo había visto por la mansión. Con la noche ya estaba bien entrada y el conde no había regresado, Anne se fue a su alcoba tras dejar dormida a Natalie, peor no había hecho nada más que entrar cuando alguien llamó a su puerta.

Al abrirla, se encontró con la señora Johnson, de pie ante ella. Anne abrió lo suficiente para dejarla pasar, pero el ama de llaves rehusó y simplemente le dijo:

—El conde me pidió que la llamara, *milady*.

—Espero que todo vaya bien —dijo Anne, aturdida al ser tan tarde, pues la hora de la cena ya había pasado y apenas quedaban criados despiertos.

—Creo que sí, *milady*. Aunque no puedo asegurárselo. Solo sé que me envió a por usted.

—De acuerdo. Dígale que voy enseguida.

La señora Johnson se marchó inmediatamente. Anne revisó que su vestido y su peinado estuvieran correctos y salió de la habitación, dirigiéndose escaleras abajo. Sin estar segura de dónde estaba, buscó a Keylan en el salón y no lo encontró, entonces fue a su habitación. A medio camino, lo oyó llamarla al comedor.

—*Milady*, estoy aquí —le dijo él, con la voz un poco más alta de lo normal.

—Muy bien, milord —respondió Anne, cautelosa.

Él estaba comiendo cuando ella se acercó. Le dijo que tomara asiento y Anne se sentó frente a él.

—Está muy pálida, ¿dormía? —le preguntó.

—Aún no. La señora Johnson vino a buscarme justo antes de que me dispusiera a hacerlo —contestó ella, quitándose una suciedad imaginaria de la bata.

—Así es. ¿Cómo se encuentra Natalie? —preguntó él.

—Bien, milord. Está durmiendo, por eso la dejé sola —respondió ella, sin mirarlo a los ojos, sino concentrándose en un cuadro sobre la cabeza de Keylan. Una forma de desviar su mirada.

—Usted también debe descansar, sobre todo, después de haber vigilado a Natalie tanto de noche como de día.

Keylan tenía muchas ganas de entablar una conversación y quedarse a solas con ella, pero estaba teniendo mucho cuidado de no hablar de otro tema que no fuera su hermana. No quería molestarla y lamentaba haberla importunado al llamarla, pero no soportaba la idea de haber llegado a la mansión y no poder pasar un rato con ella conversando, como hacían cada noche, al haber llegado tarde.

Ante su silencio, Anne levantó la vista y le vio mirándola fijamente. Habría preferido que él le hablara, en lugar de que la mirase de esa manera. Parecía que aquel día él no quería conversar, sino que prefería acariciar su cuerpo con la mirada.

Pero fueron sus siguientes palabras lo que más la sorprendieron.

—¿Estará fuera de lugar solicitar saber qué ocurre en el corazón de *milady*?

Ella sonrió de nuevo.

—No hay nada en mi corazón —respondió.

—Estoy tentado de creerlo; sin embargo, su semblante me dice lo contrario —comentó él sin dejar de mirarla.

Anne no dijo nada, sino que se llevó la copa de vino del conde a la boca y bebió un trago. Levantó la vista y sus ojos se encontraron. Sus miradas se cruzaron durante lo que pareció una eternidad antes de que ella volviera a apartarla.

—¿Se ha enamorado antes, *milady*? —le preguntó él.

Anne negó con la cabeza y se relajó hacia atrás.

—Dudo que ningún joven haya llamado su atención

Ella no sabía a lo él estaba jugando, pero comenzaba a ponerse nerviosa. ¿A qué venían estas preguntas? ¿Por qué la había llamado a estas horas tan tardías?

Anne levantó la cabeza, juntó las manos y miró hacia el conde. Estaba perdido en sus propios pensamientos y fue ella quien le sacó de su ensueño.

—Milord, parece perdido. Espero que no le pase nada —le dijo con voz tranquilizadora.

Él sonrió.

—En absoluto, *milady*, es solo que esta noche necesitaba de su compañía. —Él parecía melancólico.

—Mañana podremos reunirnos como siempre después de la cena —dijo Anne, ajena al anhelo de él de pasar toda la noche en sus brazos, de pedirle que no se fuera, de que se quedara con él y lo abrazara. Pero Keylan sabía que no podía pedirle eso.

—Si eso es lo que desea, *milady*, mañana volveremos a vernos después de la cena. —Su voz sonaba triste, pero ella no le dio importancia. Quería quedarse más tiempo con él y preguntarle qué le pasaba, pero sabía que no podía abusar de su hospitalidad, obligándolo a quedarse a solas con ella.

—Le agradezco todo lo que ha hecho por nosotros —le dijo él levantándose al fin y besando su mano como despedida, aunque retuvo más de lo debido la mano de ella entre las suyas, como si se resistiera a soltarla.

Ella se alegró de oír sus palabras. Eso hizo que su corazón se acercara más a él, y supo que no podría resistirse más si por casualidad él se apoderaba de ella. Como Anne no quería quedarse más tiempo y causar más confusión en su cabeza, se excusó y se marchó, dedicándole una sonrisa amistosa.

Él respondió y se despidió, con la alegría desbordando su corazón, pero con la tristeza de unos brazos vacíos.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo 22

**A**ne fue directa a la habitación de Natalie, esperando ver a una dama durmiendo apaciblemente. Pero la encontró vomitando en una palangana cerca de la cama. Su corazón se compadeció de la joven y trató de imaginar el grado de dolor que debía de estar padeciendo. Se acercó y la sujetó por la espalda mientras vomitaba. Una mirada más atenta le mostró que los vómitos estaban mezclados con sangre. Anne se consternó sin saber qué más hacer, excepto llamar a una criada para que recogiera la palangana y ofrecerle un poco de agua a Natalie.

—¿Y mi hermano? ¿Le has visto?

—Sí. De hecho, estuve con él antes de subir —respondió Anne, que se sintió un poco aliviada por que Natalie pudiera hablar.

—¿Cómo está? ¿Se siente muy mal por mi estado? —volvió a preguntar la muchacha.

Anne le acarició la parte superior del brazo.

—Es lógico que esté afligido por ti, pero no debes preocuparte por él. Estuvimos hablando y se mostró convencido de tu recuperación. —No sabía si decir esto último, al desconocer si era cierto, pero sintió que debía decírselo a Natalie para que no se preocupara.

—¿Estás segura de que está bien? —preguntó esta, levantando la vista para obtener una pista de Anne.

Ella sonrió y dijo que sí.

—He estado preocupada por él. Estoy segura de que no ha dormido ni una noche entera. Debes prometerme que lo cuidarás —dijo Natalie, visiblemente entristecida.

—¿Por qué me pides eso? Vas a poder cuidarlo tú misma en cuanto te recuperes —dijo Anne, atónita.

—No estoy segura de ello y, además, quiero que me prometas que cuidarás de él tan bien como me has cuidado a mi —dijo Natalie, apenada.

—No deberías hablar así... —susurró Anne, al quedarse sin palabras.

—Pero es cierto. Él se sentirá muy mal si me pasara algo, y debes hacer que no se hunda. Impídeselo, como lo hiciste conmigo.

—Si te sucediera algo, lo cuidaré, pero no te va a pasar nada. —La voz de Anne se tornó temblorosa al hacer la última afirmación. Una afirmación que le dolió en el alma.

Anne la abrazó fuerte, sin querer dejarla continuar y, al mismo tiempo, sintiendo que permitirle expresarse la ayudaría a sanar emocionalmente.

—Te quiero, Natalie, y debes hacer todo lo posible por sanar. Debes hacerlo —le dijo más para reconfortarse a sí misma que a su amiga.

—Yo también te quiero, y te agradezco que permanezcas a mi lado —contestó Natalie.

—Lo que hago por ti y por tu hermano, lo hago por amor. Ambos significáis mucho para mí, y me alegro de estar aquí con vosotros. — Anne por fin se atrevió a decir que amaba a Keylan

Natalie sonrió al escucharla, mientras Anne seguía abrazándola. Después, se sintió aliviada y dio gracias a Dios por el ángel sin alas que le había enviado.



### *Aquella noche...*

Keylan estaba sentado en su cama, con las palmas de las manos ahuecando su rostro. Nadie necesitaba un adivino para saber que estaba angustiado y triste de espíritu. Estaba preocupado por su hermana, y había pasado mucho tiempo intentando que se recuperara. Su mayor problema era el hecho de que la causa de la enfermedad aún permanecía en la oscuridad y sin

determinar. Sabía que era capaz de hacer cualquier cosa que la ayudara a recuperarse de la dolencia, aunque eso significara vender la finca. Había probado todos los medicamentos recomendados por el médico, pero todo había sido en vano. Tuvo la tentación de creer que su hermana sufría una maldición, pero la pregunta era: ¿quién la maldijo y por qué? Desechó la idea y se sentó, fijando la vista en la pared de enfrente.

Permaneció en esa posición durante unos minutos, con la mente ausente. Apenas podía comer o dormir, ya que la imagen de su débil hermana tumbada en la cama le perturbaba.

Suspiró con suavidad y se secó la cara con el dorso de la mano.

—¿Qué es lo que te está consumiendo? —murmuró para sí, como lo llevaba haciendo durante días.

La imagen de Anne le vino a la mente, como le ocurría cada vez con más frecuencia, y entonces supo lo que debía hacer. Tenía que verla.

Sin preocuparse por lo impropio que era buscarla a esas horas, salió presuroso de su alcoba y se dirigió a la de ella, asegurándose de que nadie le viera. No quería que las habladurías se cernieran sobre ella, y por eso sabía que debía tener cuidado.

Por su parte, Anne estaba a punto de meterse en la cama cuando oyó que llamaban a la puerta: era el conde. ¿Qué podía querer a estas horas intempestivas de la noche?

—¡Ya voy! —dijo dirigiéndose a la puerta—. Buenas noches, milord —lo saludó, advirtiéndole el aspecto lamentable que él presentaba.

Al verla, Keylan esbozó una pequeña sonrisa que hizo dar un vuelco al corazón de Anne; a pesar del evidente cansancio de su rostro, su presencia seguía emocionándola.

—Buenas noches, *milady*, espero que esté bien —dijo él, y Anne se percató de lo mucho que había echado de menos su compañía últimamente, al haber estado más pendiente del cuidado de Natalie.

—Sí, pero usted no parece estar bien. ¿Le pasa algo?

Como respuesta, Keylan entró en la habitación sin pensarlo, dejando a Anne atónita y con el pulso acelerado.

—Estoy muy angustiado por mi hermana, *milady*, no puedo sino sentirme impotente ante esta situación. Se estaba recuperando, y ahora su recaída me preocupa.

—Lo comprendo, milord, cada día está más débil, y nadie puede hacer nada contra esta extraña enfermedad. Solo podemos rezar y esperar que el Señor la cure.

—Dios nos odia —se burló él con una sonrisa irónica—. De lo contrario, esta calamidad no nos habría vuelto a ocurrir.

—No diga eso. Debe mantener la fe y la esperanza —le pidió ella, poniéndole una mano en el hombro. No sabía por qué, pero el contacto físico le reconfortó un poco.

Keylan se volvió hacia ella y, cogiéndole las manos, las rozó con los labios.

—Gracias por sus palabras de consuelo, pase lo que pase, siempre estaré agradecido por que entrara en nuestras vidas.

—Yo también, milord.

Sus ojos se clavaron en los de ella y, por un minuto, el tiempo dejó de existir.

Antes de que el pensamiento pudiera entrar en juego, sus labios se encontraron con los de Anne en un movimiento apresurado. Sus sentidos dejaron de funcionar; solo podía pensar en la sensación de sus labios contra los suyos.

Sus manos recorrieron su cintura, trazando el contorno de su esbelta figura. Su piel ardía bajo la fina tela que separaba sus dedos de su piel.

Su boca era suave y dulce sobre la de él, su lengua separó sus labios siempre abiertos, y el grito de sorpresa de ella le encendió las entrañas.

Anne echó la cabeza hacia atrás, permitiéndole explorar su piel con los labios.

Ella dejó escapar un gemido, y cuando la mano de Keylan recorrió el contorno de su pecho, una sonrisa se dibujó en sus labios al ver su rostro. Sin duda, no había hecho más que empezar.

Con sus manos aún recorriéndola, él profundizó el beso como si fuera el último, mientras ella acariciaba su cuerpo varonil... Oh, ahora lo deseaba...

Keylan la levantó, asegurándose de tomar las riendas del momento. Los corazones latían, los labios entrechocaban... Oh, qué momento, no había ninguna oportunidad que perder... con él esperando en silencio que no hubiera distracciones... Keylan aflojó la cinta que unía el vestido, y empujó la tela por la piel de Anne, mientras sus labios se deslizaban por sus hombros.

—Milord... Supongo que... debería pedirle que parara —consiguió decir Anne, jadeando entre respiraciones entrecortadas por el placer abrumador.

—¿Ah, sí? —Keylan tomó su pecho izquierdo con la mano y gimió al ver lo suave que era. Se tomó su tiempo para sentir la suave piel, amasando y masajeando delicadamente, y observando cómo se endurecían sus pezones a cada movimiento... Sin dejar de jugar con ellos, Anne dejó escapar un profundo gemido—. ¿Quieres que pare, Anne?

—¡No! —logró responder ella.

Se estaba poniendo caliente... Sintió que algo la pinchaba por debajo de la cintura. Dejó caer las manos y jadeó, con los ojos abiertos de asombro y placer al ver su virilidad. Había leído sobre el miembro de un hombre, pero nunca había tocado ni visto uno, y estaba segura de que este era un espectáculo para la vista.

Sus mejillas enrojecieron cuando lo tomó entre sus manos.

Qué criatura tan impresionante; se parecía a la de un poderoso semental, pensó ella, y el placer de que le chupara los pezones la devolvió a la realidad mientras su lengua rozaba su carne y se oían sus gemidos de placer.

Estos eran cada vez más fuertes y, a cada segundo que pasaba, sentía algo que nunca había experimentado. Algo que no podía describir y que provenía de su interior. Anne se mordió los labios al sentir que alcanzaba la cima del placer. Sus gemidos se convirtieron en gritos de asombro, los labios de él se encontraron con los suyos, dejando satisfecho su hinchado pecho.

Cayó al suelo incapaz de moverse, con el cuerpo sacudido por la abrumadora sensación de lujuria. Sus muslos brillaban por el líquido caliente que goteaba de la unión de sus piernas. No había palabras para

describir la euforia del clímax; era aterrador y lo más placentero que ella había sentido en su vida.

No podía ordenar sus pensamientos correctamente, ya que estaba confusa y mareada.

La voz de él la devolvió a la realidad; de lo único que estaba segura era de que aquello no había hecho más que empezar, y sentía que la noche se volvía cada vez más excitante.

Volviendo a ponerse en pie, Keylan la contempló en su totalidad, su piel brillando bajo la luz de las velas mientras sus mechones rojos enmarcaban su rostro; si nadie había visto a Eva, él sí lo había hecho esta noche.

Su pene amenazaba con estallar cuando él agarró a Anne, la levantó y la tumbó en la cama. Sintió el calor dentro de los suaves moldes de su feminidad, una belleza tan celestial que no podía comprender. Ella aferró su miembro viril y empezó a frotarse en él, desesperada. Su falta de experiencia se hacía evidente en cada caricia, pero aun así, le complacía. Keylan se colocó encima de Anne, que tenía las piernas abiertas, y su verga rozó sus paredes como pidiendo permiso y dándose cuenta de que era su primera vez, al contrario de lo que él creía.

—¿Quieres que me corra, Anne? —le preguntó, queriendo que esto fuera completamente mutuo entre ambos.

—Sí, Keylan —jadeó ella—, hazme tuya. Necesito sentirme tuya. —Estaba segura de que lo deseaba en ese momento, con él y con nadie más.

La penetró despacio y con suavidad, comprobando en su cara si le dolía.

Anne se quedó boquiabierta cuando el pene se hundió en su interior. Un gemido salió de su boca cuando él empezó a penetrarla y a sacarla.

Una pequeña sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios de Keylan al contemplar su cara de placer; sería una imagen que no olvidaría en mucho tiempo.

Se corrió y luego, en una fracción de segundo, volvió a penetrarla; ella jadeó, con los ojos abiertos al máximo y el corazón latiéndole más deprisa, se mordió los labios y dejó escapar un profundo gemido mientras él repetía lo mismo, aumentando el ritmo. Él gemía mientras seguía penetrándola, al igual que Anne.

Keylan jadeó, sin querer que esto acabara nunca, y rezando por no llegar antes que ella al clímax.

Anne nunca había sentido tanto deseo por un hombre como ahora; él ralentizó su ritmo, permitiéndoles a ambos saborear el momento de su unión.

Ella sintió que sus sentidos se alejaban cuando él volvió a aumentar el ritmo, penetrando más rápido y con más fuerza, mientras ella alcanzaba la cima de su escalada, con más intensidad que la primera vez. Su cuerpo se estremeció mientras la humedad corría por sus muslos.

Anne tiró de él, besándolo una vez más y saboreándolo. Se tumbó en la cama a su lado y se miraron a los ojos. Los dos querían más y, como si leyeran la mente del otro como un libro abierto, se rieron al pensarlo.

—Tú, mi querida Anne, eres exquisita —le susurró él.

Ella enrojeció ante el cumplido y, sin saber qué hacer, se cubrió la cara con las manos.

Keylan se las besó, riendo, y la estrechó entre sus brazos mientras ambos se entregaban a los relajantes brazos del sueño.

## Capítulo 23

**A**nne se despertó a la mañana siguiente, girándose para sentirlo a su lado, pero ya no estaba. Una ligera punzada de dolor cruzó su pecho, hasta que vio la nota en su almohada.

«Mi querida Anne:

No quería despertarte de tu sueño, de ahí la razón de mi temprana partida.

Por otra parte, estás exquisita mientras duermes.

Te amo.

Keylan».

El calor subió por sus mejillas al leer la nota. Las mariposas bailaron en su estómago mientras el día ya parecía alegrarse para ella.

Anne preparó su baño, todavía muy dolorida por la experiencia de la noche pasada. Se tomó su tiempo para que el agua tibia aliviara sus pliegues recién desflorados. Tarareaba para sí misma mientras se vestía, con grandes esperanzas en la recuperación de Natalie.

Salió de su habitación y notó la tensión en el ambiente. Su instinto la hizo correr de inmediato hacia la alcoba de la muchacha. Rezó a Dios para que no ocurriera lo peor.

Abrió la puerta y vio al conde sentado en la silla junto a la cama de su hermana; tenía puesto el abrigo y llevaba el pelo bien peinado hacia atrás, un espectáculo ante el que ella podría gemir, excepto por su semblante; estaba luchando contra las ganas de llorar.

El cuerpo de Natalie estaba extremadamente pálido, y la quietud le hizo suponer que había ocurrido lo peor.

—¡Oh Natalie! —exclamó Anne corriendo a su lado, tratando de sacudirla para despertarla y tomarle la temperatura. A pesar del alboroto y de los lamentos de Anne, la joven no se removió ni despertó.

Ella no quería creerlo; de forma inconsciente, sus dedos sujetaron su muñeca para comprobar si tenía pulso.

—¡Todavía respira, menos mal! —exclamó con los ojos ya llenos de lágrimas.

La vida sin Natalie se había convertido ya en un lejano espejismo; no estaba segura de cómo podría soportar el dolor de perder a otro ser querido en tan poco tiempo.

El conde no confiaba en sus piernas para levantarse y salir de la habitación en busca de aire, a pesar de lo mucho que sabía que lo necesitaba. Se pasó las manos por el pelo, con furia y dolor. Sus ojos enrojecidos liberaron las lágrimas que había estado conteniendo. El alivio que le producían no era nada comparado con la pena de ver a su querida hermana en ese estado.

Su recaída nunca había llegado a este punto; nunca había luchado contra ella durante tanto tiempo. Su querida hermana menor yacía en la cama luchando por su vida, y él rezaba a un Dios que había llegado a creer que le despreciaba, para que se apiadara de aquella alma inocente.

Debería haber sido él, no ella. Le quedaba tanta vida... Apenas era una mujer, y la perspectiva de que fuera a reunirse con sus padres le estremecía hasta los huesos; las lágrimas corrían por sus ojos mientras inclinaba la cabeza ante la idea de quedarse solo en este mundo.

—No puedo perderla, Anne —dijo Keylan en un susurro.

—No vamos a perderla —le aseguró ella entre lágrimas, para después abrazarse a él y comenzar a llorar.

Keylan agachó la cabeza para esconder la cara entre los cabellos de Anne, deseando encontrar en su aroma y en su abrazo el consuelo de su agonía.

—No podemos perderla —susurró aún más bajo, con el único propósito de convencerse a sí mismo, de tratar de encontrar esperanza, donde parecía que ya no la había.

Horas más tarde, Natalie continuaba igual, pero Keylan no podía soportar por más tiempo verla en ese estado. Frustrado consigo mismo, al no poder hacer otra cosa que esperar, se marchó a su habitación y buscó una botella de brandy.

Pero solo le había dado unos tragos cuando sintió asco de sí mismo por no poder enfrentar esta situación si no era borracho, y lanzó la botella de brandy contra la pared, convirtiéndola en mil añicos esparcidos por el suelo.

Un golpe en la puerta sonó de pronto.

—Adelante —consiguió decir con voz temblorosa.

—Milord —saludó la señora Johnson, y entró en la habitación.

—¿Qué ocurre? ¿Hay noticias de mi hermana? —preguntó él expectante y asustado, secándose las lágrimas y pasándose los dedos por el pelo, en busca de algún tipo de compostura.

—No, milord, me temo que su estado sigue siendo el mismo que cuando salió de la habitación.

—Entonces, ¿qué quiere? —le espetó Keylan, enfadado al desear intimidad.

—Nada, milord. He venido a decirle que espero que *lady* Natalie se recupere pronto.

—Gracias; yo también lo espero.

—He estado pensando en este suceso recientemente —dijo la señora Johnson, asegurándose de que la puerta se cerraba tras ellos—. Esto no puede haber ocurrido sin ninguna causa.

—¿A qué se refiere? Mi hermana ha estado enferma durante años y su estado empeoró.

—Quiero decir que *lady* Natalie nunca ha tenido este tipo de enfermedad antes, y una condición como esta no podría haber sucedido sin un cambio en algo o alguien en particular que puede no desear el bien de su hermana.

—¿Cree que alguien de esta casa desea el mal para mi hermana?

—Es una idea, milord; quizá, ese odio llevó a tal persona a intentar matarla envenenándola.

—¿No es usted la encargada de la comida de mi hermana? ¿Cómo podría haber ocurrido tal cosa?

—Durante las últimas semanas, *lady* Natalie no me ha permitido encargarme de sus comidas; ha sido su nueva amiga la que se ha ocupado de tales menesteres, por lo que ella podría ser la única causante de tal calamidad.

—¿Qué está diciendo?! *Lady* Anne nunca haría tal cosa. Quiere a mi hermana como si fuera suya.

Su actitud defensiva hacia ella le revolvió el estómago a la señora Johnson, y el odio hacia Anne aumentó; sin embargo, la semilla de la duda estaba plantada, y eso sería suficiente para provocar una pelea entre el conde y Anne, permitiendo que su plan se pusiera en marcha.

—Es solo una sospecha, milord, no todo el mundo le desea lo mejor.

—¡Basta! No quiero volver a oír hablar de esto, ¿está claro? —le espetó él. La imagen de la Anne que había llegado a amar era muy distinta de la que el ama de llaves pintaba. No podía ser cierta.

—Milord, solo le informo de que *lady* Anne ha sido la única en permanecer junto a su hermana en todo momento, y que por ello ha sido la única en atenderla durante semanas. Yo intenté que su hermana me dejara ayudarla, pero se negó en rotundo. Todo el mundo en la mansión lo sabe —dijo con la cabeza gacha, sin querer que él viera el brillo malicioso en sus ojos.

—Me niego a creerla. *Lady* Anne no puede haber sido la causante de esto. —Pero su afirmación ya no era tan rotunda. Ella no le había dejado ninguna alternativa, al señalar que la única persona que permanecía junto a la moribunda era *lady* Anne.

—Como diga, milord —concluyó la señora Johnson, esta vez sumisa, y salió de la habitación, ocultando la pequeña sonrisa que se dibujaría en su rostro ante la victoria que sabía que había obtenido.

Keylan sentía que podía confiar en su ama de llaves, ya que esta llevaba más de cinco años con ellos, pero no estaba seguro. No sabía qué pensar en

ese momento. ¿Confiaba en la mujer que los había cuidado durante años, o en Anne, ya que, desde su llegada, su hermana solo había mejorado para después estar a las puertas de la muerte?

Pensó en las muchas oportunidades que Anne había tenido para envenenar a Natalie; lógicamente, tuvo muchas desde el día en que empezó a hablar con Natalie. Su motivo podría haber sido vengarse de él mismo, pero eso tampoco tenía sentido, No después de lo ocurrido entre ellos la noche anterior.

No era la primera vez que le traicionaban o intentaban aprovecharse de sus emociones y su buen corazón. Por esta misma razón, Keylan se aseguró de establecerse como una bestia ante los hombres y mantener ese escudo el mayor tiempo posible; hasta que ella llegó. Ella derribó sus muros y lo dejó en un charco de necesidad; nunca antes se había sentido tan vulnerable ante nadie, y temía que enamorarse de ella le nublara el juicio.

Amor, se había enamorado de Anne. Eso era lo que había ocurrido, a pesar de esta terrible situación, y estaba convencido de que era lo único que le empujaba a seguir adelante. Tenía que estar seguro de que era mentira. Su corazón no soportaría tanta pena si fuera verdad.



Anne jadeó cuando Keylan irrumpió en la habitación, su respiración era agitada y sus ojos una mezcla de dolor y confusión.

—Milord...

—¿Tú hiciste esto? —le espetó él, sin dejar que ella continuara hablando.

—Me temo que no comprendo a qué se refiere —dijo Anne, con la sorpresa en el rostro.

—¿Tú envenenaste a mi hermana? —inquirió Keylan, con una pregunta concisa. La ira y el dolor le subían por la garganta y no soportaba ni por un segundo más la duda que el ama de llaves le había inculcado.

—Lord Landcastle, ¿de qué está hablando? No comprendo a qué viene esa pregunta —dijo Anne, incrédula. Tenía que haber una razón para que él pensara tal cosa, aunque solo fuera por una fracción de segundo, pero ella no podía imaginar qué podía ser, y la duda que mostraban sus ojos le dolía, al no comprenderla. Ella amaba a Natalie y jamás le haría nada malo. Y él debería saberlo.

—Usted es la única que ha estado al cuidado de mi hermana durante todo este tiempo —declaró Keylan en tono distante—. La única que ha tenido la oportunidad y los medios para envenenarla. Por ello, le exijo una respuesta.

—¿Cómo te atreves a acusarme de eso? Natalie es como una hermana para mí, y nunca podría lastimar ni siquiera un mechón de su cabello —replicó Anne, con una expresión dolorida ante su acusación—. ¿Crees que soy tan vil, Keylan? ¿Que le haría tanto daño a alguien, y más a una amiga? —Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras se las secaba violentamente con una mano.

—No lo creía así, pero todo indica... —El sonido de su nombre en su boca y las lágrimas en sus mejillas lo atravesó como un cuchillo, al no soportar verla sufrir. Pero la duda se había depositado en su cabeza y su corazón sufría por ello.

—Ya veo. Me crees tan malvada que vería a una hermana sufrir y morir lentamente. Hubiera pensado que éramos más que esto, que confiarías en mí, aunque fuera un poco. Haría todo lo que estuviera en mi mano para protegerla, y tú tienes la osadía de culparme por una maldad tan... aberrante.

Keylan se sentía confundido. La señora Johnson había acusado a Anne con un argumento sólido, pero, al escuchar ahora a Anne, sabía que ella no podía ser culpable de ello. Pero entonces, ¿quién? Y ¿por qué? Nada parecía tener sentido.

Contemplo a Anne ante él, llorando y destrozada por su acusación, y se sintió el hombre más miserable de la tierra. Había sido demasiado impulsivo al haberla culpado sin nada más que conjeturas, cuando todo su ser le decía que la mujer a la que amaba no podía ser culpable.

La atrajo hacia sí y dejó que su boca dominara la de ella. Solo hizo falta tenerla entre sus brazos para confirmarle que se había precipitado.

—Anne, me estoy volviendo loco, mi hermana se muere ante mis ojos, y yo solo puedo pensar en ti. —Volvió a besarla—. No quiero perderos a ninguna de las dos, pero necesito respuestas.

—Keylan, no sé qué decirte. No sé qué le pasa a tu hermana o quién querría dañarla. Solo sé que yo también te quiero y que jamás haría daño a nadie de esta casa. —Volvió a atrapar sus labios.

—Te ruego que no juegues con mi corazón. —Los labios de él bajaron hasta su cuello—. Has ganado; me tienes entre tus dedos, pero necesito saber qué está pasando. Qué es lo que se me escapa —murmuró. Su aroma no hacía nada para detener la confusión en su cabeza.

—Yo tampoco tengo respuestas, pero me tendrás a tu lado siempre que lo necesites —dijo Anne, abrazándolo para después separarse de él.

—Anne —dijo Keylan con voz ronca a la vez que le cogía las manos—. Te pido disculpas por todo. Por acusarte de un acto tan detestable, y por actuar de nuevo sin pensar —declaró, sin atreverse a mirarla a los ojos.

—No tienes por qué pedirme perdón. Comprendo que estés desesperado y que seas impulsivo al tratar de descubrir la verdad —dijo Anne, abrumada por la mezcla de emociones que él había puesto de manifiesto en tan poco tiempo.

Ella levantó una mano hacia su mejilla, acariciándola para reconfortarlo.

—Oh, Keylan, si pudieras comprender cuánto amor siente mi corazón por ti y por Natalie, entonces no durarías de mi incapacidad para herir a ninguno de los dos.

—Ahora lo sé, mi amor —dijo él, dejando que sus labios rozaran la palma de la mano de ella—. Ahora que mi cabeza se ha despejado y pienso con claridad.

Los dos se quedaron en silencio abrazándose de nuevo, mientras la señora Johnson los observaba discretamente desde la puerta entreabierta. La rabia no tardó en apoderarse de ella al escucharles y comprobar que sus acusaciones habían caído en saco roto.

¿Cómo podía ser el conde tan crédulo con aquella mujer? ¿Por qué no la creía a ella? Ella había a su lado durante años, había curado sus heridas, había estado ahí para ayudarlo cuando se encontraba mal, y esta dama había venido a arrebatárselo. No iba a rendirse sin luchar.

Piensa, piensa —murmuró para sí misma. Tenía que actuar rápido; pronto, el conde estaría ciego a cualquier cosa que ella dijera o hiciera. Se volvería más invisible que antes por culpa de la mujer que estaba allí.

Era el momento de sacar su mejor baza; seguro que funcionaría y causaría conmoción.

Sin miramientos, empujó la puerta y entró, aclarándose la garganta para llamar la atención del conde.

—Milord, ¡tengo grandes noticias! Me temo que no puedo ocultarlo por más tiempo —dijo ignorando por completo la presencia de Anne.

Keylan frunció las cejas, preguntándose qué anuncio tendría que hacer esta vez su ama de llaves.

—¿Qué ocurre, señora Johnson? ¿Es mi hermana? —preguntó, asustado al ver irrumpir de forma tan abrupta a la mujer.

—No, milord, no es su hermana... Estoy embarazada de usted.

Por un segundo, la habitación se quedó en completo silencio, hasta que Keylan se le acercó enfadado unos pasos.

—¡Eso es imposible! —afirmó categórico.

—Oh, milord, no lo es. ¿Ha olvidado aquella gloriosa noche en que llegó a casa tarde y me hizo el amor? No he estado con otro hombre, así que el bebé solo puede ser suyo —replicó ella, satisfecha por la palidez en el rostro de *lady* Anne y la cara de desconcierto del conde.

—¡Eso es imposible! Nunca... —Keylan calló, al saber que muchas noches había regresado a la mansión tan borracho que bien podría ser verdad. Y para ser sinceros, tenía un vago recuerdo de él besando a la señora Johnson.

—Me temo que es cierto, milord, vamos a tener un hijo —dijo ella con regocijo y disfrutando de ese momento.

Anne miró a ambos alternativamente; sentía la cabeza ligera ante la noticia. Podía ver sus labios moviéndose a cámara lenta, pero ya no podía

oírlos. Recordó las habladurías sobre el conde que lo tildaban de mujeriego y libertino. Ella, tras unas semanas a su lado, creía conocerlo y por eso se había entregado a él, pero... ¿Y si todo era cierto? ¿Y si ella había sido solo otra conquista más?

Podía sentir cómo sus piernas cedían bajo ella mientras que se desplomaba, al mismo tiempo que lo hacía su mundo con la noticia.

—¡Anne! —gritó el conde al verla caer—. ¡Fuera! Sal de la habitación ahora mismo —le espetó a la señora Johnson mientras levantaba del suelo al amor de su vida.

La sangre latía en los oídos de Keylan mientras trataba de procesar la noticia. ¿Podría ser que el ama de llaves estuviera embarazada de él? ¿Que hubiesen hecho el amor cuando él apenas era consciente de sí mismo y no podía recordarlo?

¿Podría haber sido tan estúpido en algún momento de su vida, como para haber hecho semejante acto? ¿Podría ser este el final del cuento de hadas que estaba viviendo con Anne?



### *El día anterior...*

James daba su habitual paseo por las calles de la ciudad. Sin la tía Emily, no tenía compañía con la que pasear ni ir a cenar. Sabía que a esas horas habría poca gente, por lo que la tentación de beber y apostar sería mínima o nula.

Mientras caminaba, recordaba cómo por primera vez en mucho tiempo, ir a un baile le hizo algún bien al conocer a la hermosa *lady* Nora, hija única de lord Rowlyn White II. Se habían conocido en un baile que el barón había organizado en honor de su hija, y enseguida congeniaron por su mutuo amor al arte y la literatura.

Poco después de su conversación, habían decidido quedar en Le Bonsuier, un famoso salón de té francés de la ciudad. La vio llegar junto a

su doncella y la ayudó a bajar de su carruaje, deseoso de comenzar a conversar con ella.

—Dígame, ¿cómo es posible que nunca hayamos coincidido antes? —preguntó James mientras entraban en el establecimiento y se sentaban los tres.

—Quizás se deba a que he pasado buena parte de mi vida en Cornualles. —La voz de ella era suave, pero firme a la vez, una voz que provenía de un alma valiente.

—Es una lástima que yo no haya visitado nunca Cornualles, pero me alegro de haberla conocido. Es difícil encontrar un alma afín que ame tanto como yo la literatura —continuó él, tomando su taza de té.

—Dudo que usted ame tanto la literatura como asegura. Es más normal que un caballero sienta tendencia a degustar los placeres de otras ocupaciones —comentó ella, queriendo aparentar que era más mundana.

—¿Como cuáles?

—Por supuesto, la equitación. —Nora se quedó pensativa unos instantes tratando de recordar a qué dedicaba su padre su tiempo libre—. Visitar el club, incluso los negocios, aunque algunos caballeros centran sus esfuerzos en las apuestas.

James sonrió y la miró encantado, al ser evidente su falta de conocimientos sobre el género masculino. Algo que le gustaba y que también estaba dispuesto a solucionar.

—Veo que conoce las debilidades de los hombres, pero puedo garantizarle que yo no soy como ninguno de ellos, ya que las mías son otras.

—Hmm..., ¿Como por ejemplo? —preguntó ella, divertida.

—Como sus ojos —respondió él, consiguiendo que ella se ruborizara y bajara la cabeza, pero no sin antes ver un brillo en sus ojos que afirmaba lo mucho que le había agradado su comentario.

—Es usted un hombre peligroso, milord —afirmó ella, aún sin mirarle.

—¿Por qué lo dice?

—Porque es capaz de confundir a una mujer con sus palabras y hacerla creer que es especial.

—Ya le dije que amo las palabras. Y no dudo al afirmar que es usted una mujer especial, sin necesidad de que mis palabras así lo atestigüen.

Por unos instantes, ambos se quedaron en silencio, mientras la doncella trataba de hacerse cada vez más pequeña para no molestarles y los comensales hablaban a su alrededor.

Una hora después, tras haber discutido sobre Shakespeare, lord Byron y Jane Austen, dieron el encuentro por terminado, pero con la convicción de que volverían a verse.

Feliz como hacía mucho que no se encontraba, James comenzó a caminar, pensando en lo agradable que era *lady* Nora.

Se encontraba tan ensimismado en sus cavilaciones, que no se percató del hombre frente a él, con el que acabó chocando.

—Disculpe, ¿está bien? —dijo el extraño al girarse y ver que James se tambaleaba.

El individuo era un pelirrojo barbudo, alto y fuerte, por lo que James tuvo la impresión de haberse estrellado contra una pared más que con un hombre.

—Pues sí, ¿y usted? —preguntó, curioso por el hombre que tenía delante.

El desconocido rio ante su pregunta, pues era evidente que el encontronazo no le había supuesto el más mínimo efecto.

—Soy Angus Conrad, pero puede llamarme Bear<sup>[1]</sup> si quiere.

—Un placer conocerle, Bear —sonrió James. Había algo intrigante en este hombre, pero, a pesar de su corpulencia y altura, no resultaba intimidante, sino que inspiraba confianza.

—El placer es mío —dijo el tal Bear, y se quedó mirando fijamente a James—. Tiene un parecido asombroso con su hermana, *lady* Anne, esa cara es una firma de los Willington, diría yo.

—¿Conoce a mi hermana? —preguntó James extrañado, pues no creía que él tuviera nada en común con Anne, y Bear nunca había estado en su finca.

—Pues sí. Trabajé con el conde de Landcastle unas semanas después de que llegara *milady*. Lo dejé hace un par de días, incluso, empecé mi propia

tienda de suministros al otro lado de la calle —dijo señalando calle abajo.

—Sí. Ella está allí en calidad de acompañante de *lady* Natalie. Espero que les vaya bien.

—A *lady* Anne sí, por lo que yo sé, pero temo por la vida de *lady* Natalie. He oído que su estado empeora por momentos.

—¿Qué estado? —preguntó James, inquieto.

—¿No lo sabe? *Milady* ha estado enferma durante el último mes, los médicos nunca han visto una enfermedad como esa. Es una pena, *milady* es una persona tan agradable...

—¡Oh, Señor! No había tenido noticias de eso. Estoy seguro de que Anne no quería que me molestaran con algo tan malo.

—Seguro que sí. Más vale que tenga cuidado hoy en día, uno ya no se puede fiar de la gente —añadió Bear, visiblemente nervioso.

—¿Y por qué dice eso, Bear? —inquirió James, al no saber a qué se refería.

Cauteloso, Bear miró a un lado y a otro antes de hablar, como si temiera que alguien los escuchara.

—Corre el rumor de que la señora Johnson es la que está envenenando a *milady*. Los criados saben que hay algo bastante sospechoso en esa mujer, pero no hay pruebas, y nadie quiere perder su trabajo al acusarla o que la acusación se vuelva en su contra y acaben colgados. Además, la señora Johnson, el ama de llaves, tiene mucha influencia sobre milord.

—¿Pero cómo es posible? ¿Cree que el ama de llaves sea capaz de algo así?

—¡Claro que sí! Recuerdo que, a su llegada, uno de los mozos de cuadra la reconoció como una mujer que estuvo en la cárcel acusada de asesinato. No sé si es cierto o no, o como consiguió salir de prisión y llegar a un puesto tan alto, pero yo no pondría mi pellejo en sus manos, no sé si me entiende...

—Le entiendo. Es demasiada casualidad, y la duda bien merece ser estudiada,

—Sí, así es.

—Le agradezco que me confiara esta sospecha. Si es cierto lo que dice, la vida de *lady* Natalie está en peligro.

Bear simplemente asintió.

—Mañana mismo investigaré todo este asunto y no cesaré hasta que aclare todo —dijo James.

El horror de que esto pudiera ser cierto le producía escalofríos. Su hermana podría estar en peligro, y él no se habría enterado.



*Un día después...*

La visita de su hermano James fue toda una sorpresa para Anne. Se sentía cansada y triste por todo lo sucedido, por lo que no dudó en abrazarle nada más verlo.

—Hola —le dijo él sonriendo burlonamente por su reacción.

—¡James! ¡Qué sorpresa más agradable! —exclamó Anne con la garganta seca.

—¡Menuda bienvenida! Si llego a saber que sería recibido de semejante manera, habría venido a verte antes.

—Sabes que siempre eres bien recibido, aunque, ¿qué haces aquí? ¿Suced algo?

—Mis disculpas por no avisar, querida, pero me apresuré a venir cuando me enteré de la dolencia de *lady* Natalie. Vine con mi médico para echar un vistazo y diagnosticarla también. —No quiso decirle nada más, hasta no tener más pruebas.

—Gracias, ha sido muy amable por tu parte.

—Cualquier cosa por un amigo, más aún si es tan querido por ti.

Ambos hermanos se sentaron y comenzaron a hablar, esta vez con el semblante más serio.

—¿Cómo está *lady* Natalie? —preguntó James.

—No lo sé. Los últimos días no han sido los más agradables.

—Cuéntamelo todo —le pidió él, temiendo haber llegado tarde.

—La salud de *lady* Natalie ha sido terrible; los médicos no saben qué le pasa ni la cura para ello. Ni siquiera se ha despertado en todo el día de ayer —dijo Anne ahogando un sollozo.

—Hmm, eso oí cuando entré. ¿Estás segura de que es lo único que te preocupa?

Ella lo miró fijamente; no podía ocultarle nada a su hermano. Habría sido mucho peor. Había llegado a confiar más en él tras la pérdida de sus padres; era todo lo que tenía.

—Lord Landcastle y yo somos amantes —bufó al fin.

—Bueno, debería escandalizarme y horrorizarme, pero cuando estuve aquí antes, ya me fijé en cómo os mirabais, y por ese motivo no me sorprende. —Él sonrió para calmarla y demostrarle así que no la juzgaba—. ¿Le quieres?

—Sí, pero no confía en mí. Me acusó de envenenar a su hermana, y ahora el ama de llaves dice estar embarazada de él, y no sé qué hacer.

—¿El ama de llaves? —preguntó James, aunque sabía cuál sería la respuesta.

—Así es, la señora Johnson. Está a cargo del bienestar de Natalie.

—Sabía que había algo raro en esa mujer, por la forma en que te lanzaba dagas con los ojos y miraba al conde, como si fuera una especie de trofeo.

—¿Cómo te diste cuenta de todas esas cosas? Yo no me percaté de ello, y eso que vivía entre los mismos muros que ella

—La maldición de un introvertido, querida Anne. Observamos cada detalle a nuestro alrededor. —Se rio entre dientes—. Déjame todo a mí. Llevaremos a cabo una investigación adecuada sobre el asunto del veneno.

—¿Y el embarazo? ¿Y si está embarazada de él?

—Entonces sabremos qué hacer después de investigarla. Iremos paso a paso, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Su calma le dio la seguridad que había estado buscando.



—Lord Landcastle, ¿puedo verle en privado, por favor? —preguntó James asomándose al despacho de Keylan.

—Por supuesto.

—Espero que no le importe, pero he traído a mi médico personal para que eche un vistazo a *lady* Natalie.

—Por supuesto que no, ha sido muy considerado por su parte. Rezo para que pueda diagnosticar cuál es esta enfermedad y encontrar una cura antes de que sea demasiado tarde.

—Yo también lo espero, milord.

Permanecieron en silencio durante uno o dos minutos.

—Mi hermana dice que usted cree que *lady* Natalie fue envenenada —dijo James rompiendo el silencio.

—La señora Johnson, el ama de llaves, lo sugirió. Su sospecha recaía sobre *lady* Anne, al ser quien la cuidaba y le daba de comer, pero no tiene ningún sentido que ella hiciera daño a mi hermana de ninguna manera.

—¿Ha pensado que la señora Johnson pueda ser la culpable?

—No, ¿por qué haría eso? Lleva años trabajando con nosotros y nunca hemos tenido problemas con ella.

—Creo que una investigación sería necesaria en esta situación. Hay demasiados enigmas por resolver, y solo conseguiremos descubrirlos si consideramos a todos como posibles sospechosos.

—Yo también lo creo, aunque solo sea para quedarnos todos más tranquilos. Como usted dice, hay demasiadas cuestiones por revelar.

—Tengo un testigo que afirma que conoce un hecho parecido al que acontece aquí, algo que sucedió antes de que él viniera. Además, con suerte, podríamos averiguar qué tipo de veneno se utilizó para ese otro caso, y comprobar si es el mismo que se está usando con su hermana. De ser así, estaríamos más cerca de hallar al culpable y, lo más importante, de curar a *milady*.

—Muy bien entonces —dijo Keylan—, puede registrar los aposentos de la señora Johnson, e interrogar a quien necesite.

James se quedó en silencio unos segundos, al no estar seguro de cómo sacar el tema del embarazo del ama de llaves. No quería que el conde se sintiera incómodo, pero necesitaba saber si eso era posible o, si por el contrario, era una mentira urdida por ella.

Cuanto más supieran sobre esa mujer, antes podrían encontrar la verdad en todo este asunto.

Tras carraspear, James decidió que la forma directa sería la más apropiada y la menos incómoda para ambos.

—Mi hermana dice que la señora Johnson afirma estar embarazada de usted. —Levantó una ceja esperando una respuesta mientras el conde apartaba la mirada, avergonzado. Un acto que decía mucho de lo que el conde opinaba del asunto.

—Eso fue lo que dijo. Pero no estoy seguro de que sea cierto. —Fue lo único que Keylan pudo decir, al no estar seguro de nada en ese asunto. En lo referente al embarazo, dependía por completo de la palabra de la señora Johnson.

—¿Fueron amantes antes? ¿Fue ella una de las mujeres con las que mantenía relaciones?

—No lo sé. Ella dice que hicimos el amor cuando volví a casa borracho, y puede que yo estuviera demasiado bebido para recordar lo que pasó.

—Entiendo —dijo James, comprendiendo que la maldad de esa mujer era más profunda de lo que él suponía. No sabía si el embarazo existía o no, pero estaba convencido de que, de ser cierto, el conde solo habría sido una mera marioneta si estaba borracho.

Unos golpes en la puerta les interrumpieron.

—Adelante —dijo el conde, agradeciendo la intromisión.

—Su té, milord —dijo una criada, a la vez que entraba con una bandeja.

—Gracias; puede ponerla ahí en la mesa.

—Sí, milord —respondió ella, e inmediatamente se acercó a la mesa.

Por su parte, James quería acabar cuanto antes con esta conversación, para empezar a buscar pruebas contra el ama de llaves.

Sin prestar atención a la criada, que seguía en el cuarto, continuó hablando.

—Le diré al médico que haga también una prueba de embarazo.

—¿Él puede hacer eso? —preguntó presuroso el conde.

—Sí, es una prueba sencilla, por lo que tengo entendido.

—Espero que esté mintiendo; no desearía pasarme el resto de mi vida con ella. —De solo pensarlo, Keylan se estremeció, pero el honor le indicaba que no podía dejar que su hijo naciera bastardo, aunque le partiera el corazón desposar a la madre, puesto que él amaba a otra mujer.

—Perdóneme, milord —dijo la criada, sin atreverse a alzar la cabeza—. Si me permite la intromisión, no haría falta que el médico lo comprobara, está mintiendo.

La rotundidad de sus palabras fue tal que ambos hombres se la quedaron mirando.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó James, sin dudar de la palabra de la sirvienta, ya que sabía por Bear que los criados conocían la parte malvada del ama de llaves.

—Comparto los mismos aposentos que la muchacha que se ocupa de hacer la colada, y ayer mismo se estaba quejando de tener que limpiar sus paños. Por eso puedo asegurar que no está embarazada —declaró la doncella.

La criada nunca había visto al conde tan feliz desde que *lady Anne* llegó a su vida. No tenía estómago para callarse mientras contemplaba al conde desmoronarse, cuando él siempre había sido bueno con ellos.

—Gracias, Emma, agradezco tu sinceridad —respondió el conde, dejando escapar un suspiro de alivio.

—Es un placer, milord —dijo ella y salió de la habitación sonriendo por haberlo ayudado.

—Es como si esta fuera la primera buena noticia que recibo en mucho tiempo —dijo Keylan sonriendo para sí mismo.

—No se preocupe, milord, todo se arreglará —afirmó James, a la vez que asentía con la cabeza para después dejarlo solo.

Había llegado el momento de desenmascarar al culpable.

James sabía que era su responsabilidad velar por su hermana; debía proteger su bienestar y también su reputación. No podía permitir que ella

cargara con la culpa de la acción de otra mujer.

Primero llevó al médico a la habitación de *lady* Natalie. El hombre estaba especializado en venenos y toxinas peligrosas para el organismo. Si había alguien que pudiera saber si era un veneno el causante de la enfermedad, sería él.

También hizo llamar a su hermana para que se quedara con *lady* Natalie y el médico, mientras él iba con Keylan a registrar los aposentos de la señora Johnson.

Levantaron sus sábanas y buscaron entre la ropa y los escasos libros, maletas y bolsos, cualquier prueba que pudiera inculparla de envenenar a *lady* Natalie.

Durante más de una hora, su búsqueda resultó inútil.

—¡Lo he encontrado! —exclamó Keylan, sosteniendo un pequeño frasco negro en la mano. Lo había encontrado en un bolsillo secreto dentro de la maleta de viaje. Tenía que admitir que la astucia de la dama era realmente minuciosa, pero la verdad siempre tiene una forma de prevalecer contra el mal—. Este es el veneno que utilizó contra mi hermana. Nunca habría imaginado que esa mujer fuera malvada, pero no puedo negar la evidencia de su crimen —añadió, leyendo la etiqueta del frasco y las advertencias.

—Vamos; estas son todas las pruebas que necesitamos —señaló James antes de dirigirse presurosos al despacho de Keylan.



La señora Johnson caminó hacia el despacho del conde, abrumada por la emoción; su plan había funcionado. Estaba muy segura de que él la había llamado a su despacho para hablarle de los planes de boda. Ya se lo podía imaginar. La llamarían *lady*, y todos esos sirvientes mal nacidos estarían pronto a su servicio. Y Anne, para entonces ya habría desaparecido.

La vida era increíble para gente como ella; todo su duro trabajo por fin daba sus frutos.

—Milord, ¿quería verme? —dijo, mirándolo a los ojos mientras contoneaba las caderas al entrar en el despacho.

—Señora Johnson, ¿puede decirme qué es esto? —preguntó Keylan, señalando la botella que habían encontrado en su cuarto.

—Es... es... una botella —dijo ella, asustada al reconocer el frasco de veneno.

—Sabe muy bien lo que es. ¡Es veneno! Lo encontramos en su maleta. ¡Intentó envenenar a mi hermana! —gritó Keylan exaltado y furioso, sobre todo, al haber visto la prepotencia con que la señora Johnson había entrado en el despacho. Como si ya se creyera la dueña de todo.

La reacción del ama de llaves no se hizo esperar y, al verse acorralada, no tardó en demostrar su verdadera forma de ser.

—¿Cómo se atreve a acusarme de eso? Yo no hice tal cosa —aseguró con los ojos llenos de furia.

—Sus mentiras no la salvarán esta vez, señora Johnson —dijo James, que se había colocado de tal forma al lado de la puerta, que la mujer no se dio cuenta de su presencia al entrar.

—¡Es culpa suya! Tú y esa miserable hermana tuya conspirasteis contra mí —dijo la señora Johnson mirando con odio a James, para después girarse para hablarle a Keylan con lágrimas en los ojos—. Estoy embarazada de su hijo, ¡¿y se atreve a creer que les haría daño a usted y a su hermana?! ¡Esto es absurdo!

Pero Keylan no la creyó ni por un segundo. No cuando ya había dejado ver la rabia en sus ojos.

—Otra mentira que no la salvará, señora Johnson —dijo Anne, entrando en ese instante en el despacho—. Sabemos con certeza que acaba de tener su menstruación; es imposible que esté embarazada en este momento.

—¡Rata! ¡Yo no he hecho nada! ¡Soy inocente! —gritó la señora Johnson a pleno pulmón, dispuesta a saltar sobre Anne para arrancarle los ojos.

Por suerte, James estaba lo bastante cerca del ama de llaves como para agarrarla por los brazos antes de que esta se lanzara sobre su hermana.

—¡Suéltame! —gritó aquella mientras trataba de soltarse.

—Haré que avisen al alguacil para que venga a detenerla.

Los dos hombres se miraron y asintieron, al saber que todo estaba resuelto.

Keylan se acercó a Anne, que permanecía apartada de la señora Johnson mientras observaba a James sosteniéndola. El conde se disponía a llamar a los mozos de cuadra para que se ocuparan del ama de llaves y de avisar al alguacil, cuando un golpe interrumpió la escena.

—Milord, *lady* Natalie ha despertado de su letargo y solicita verle —afirmó con una sonrisa el médico, que no parecía percatarse de la mujer que sostenían con fuerza mientras gritaba.

—¡Oh, menos mal! —dijo Keylan, dejando escapar un suspiro de alivio.

—Vaya con su hermana, milord. Yo me ocuparé de avisar a los mozos de cuadra —se ofreció Anne, al saber que Keylan ansiaba ver a Natalie.

—Estoy en deuda contigo, James, gracias —dijo Keylan, mirándolo con gratitud para después besar ligeramente en los labios a Anne y marcharse corriendo.

Keylan no tardó ni dos minutos en llegar junto a la cama de su hermana.

—Natalie —la llamó, cayendo de rodillas a su lado—. Temía tanto perderte... —Tomó sus manos y las besó.

—Oh, hermano, soy una luchadora ¿recuerdas? —susurró ella, logrando dedicarle una pequeña sonrisa.

—¿Cómo te encuentras? Temía que nunca más despertaras —dijo él, conmovido al verla tan delgada y pálida.

—Me siento de maravilla —bromeó la muchacha—. Siento como si hubiera estado en un lugar oscuro y solitario, y por fin hubiera encontrado la salida.

—Me encargaré de que no regreses jamás a ese lugar. A partir de ahora, quiero verte comer con apetito y descansar mucho.

—Muy bien, hermano. ¿Dónde está Anne? Me pareció oírla mientras dormía.

—Vendrá pronto —le aseguró él, feliz de poder hablar con su hermana. No sabía qué había hecho el médico para que sucediera este milagro, o si había sido obra del Altísimo que su hermana despertara.

Ahora por lo menos tenían esperanzas. Ahora, sabía qué tratamiento suministrarle para que se recuperara.

—Y ahora, cuéntame, ¿qué pasó mientras dormía?

—Nada que deba preocuparte —dijo Keylan—. Solo descansa mientras voy a hablar con el médico. —Prefirió no decirle nada para no preocuparla, al fin y al cabo, todo había terminado.

Él se detuvo en la puerta antes de salir y la contempló medio dormida en la cama.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Lo sé desde siempre —dijo Natalie con un murmullo, pues esos minutos despierta la habían agotado.

Keylan salió de la habitación para hacer lo que sabía que debía haber hecho hacía mucho tiempo.

## Capítulo 24

**T**ras despedir al médico y a James, Keylan tenía muy claro qué era lo próximo que debería hacer, y sabía perfectamente dónde tenía que buscar, al haberla visto subir las escaleras en cuanto se despidió de su hermano.

Keylan no tardó mucho en llegar a su puerta y se paró frente a esta, temblando y ensayando lo que iba a decirle. Por primera vez en mucho tiempo, deseó que su padre estuviera aquí para aconsejarle; él siempre sabía qué decir en cada situación. Inspiró hondo y llamó a la puerta, con la esperanza de que algún milagro hiciera desaparecer el miedo. Volvió a llamar antes de empujar la puerta, al no recibir respuesta.

No sabía cómo, pero se le cortaba la respiración cuando la contemplaba; la masa de pelo pelirrojo se desprendía del pañuelo que llevaba antes y le enmarcaba la cara mientras estaba sentada en la cama. Su cuerpo parecía más pequeño que hacía unos minutos.

El olor de su habitación le recordó su noche de pasión; el recuerdo era fuerte, sin duda, la mejor que había tenido nunca, jamás una mujer le había vuelto loco como ella ni le había tocado el corazón de preocupación al mismo tiempo. Se preguntó qué diría primero para romper el silencio, pero ella se le adelantó.

—¿Qué busca, milord? —preguntó Anne sin moverse un ápice para mirarle.

—Mi hermana se ha despertado —dijo él, rascándose la nuca. De repente, se sintió como un joven que intenta cortejar a una mujer.

—¡Menos mal! Iré a verla —dijo ella levantándose. A pesar de los sentimientos encontrados que albergaba hacia el conde, seguía queriendo a

su hermana, y esta noticia trajo algún tipo de esperanza a su sombrío mundo.

Se echó el pelo hacia atrás y se lo ató con una cinta mientras caminaba hacia la puerta.

Se detuvo cuando sintió la mano de él en su hombro.

—Todo está solucionado, Anne —empezó a decir Keylan—. La señora Johnson pagará por lo que ha hecho, y ahora que sabemos qué veneno le dio a Natalie, tengo grandes esperanzas de que se recupere.

—Son buenas noticias, milord, me alegro por usted y su hermana. Si me lo permite, deseo ver a Natalie ahora —dijo Anne, apartando las manos de él de su hombro.

Anne todavía no había asimilado todo lo que había sucedido. Enterarse de que otra mujer estaba embarazada de él fue un duro golpe, pero lo peor fue pensar que quizás no fuera la única. Aunque la señora Johnson había mentido, sabía de su fama de juerguista y mujeriego, por lo que cabía la posibilidad de que otra mujer apareciera asegurando también portar a su hijo en su vientre. Y eso la estaba consumiendo.

No podía quitarse de la cabeza que lo mejor para ambos era abandonar la mansión en cuanto Natalie se hubiera recuperado por completo.

—Anne, por favor —dijo Keylan con voz temblorosa ante la idea de perderla. No pudo contenerse más, la estrechó entre sus brazos y apretó sus labios contra los de ella.

Su forcejeo inicial le asustó, hasta que ella se fundió en el beso. La suavidad de sus labios entre los dientes de él fue tan angustiosa como el baile de sus lenguas. Sus cuerpos se movían en sincronía mientras sus corazones latían al unísono.

Las manos de él se aferraron con más fuerza a la cintura de ella, atrayéndola hacia su pecho casi con la intención de unir sus cuerpos.

—Te quiero, Anne Willington —suspiró Keylan como una plegaria contra sus labios.

Anne se detuvo y se fue apartando poco a poco.

—No podemos estar juntos.

—¿Por qué? —Sus palabras lo detuvieron en seco—. ¿No sientes lo mismo que yo?

—Oh, no, lo siento, pero no somos el uno para el otro. No sé si podré aguantar que las mujeres con las que te acostaste vengan a mi hogar reclamando lo mismo que la señora Johnson. Ella podría ser la primera de muchas.

Keylan inclinó la cabeza, avergonzado, mientras ella salía corriendo de la habitación, incapaz de volver a mirarle a la cara.



Anne corrió hacia el único lugar donde sabía que podía refugiarse de las lágrimas que seguían corriendo por su rostro. Le dolía el corazón por la decisión que había tomado, pero se consolaba diciéndose a sí misma que era la correcta, a pesar de lo equivocada que le parecía.

Irrumpiendo en la habitación de *lady* Natalie, se secó las lágrimas por su bien y esbozó una sonrisa.

—Natalie, estás despierta —dijo corriendo a su lado y dándole un abrazo.

—Te estaba esperando, Anne. Ahora ya me siento mejor —dijo la joven, disimulando un bostezo.

—Es una gran noticia, pero no en esta habitación oscura —dijo acercándose a las cortinas y apartándolas—. ¿Cuándo aprenderás a dejar las cortinas abiertas?

—Cuando decida revolcarme en el heno.

—Me alegro de que te sientas mejor —replicó Anne riendo.

—No sé qué me hizo despertar, solo recuerdo que alguien me llamó y, al abrir los ojos, vi a un hombre sorprendido por verme despierta. Luego me enteré de que era el nuevo médico, que me había dado un antídoto. —Se rio—. Creo que ni él mismo se esperaba que despertara tan rápido.

—Ha debido de ser un milagro —aseguró Anne, sin querer llorar.

—Es posible, yo creo que simplemente estaba cansada de rendirme y decidí luchar.

—Eso es maravilloso, Natalie. Debes prometerme que nunca dejarás de hacerlo.

Natalie asintió, pero notó en los ojos de su amiga que le pasaba algo.

—¿Qué te ocurre? —preguntó—. ¿Estás triste por mi enfermedad?

—Claro, me has dado un susto de muerte al ver que no despertabas —respondió Anne, pero Natalie no la creyó, convencida de que le ocultaba algo.

—Te lo ruego, Anne, no me mientas —le advirtió—. Es por mi hermano, ¿verdad?

Ella asintió, luchando contra las lágrimas que amenazaban con desbordarse.

—¿Qué ha ocurrido?

Con esa pregunta, Anne se lo contó todo.

—Le quiero, pero no sé si podremos estar juntos. ¿Y si vienen más mujeres reclamando haber concebido un hijo suyo?

—Entiendo tu miedo, pero él te quiere mucho, y tú a él también. Si hay algo que me ha enseñado haber estado al borde de la muerte, es aprovechar las oportunidades mientras aún tenemos tiempo. Si ambos os amáis, no importa la tormenta que se desate, os mantendréis firmes.

—¿Pero el amor es suficiente?

—Sí, Anne, el amor es suficiente. Y si te dejas guiar por él, a pesar de los días oscuros que soportarás, siempre brotará la felicidad. Así que seca tus lágrimas y sigue a tu corazón.

—El antídoto te hace realmente diferente, Natalie, serías una poetisa maravillosa.

—Lo sería, ¿verdad? Tengo la intención de hacer cosas nuevas cuando me recupere. Quiero vivir más.

—Deberías, la vida te sienta bien.

—¡Claro que sí!

Un golpe en la puerta interrumpió la conversación entre las damas. El tercer golpe confirmó quién era. Las manos de Anne temblaban de

nerviosismo, pero Natalie las sostuvo entre las suyas para reconfortarla antes de dar permiso para entrar.

—Hermana, *lady Anne*... —saludó el conde entrando en la habitación.

Su mirada no dejaba de posarse en Anne, a pesar de lo mucho que ella trataba de evitarla.

—Debería dormir —dijo Natalie improvisando un bostezo—, el médico recomienda que descanse todo lo que pueda.

Asintiendo, Anne y Keylan salieron del cuarto, no sin antes volver a correr las cortinas y besar en la frente a Natalie.

—Anne —dijo él una vez que cerraron la puerta del cuarto de Natalie—. Lo siento. —Keylan volvió a deslizarse las manos por el cabello, despeinándose—. Sé que mi vida antes de que tú llegaras era un caos, pero he cambiado. Ya no soy el hombre que era. Ya no siento la necesidad de buscar el consuelo en el alcohol, el juego o las mujeres. Desde que te conocí, tú eres mi consuelo.

Keylan se quedó en silencio, esperando que ella dijera algo. Había decidido que no podía dejar que Anne se apartara de él ni un segundo. La mera idea le volvía loco, por lo que había ido en su busca con la esperanza de abrirle el corazón y que ella viera cómo era realmente por dentro. Por ella.

—Te quiero mucho, Anne. —Caminó hacia ella y le acarició la mejilla, al comprobar que no decía nada—. No quiero imaginar una vida sin ti en la mía, por favor, quédate conmigo.

—Keylan, tengo miedo —respondió Anne—. Tengo miedo de amarte, de lo que nos pueda pasar a los dos, pero yo también te quiero.

—Entonces confía en mí. Dame una segunda oportunidad. Te demostraré que ya no soy ese hombre que conociste cuando llegaste furiosa. Ahora soy tuyo en cuerpo, corazón y alma.

—Tengo tanto miedo... —susurró Anne sin apartarse de él, lo que Keylan consideró un triunfo.

—No lo tengas, mi amor. Quédate conmigo y deja que te ame.

Entonces, ella alzó la mirada y clavó sus ojos en los de él.

—¿Sabes?, no creo que sea capaz de marcharme. Ya siento esta mansión como mi hogar. Así que, milord, tendrás que soportarme . —Anne sonrió, alzando los labios para encontrarse con los suyos.

—No querría nada más que estar a tu lado, Anne. —Él le devolvió la sonrisa—. Si necesitas algo, dilo, porque me he convertido en tu esclavo —murmuró, arrastrando los labios por su cuello.

—¿Estás seguro de ello?

—Por supuesto.

—En ese caso, prepárate, porque pienso pedirte que complazcas mis deseos.

—Estaré más que dispuesto a hacerlo —aseguró él, sonriendo feliz de tenerla entre sus brazos, para después darle un beso apasionado en los labios.

# Epílogo

*Un mes después...*

**N**atalie estaba más recuperada de su enfermedad. Paseaba por el jardín, tomando el sol y bebiendo limonada mientras les devolvía el saludo a los jardineros que se encontraba a su paso.

Sus huesos se sentían más fuertes y listos para más aventuras. Anne había decidido quedarse en la mansión para ayudarla con lecciones de diferentes habilidades como la equitación, el tiro con arco y un largo etcétera.

Natalie no podía estar más agradecida de lo que estaba ahora mismo con Anne y su hermano a su lado, no había nada que no pudiera hacer.

La hija del jardinero se acercó a ella.

—Buenas tardes, *milady* —dijo la muchacha con una sonrisa.

—Buenas tardes, Evelyn. —Natalie se volvió hacia la suave voz.

—¿Va a dar un paseo?

Natalie asintió, encantada.

—Si quieres, puedes acompañarme —dijo al reconocer el deseo de la chica por hacerlo.

—¡Será un placer, *milady*! —La muchacha dejó caer en el acto su cesta al suelo—. ¡Podríamos empezar por aquí! Este es el jardín más bonito de todos, como puede ver —declaró con una entonación cantarina llena de entusiasmo, y empezó a mostrarle a Natalie la gran cantidad de plantas y flores que se desplegaban ante ellas.

Natalie asimiló todo lo que ella le explicaba con el pecho cargado de emoción. Le encantaba salir y sentir el sol en la cara, reprochándose los

años que había malgastado encerrada en su alcoba.

Al contemplar las flores, pensó en Anne y en su hermano. Anne había sacado la mejor versión de Keylan. Después de conocerla, él había dejado por completo sus hábitos de bebida y juego, lo que le dejaba más tiempo para atender los negocios y administrar la hacienda y, sobre todo, vigilar que no volviera a ocurrir el incidente relacionado con la señora Johnson.

Pensar en el ama de llaves que casi acaba con su vida hizo que Natalie frunciera el ceño. Nunca había estado segura de aquella mujer y siempre había tenido sus sospechas, pero no podía decir nada sin pruebas o evidencias. Pero ahora ya no tenía que preocuparse por ella, al haber acabado en prisión.

Sin lugar a dudas, esto era un nuevo comienzo, y ella estaba más que dispuesta a vivirlo y disfrutarlo.



—¡Parece que necesitas tomar lecciones de equitación, milord, tal vez entonces puedas ganar! —gritó Anne mientras galopaba por los campos con su caballo.

Llevaba pantalones de chico, botas y el pelo recogido en una coleta que volaba detrás de ella, agitada por el viento.

—¡Todavía no cantes victoria! —respondió Keylan entre carcajadas y espoleando a su montura.

Su risa desconcertó a Anne y su paso se ralentizó, haciendo que él llegara a la línea de meta unos segundos antes que ella.

—¡Oh, sucio bribón! —Anne rio, al haber perdido.

—Yo la habría complacido dejándola ganar, *milady* —se burló él—, pero luego me regañaría por hacer trampas.

—Oh, ¿de verdad, milord? ¿Eso quiere decir que cada vez que gano, es porque usted me lo ha permitido? —preguntó, aparentando estar ofendida.

—Por supuesto. —Keylan bajó del caballo—. Permítame que se lo demuestre —concluyó, ayudándola a desmontar con un rápido movimiento.

Sus labios se estrellaron contra los de ella, mordisqueando y lamiendo a cada instante. Sus lenguas bailaban al ritmo de sus risas. Nada deseaba más que tenerla entre sus brazos, riendo en el campo y burlándose el uno del otro.

—¿Qué tienen que ver tus besos con dejarme ganar? —Quiso saber ella, aún sonrojada.

—Nada, pero no soportaba ni un segundo más sin besarte, mi amor.

—¡Eres terrible! —gritó Anne entre risas, pero sin despegarse de sus brazos.

—Regresemos a la mansión y te demostraré lo terrible que puedo llegar a ser.

—Por supuesto que lo harás, estoy convencida de ello.

Keylan comenzó a tirar de ella hacia sus caballos, deseoso de tenerla en sus aposentos.

—¿Sabes?, cada día se me hace más larga la espera de nuestra boda. No sé por qué no pudimos casarnos de inmediato.

—¿Quizás porque diste por sentado que me casaría contigo, y no me hiciste una proposición, milord? —preguntó ella, sin dejar de reír—. Por eso tuve que escoger una fecha tan tardía, para ver si te arrodillabas y me lo pedías debidamente.

—¿Y por qué no lo has dicho antes, mujer? —De inmediato, Keylan se arrodilló ante ella y puso ojos melancólicos—. Amada mía, ¿quieres ser mi esposa?

—¿Cómo podría negarme a una proposición tan original y romántica? —dijo Anne, teniendo que apartar el caballo a un lado para que no pisoteara al conde.

—¿Entonces aceptas?

—¡Por supuesto! —aseguró ella riendo.

En el acto, Keylan se incorporó, la besó y la subió al caballo.

—Maravilloso, y ahora, vayamos a celebrarlo. Y no pararemos hasta que tengamos como mínimo tres hijos —declaró mientras montaba en el caballo y le guiñaba un ojo.

—Será un placer, milord.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

# Notas

---

<sup>[1]</sup> Oso en inglés.

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)